

CONCURSO NACIONAL

**NUEVA
DRAMATURGIA
PERUANA
2017**

OBRAS GANADORAS



PERÚ

Ministerio de Cultura

Nueva Dramaturgia Peruana

2017

CONCURSO NACIONAL

Nueva Dramaturgia

Peruana

2017



PERÚ

Ministerio de Cultura



Ministerio de Cultura

Francisco Petrozzi Franco
MINISTRO DE CULTURA

María Elena Córdova Burga
VICEMINISTRA DE PATRIMONIO CULTURAL
E INDUSTRIAS CULTURALES

Félix Antonio Lossio Chávez
DIRECTOR GENERAL DE INDUSTRIAS
CULTURALES Y ARTES

Carlos Andrés La Rosa Vásquez
DIRECTOR DE ARTES

Nueva Dramaturgia Peruana 2017
Primera edición: octubre 2019

© Ministerio de Cultura
Av. Javier Prado Este 2465, San Borja
Lima 41, Perú

© Alejandra Vieira Aliaga
© Valeri Hernani Valderrama
© Jorge Ossio Seminario

Diseño y diagramación:
Editorial Arkabas

Ilustración de cubiertas:
Paola Bautista

Todos los derechos reservados. Está prohibido reproducir cualquier parte de esta publicación por cualquier medio sin autorización escrita de los titulares del copyright.

Distribución gratuita. Prohibida su venta.

Índice

| | |
|------------------------------------|-----|
| Presentación Ministerio de Cultura | 6 |
| Teatro para adultos | |
| 1 ^{ER} PUESTO | 9 |
| <i>Este lugar no existe</i> | |
| Alejandra Vieira Aliaga | |
| 2 ^{DO} PUESTO | 56 |
| <i>En el sótano</i> | |
| Valeri Hernani Valderrama | |
| Teatro para la memoria | |
| 1 ^{ER} PUESTO | 100 |
| <i>La vida de Eneas</i> | |
| Jorge Ossio Seminario | |

Presentación

MINISTERIO DE CULTURA

El Concurso Nacional «Nueva Dramaturgia Peruana» ha representado una propuesta relevante para el Estado y el Ministerio de Cultura en su apuesta por el fomento de la creación artística dirigida específicamente al teatro. Entre los años 2014 y 2017 se promovieron cuatro ediciones del concurso, al cual se presentaron 157 obras, provenientes de 18 regiones del país. Entre ellas obras dirigidas al público familiar y al público adulto. A través de dichas ficciones accedimos a la riqueza de nuestras expresiones culturales, así como a las inquietudes y voces de numerosos artistas de todo el país.

Asimismo, a través de la publicación de las obras ganadoras se ha buscado promover el acceso, por parte de la ciudadanía en general, a contenidos relacionados con la identidad cultural, la memoria histórica y la interculturalidad, temáticas que marcaron las cuatro ediciones de dicho concurso.

En esta oportunidad, tenemos el agrado de presentar a ustedes el libro digital Nueva Dramaturgia Peruana 2017, que contiene las tres obras ganadoras de la edición 2017. Estas fueron seleccionadas por

destacados artistas e investigadores del teatro peruano como Ruth Escudero, Alfredo Bushby y Diego La Hoz, quienes eligieron las obras ganadoras en las categorías Teatro para Adultos y Teatro para la Memoria. Su trabajo y compromiso con esta iniciativa garantizan el justo reconocimiento de los textos que ahora compartimos.

Deseamos que esta publicación no solo sea disfrutada por lectoras y lectores, sino que pueda también ser parte de actividades en espacios de carácter formativo como talleres de teatro, colegios, institutos, entre otros. Asimismo, esperamos que en un futuro próximo puedan ser parte de puestas en escena para el disfrute de la ciudadanía en general.

DIRECCIÓN DE ARTES
Ministerio de Cultura

CONCURSO NACIONAL

NUEVA
DRAMATURGIA
PERUANA
2017

OBRAS GANADORAS

TEATRO PARA ADULTOS



PERÚ

Ministerio de Cultura

ALEJANDRA VIEIRA ALIAGA

Este lugar no existe

Primer puesto

Sobre la autora

ALEJANDRA VIEIRA ALIAGA (Lima, 1992). Bachiller en Comunicaciones con especialidad en Artes Escénicas por la Pontificia Universidad Católica del Perú - PUCP y egresada del Programa de Dirección Teatral de Aranwa Asociación Cultural. Actualmente, se encuentra cursando la maestría en Estudios Culturales en la PUCP y, desde el 2018, es miembro del Lincoln Center Theater Directors Lab en Nueva York, programa para el cual fue seleccionada junto con 70 jóvenes directores de diversos países del mundo.

Su primera obra teatral, *La pareja perfecta*, la cual escribió y dirigió en 2014, fue seleccionada para el festival Saliendo de la Caja del año 2015 en el CCPUCP. Ese mismo año obtuvo una mención honrosa en el Concurso Nueva Dramaturgia Peruana del Ministerio de Cultura con su obra *Escondidas*. A partir de entonces, ha escrito y dirigido varias obras teatrales de diverso formato, siendo la más reciente *Este lugar no existe*, la cual estrenó en la Sala Tovar de Miraflores en agosto de este año.

Se desempeña también como gestora, docente y asistente de investigación. Uno de sus principales temas de interés son los procesos de investigación en las artes escénicas.

PERSONAJES

JULIA: 15 años. Nació en un pueblo cercano cuando no había la mina.
Ha decidido ser trabajadora sexual donde trabaja su tía.

ERNESTO: 17 años. Ha venido de Abancay a trabajar en la mina hace unos meses.

ABUELA: Una mujer anciana. Abuela de Julia.

Lugar: Provincia de Manu en Madre de Dios. Una localidad que se ha formado debido a la minería ilegal. Un cuarto hecho de palos de madera y plásticos.

Este lugar no existe

«Porque te alimenté con esta realidad
mal cocida».

BLANCA VARELA

«Pero no todo está perdido.
Aún tienes la ternura de las
cosas; si no, no estarías
hablando conmigo.»

JOSÈ MAURO DE VASCONCELOS

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

(Está completamente oscuro, solo escuchamos voces. Hasta que se enciende la luz, el intercambio de palabras entre los dos resulta como de una comedia. Ella intenta comportarse seductora, pero no le resulta.)

JULIA. (intentando ser seductora) Listo. ¿Vienes tú o voy yo? Voy yo, ¿no? (pausa) ¿Dónde estás? De verdad no veo nada. No sé ni dónde está la cama.

ERNESTO. (confundido) Ni yo. Prende nomás la luz.

JULIA. Pérate que ya se me acostumbran los ojos. Tan grande el cuarto no es.

ERNESTO. ¡Au!

JULIA. ¡Perdón! (*pausa*) ¿La ropa quieres que me quite?

ERNESTO. No, no.

JULIA. ¿Quieres hacerlo tú o así nomás o—?

(*Escuchamos el sonido de una caída.*)

ERNESTO. Mejor prende la luz.

JULIA. ¿Seguro? Pensé que *le* querías oscuro.

ERNESTO. Sí, ¿pero no dices que no ves?

JULIA. Si me guías, creo que podría ubicarme.

ERNESTO. Prende, nomás.

JULIA. ...¿esto te gusta?

ERNESTO. (*incómodo*) Prende la luz.

(*Ella prende una lámpara. Vemos un lugar precario y muy pequeño. Una cama de metal oxidado de una plaza, con un colchón sucio muy delgado. Una mesita donde ella coloca la lámpara. En el fondo, plásticos que hacen de pared. La entrada es también un plástico que hace de puerta.*)

JULIA. ¿Estás molesto?

ERNESTO. No, solo estoy cansado.

JULIA. ¿Día pesado?

ERNESTO. Ni te imaginas. Bueno, de repente sí, total, tú—

JULIA. (*vuelve a intentar la seducción*) Yo lo puedo mejorar.

(*Julia intenta tocarlo, es torpe.*)

ERNESTO. No, no es necesario que—

(Ernesto se interrumpe y se aleja de ella para evitar el contacto.)

JULIA. Ven para acá... o mejor voy yo para allá.

ERNESTO. Para, por favor.

JULIA. (preocupada) ¿Lo estoy haciendo mal?

ERNESTO. No, es solo que... En verdad... (pausa) Dame un momento, yo... necesito—

JULIA. ¿Necesitas qué cosa?

ERNESTO. (pausa) Solo quiero hablar con alguien.

JULIA. (lo observa, un poco extrañada) Pero yo tengo que—

ERNESTO. No te preocupes. Igual te voy a pagar.

(Silencio.)

JULIA. (ofendida) ¿Tan fea soy? Que ni has querido—

ERNESTO. No, no es así.

JULIA. Lo que me van a decir—

ERNESTO. No le voy a decir nada a *nadies*. Igualito te voy a pagar. No eres tú. No me gustan estos sitios, la verdad. Es primera vez que vengo. (pausa) No te sientas mal, pues.

JULIA. (nerviosa) Igual se van a enterar... Perdóneme, no quería malograrte todo. Es la primera vez que yo... usted es mi primer cliente. No sé cómo lo van a tomar—

ERNESTO. Ni se va a enterar. Le diré que todo bien contigo. (pausa) No me digas usted. Debemos tener casi la misma edad.

JULIA. (lo mira) No creo.

ERNESTO. ¿Cuántos años tienes?

JULIA. Quince.

ERNESTO. Diecisiete. ¿Ves? No me *lo* puedes decir, usted.

JULIA. Pensé que de repente eso te había molestado. Está bien. Perdone... Perdona que no tengo experiencia, yo me voy a esforzar—

ERNESTO. Tranquila, no sé ni para qué vine.

JULIA. Obvio es, ¿no?

ERNESTO. No, es que... no quiero hacer eso.

JULIA. Porque te quité las ganas, pues, la cagué.

ERNESTO. Para con eso. Solo quiero conversar. (*pausa*) Solo me sentía.

JULIA. ¿Solo?

ERNESTO. (*avergonzado*) Sí, creo.

JULIA. ¿No eres de por acá?

ERNESTO. *Me lo* vine a vivir aquí hace algunos meses.

JULIA. ¿Sin tu familia?

ERNESTO. Sí, lugar para una familia este no es. (*se da cuenta*) Disculpa, fácil tú sí *lo* eres de por acá.

JULIA. *Nadies* es de por acá, este no es lugar para *nadies*. (*pausa*) Yo era de por acá. Cuando todo era diferente, cuando no *lo* había la mina.

ERNESTO. ¿Y tu familia se quedó acá?

JULIA. Más o menos.

ERNESTO. ¿Más o menos?

JULIA. (*pausa*) A mi papá nunca le conocí, mi mamá se murió cuando yo era chica.

ERNESTO. Pucha, perdona. No quería—

JULIA. Tranquilo, no soy una pobre huérfanita. Quedé con mi abuela y con mi tía.

ERNESTO. ¿Y ella sabe...?

JULIA. Mi tía trabaja aquí también, por ella estoy acá.

ERNESTO. Me refería a tu abuela.

JULIA. Mi mamita partió ya hace algún tiempo.

ERNESTO. Pucha, lo siento, de nuevo.

JULIA. Ni siquiera me conoces, no tienes que decir que lo sientes.

ERNESTO. Solo me disculpo por si te *lo* incomodé. No quisiera haber-te hecho sentir mal.

JULIA. Hablas mucho.

ERNESTO. Sí, supongo. No sé, hace mucho que no...

JULIA. ¿Que no...? (*hace una seña con la mano que implica el acto sexual*)

ERNESTO. No, no me refería a eso. Hace tiempo que no hablo, así que no sé si hablo mucho. Ahorita sí, supongo.

JULIA. Ajá.

ERNESTO. ¿Tú tía te trajo?

JULIA. No es que ella me *haiga* traído como que me agarró y me hizo venir a la fuerza, sino que por ella supe de este trabajo.

ERNESTO. Pero ella te *lo* dijo para que trabajes aquí. ¿Te gusta estar acá?

JULIA. No tengo dónde más estar. «Más nos vale que comencemos a cobrar, antes de que nos vayan a forzar», así me acuerdo que dijo ella cuando comenzó. Creo que tiene razón.

ERNESTO. Ella también es...

JULIA. Ya no, ella ayuda con las cuentas al dueño y con la limpieza, ya no tiene muchos clientes por la edad. Jovencitas es que les gusta.

ERNESTO. ¿Es la chatita que me *lo* hizo pasar?

JULIA. Ajá.

(*Ernesto observa el lugar. Ella lo observa a él.*)

ERNESTO. ¿Te gustaría hacer otra cosa?

JULIA. Dime tú, qué quieres hacer.

ERNESTO. No. Me refiero a ti, si te gustaría hacer otra cosa en lugar de estarlo acá.

JULIA. (*lo mira, entre el humor y el hartazgo*) No importa lo que me hubiera gustado. Si estás acá y eres hombre, te vas a la mina; si eres hembra, o eres la mujer de un minero y vives con tus hijos en alguna ciudad cercana o terminas en un lugar así. ¿Tú? Segurito que trabajas en la mina.

ERNESTO. Sí.

JULIA. ¿Ves?

ERNESTO. ¿Qué cosa?

JULIA. Que tengo razón.

ERNESTO. ¿Cómo te llamas?

JULIA. (*pausa*) Julia.

ERNESTO. Julia, mucho gusto. (*extiende su mano*) Ernesto.

JULIA. (*ella observa su mano*) Entonces, ¿no vas a querer...?

ERNESTO. Prefiero hablar.

JULIA. ¿Hablar? (*sonríe, acepta su mano.*) Ese es otro precio, ah.

(*Ernesto se ríe y se sienta sobre la cama.*)

ERNESTO. Así que yo iba a ser tú primer cliente...

JULIA. Sí, es mi primer día aquí. Por lo menos haciendo esto.

ERNESTO. ¿Te daba miedo?

JULIA. Oye, no es que sea yo virgen tampoco, ah, o que me estén obligando. Deja de hablarme con pena.

ERNESTO. No, no quise decir eso.

JULIA. Entonces no me mires así.

ERNESTO. Debo ser yo el que tiene pena, pero no es por ti.

JULIA. ¿Te doy pena?

ERNESTO. No. Mírame, ni que yo fuera tan bacán.

JULIA. (*con un toque de reclamo*) Parece, pues, vienes y me haces preguntas como si yo fuera una *huambrilla* asustada.

ERNESTO. (*le molesta su reacción*) ¿Y si yo te obligara? Ahí sí, miedo te lo daría.

JULIA. (*pausa*) No me puedes obligar, yo tengo que hacerlo.

(*Silencio.*)

JULIA. (*nerviosa*) Hay algunas.

ERNESTO. ¿Qué?

JULIA. Cuando recién llegan lloran buen rato, por horas, primero de corrido, luego ya no tanto, pero de a ratos sí las escuchas, cada vez más bajito. (*a la defensiva*) Yo no, a mí no me han traído de ningún lado, y sabía cómo era ya, mi tía me había contado, ya había visto, y he venido porque he querido.

ERNESTO. Amable tienes que ser conmigo, ¿no? No *lo* he venido para que me griten.

JULIA. (*se da cuenta, explica*) Es que me molesta, pues, esto de hablar.

ERNESTO. ¿Hablar te molesta?

JULIA. (*confastidio*) Me haces pensar.

ERNESTO. No hablamos si no quieres.

JULIA. ¿Pero no que tú quieras?

ERNESTO. Sí, pero si a ti te molesta...

JULIA. (*temerosa*) ¿Qué es lo que quieras? ¿Eres de los que les gusta meter golpe o hacer cosas raras?

ERNESTO. ¿Por qué dices eso?

JULIA. Por lo que dijiste hace un rato de obligarme. Si me pegas ya no te van a dejar entrar.

ERNESTO. (*la interrumpe*) ¿Qué *lo* estás hablando?

JULIA. ¿Qué es toda esta palabrería?

ERNESTO. Nada, solo eso, palabras. Quizás no *lo* debí venir.

(Silencio.)

JULIA. (*amable*) No es común, pero no es que no se pueda, ¿no?

ERNESTO. (*pausa*) Julia. Así se llamaba mi madrecita.

JULIA. Ah... es por eso que no quieres...

ERNESTO. ¡Qué pesada! No vine por «eso», sentía que quería hablar y pensé que aquí *lo* podía pagar por el tiempo de alguien.

JULIA. Debes ganar bien, ¿no? Para pagar por hablar.

ERNESTO. Tú también, si has elegido venir y todo.

JULIA. También *vinistes* acá a la mina porque *quisistes*, ¿no? ¿O te han traído a la fuerza? De eso sí no había escuchado.

ERNESTO. (*ríe*) Brava eres tú, ¿no?

JULIA. Pensé que querías que hable.

ERNESTO. Sí, está bien.

JULIA. ¿No te gusta?

ERNESTO. Lo contrario.

(*Julia sonríe, se da cuenta de su expresión y la contiene.*)

ERNESTO. Pareces mayor.

JULIA. Me veo vieja.

ERNESTO. No, por cómo hablas.

JULIA. Tú, por cómo hablas, parece que fueras *shameco*. (*ríe*)

ERNESTO. ¿Qué cosa?

JULIA. Un idiota, eso es *shameco*. Es una bromita, no te me vayas a molestar.

(Pausa. Escuchamos sonidos de la naturaleza. Vemos a una mujer mayor en un primer plano. Julia va hacia ella como si fuera aún más niña. Dejamos de ver el espacio de la habitación. Vemos a Ernesto de lejos, no se acerca a las mujeres.)

ABUELA. Siempre tú una *huambra* tan sabionda. Unos golpes te has podido ganar.

JULIA. (se sonríe) Pero justo él vino en la primera noche.

ABUELA. Estoy segura que sí te morías de miedo.

JULIA. No. Solo no sabía bien cómo actuar, me habían dicho que la mayoría de los hombres no eran amables, así que pensé que algo me podía hacer si yo no hacía las cosas bien y luego con todas sus preguntas, no entendía qué estaba buscando, me confundía su forma de ser. Pensé que lo había malogrado todo.

ERNESTO. Si alguien malogró algo no fuiste solo tú. Yo tampoco sabía bien qué hacer. No sabía qué hacía allí.

JULIA. (bromea) Cómo no ibas a saber, ni que nunca hubieras estado con una mujer.

ERNESTO. No en estas circunstancias.

(Julia sale de los brazos de su abuela y se va a observar a Ernesto, lo rodea y examina como si fuera un bicho raro.)

JULIA. Menos supe cómo actuar frente a tu actitud, era tan extraño.

ABUELA. (a Julia) ¿Y tú?

ERNESTO. Ella también.

(Pausa. Dejamos de ver a la abuela. Julia ya está en el espacio inicial y Ernesto también. Siguen como si este momento con la abuela no hubiera existido.)

JULIA. *(lo observa directo por primera vez)* ¿Tienes mujer?

ERNESTO. No. Enamorada tenía, pero se acabó cuando me *lo* vine para acá. No *lo* iba a hacer venir y yo no sé cuánto tiempo me *lo* tenga que quedar.

JULIA. Es raro que un hombre quiera hablar. Me han dicho que eso es lo que menos hacen, sobre todo aquí. Algunos les hablan después... pero nunca he escuchado que... ¿Seguro que no me vas a acusar?

ERNESTO. Vas a tener que confiar en mí. Los hombres también tenemos boca. A veces, pues, provoca hablar. No tenía con quién.

JULIA. ¿Amigos?

ERNESTO. No tengo. No sé. Quizás sí, pero no encontré con quien hacerlo.

JULIA. *(graciosa)* y por eso viniste a «hacerlo» conmigo.

ERNESTO. *(sonríe)* Supongo que sí.

JULIA. ¿De qué quieres hablar?

ERNESTO. De lo que sea.

JULIA. *(piensa)* No sé bien qué decirte, no esperaba hablar.

ERNESTO. ¿Tú quieras...?

JULIA. No. Solo pensé que era lo que tenía que hacer, no me preparé para nada más.

ERNESTO. No hay que prepararse para conversar. Solo se conversa.

JULIA. Debe ser que hace tiempo que no hago eso.

ERNESTO. Imposible.

JULIA. Tú eres el que quiere hablar. Habla pues.

ERNESTO. Ya no sé de qué. Nervioso me estás poniendo.

JULIA. ¿Cuándo fue la última vez que conversaste?

ERNESTO. No sé, siempre hablo, pero nunca converso. Supongo que contigo, hace unos minutos, sin darnos cuenta estuvimos conversando.

JULIA. ¿Y antes de eso?

ERNESTO. Cuando estaba en casa supongo.

JULIA. ¿De dónde eres?

ERNESTO. De Abancay.

JULIA. Pasu, desde allá te has venido. ¿Bonito es?

ERNESTO. Mucho, en temporada de *las lluvias* todo se *lo* llena de flores. Todos los colores los puedes ver en el suelo y en el cielo. Si quieres comer una fruta *lo* arrandas de algún árbol que se te *lo* cruce en el camino nomás.

JULIA. Los árboles aquí ya ni dan fruta.

ERNESTO. La tierra ya no da árboles.

JULIA. Seca está y el agua está podrida.

ERNESTO. Creo que así me siento.

JULIA. ¿Cómo?

ERNESTO. Seco y podrido, como la tierra.

JULIA. ¿Cómo va a ser?

ERNESTO. No sé qué quiero. Vacío me siento. Es como si no sintiera nada.

JULIA. ¿Qué hay que sentir?

ERNESTO. Algo, felicidad, tristeza, cólera, cualquier cosa de esas, pero algo.

JULIA. (*lo mira por unos segundos a los ojos y le toca el rostro, quizás se ve en él*) Estás *kutipado*.

ERNESTO. ¿Cómo?

JULIA. Así le decían *las gentes* de mi pueblo. Cuando uno no se siente bien, se siente enfermo, pero no del cuerpo sino del alma.

ERNESTO. Sí, así *lo* estoy, *kutipado*.

JULIA. Por eso querías conversar.

(Silencio.)

ERNESTO. Ahora que no te vas a acostar conmigo, ¿no te *lo* da miedo pensar en el siguiente que venga?

(Julia se ha quedado pensando, en unos segundos se da cuenta que le han hecho una pregunta.)

JULIA. No, ya se lo que tiene que pasar, (*convenciéndose*) eso no me asusta. Ya sé cómo es y no hay opción, no me asusta... ni me enoja. Es lo que tiene que ser.

ERNESTO. No se debería vivir así...

JULIA. Sonseras estás hablando.

ERNESTO. De repente sí.

JULIA. Se vive, nomás. No hay de otra.

ERNESTO. Suena como si vivir fuera un castigo.

JULIA. (*mira alrededor*) Yo no veo que sea un premio. (*pausa*) Es lo que es y ya.

ERNESTO. Si pudieras hacer cualquier cosa, ¿qué te gustaría hacer?

JULIA. Muy preguntón eres.

ERNESTO. Te dije que quería hablar, es como si las palabras me las hubiera guardado por mucho tiempo y mi cuerpo ya se llenó ya. Necesito dejar salir algunas, que alguien las oiga.

JULIA. Bastante ya salió.

ERNESTO. Cuéntame, pues.

JULIA. No, es tonto.

ERNESTO. No importa.

JULIA. Raro eres.

ERNESTO. De repente.

JULIA. Gracioso también.

ERNESTO. ¿Te doy risa?

JULIA. Un poquito. (*pausa*) Ya nos van a tocar, ya. (*hace referencia a la salida*)

ERNESTO. ¿Puedo regresar?

JULIA. Cualquieras puede venir. (*hace una señal que indica dinero*)

ERNESTO. Pero tú, ¿qué quieres?

(Silencio. Julia avanza. Dejamos de ver el espacio del cuarto.)

JULIA. Yo solo te quería a ti, mamita. (*pausa*) ¿Por qué me hacía tantas preguntas? Mejor estaba en silencio, cuando con las justas alguien me hablaba. Primero horrible porque estaba yo solita con mis pensamientos, pero luego con el tiempo como que me olvidé de pensar y así estaba bien.

ABUELA. Es que él aún no se había olvidado, ni quería olvidarse.

JULIA. Lo mejor es olvidar.

ABUELA. (*la abraza*) ¿Sigues creyendo eso?

JULIA. Ahora que te veo, creo ya puedo pensar de nuevo, sentir, recordar. Me siento a salvo.

ABUELA. Entonces cuéntame, ¿qué pasó después?

(Julia niega con la cabeza y no dice nada. Su abuela la invita a hablar.)

JULIA. (*se quiebra conforme habla*) Lloré mucho entre cliente y cliente, bajito, pero lloré como todas las que traen de lejos. Los hombres parecían máquinas. Ni me miraban, solo me tomaban y si hablaban no era

para decirme algo, sino para sacar sonidos de sus adentros. Pasaron varios por mí. No podía dejar de pensar en los sudores de sus cuerpos y cómo se quedaban en mí. Esa noche llevé la cuenta, pero ya ni me acuerdo. Con cada uno me movía menos, no parecía importarles, tampoco. (*pausa*) Empecé a sentir que me quemaba la piel por dentro. Ya no, por favor. Que amanezca. Sol, por favor, sal un poco más temprano para que dejen de entrar hombres a mi cama, a mi cuerpo, a mi alma. Diecinueve fueron, pero luego han sido tantos más que ya ni me quiero acordar.

(*La Abuela abraza a Julia.*)

ABUELA. *Kutipada* te dejaron. Enferma del alma.

ERNESTO. No se debería vivir así.

JULIA. ¿Y cómo entonces? No es que se pueda elegir.

ABUELA. Hay algunas cosas que sí se pueden escoger.

JULIA. No se puede escoger dónde se nace.

ABUELA. Eso depende de la tierra en que están puestas tus raíces. Dónde y con qué te tocó nacer.

ERNESTO. La raíz está en cierto pedazo de tierra, pero uno puede crecer hacia otros lados. Moverse.

ABUELA. Nacimos en un paraíso, es lo que han hecho con este lugar. Lo que han hecho con todos nosotros.

(*Julia se toca el vientre.*)

JULIA. Es el infierno mamita y no hay a dónde ir. (*ruega*) Ya no quiero pensar en eso. Duele. Hablemos de otra cosa o mejor no hablemos de nada. Solo abrázame. Me has hecho mucha falta.

ABUELA. Tienes que seguir. Aquí estoy, contigo.

(Oscuro.)

ESCENA SEGUNDA

(Otro día. La misma habitación. Julia se sigue tocando el bajo vientre, como en el fin de la escena anterior, parece que algo le fastidia. Entra Ernesto. Ella deja de examinarse de inmediato.)

JULIA. Volvistes.

ERNESTO. Ojalá no te moleste.

JULIA. Eres raro.

ERNESTO. ¿Otra vez?

JULIA. Siempre.

ERNESTO. Qué chistosa.

JULIA. ¿Ahora sí viniste por lo que todos vienen?

ERNESTO. No. ¿Te molesta?

JULIA. No. Quizás así puedo descansar un poco.

(Julia se echa en la cama, algo le sigue molestando, vuelve a colocar la mano en su vientre.)

JULIA. Puedes echarte también, ¿o no puedes hablar echado?

(Ernesto se sienta a su lado.)

ERNESTO. ¿Cómo te ha ido? (la mira) ¿estás bien?

JULIA. (silencio) Sí. ¿Tú?

ERNESTO. Cansado.

JULIA. ¿Qué es lo que haces?

ERNESTO. En la mina trabajo. Te conté.

JULIA. Ya lo sé, pero... ¿cómo es, pues? ¿Qué haces ahí?

ERNESTO. Todo el día estoy metido medio cuerpo bajo el agua, *removiendo* la tierra, buscándolo el oro.

JULIA. (*se sienta y lo mira*) Entonces el oro es real.

ERNESTO. Claro, *pes*, es real. ¿Cómo no va a ser? (*sarcástico*) Ni modo que vamos a estar ahí abajo buscando algo que no existe.

JULIA. Todo el mundo habla del oro, pero nunca *le* he visto. ¿Cómo podía estar segura? Mi mamita me decía que el oro era blanco y cuando una vez dije eso con otras gentes, se rieron, «¿cómo va a ser blanco? Es brillante, unas piedritas brillantes».

ERNESTO. Es dorado. Pedacitos de sol, parece. Mira (*saca algo de su bolsillo, es casi imperceptible*).

JULIA. ¿Esto es?

ERNESTO. Sí, una pepita de oro. Es increíble, ¿no? Algo tan pequeño, con tanto valor.

JULIA. (*lo sostiene con sus manos*) Supongo que algo es valioso cuando hay poquito.

ERNESTO. Sí, parece que escaso *lo* es.

JULIA. (*lo pone delante de su ojo y lo acerca y aleja*) Con razón. Nosotros las gentes somos un montón, qué vamos a valer.

ERNESTO. Qué *lo* estás hablando. Claro que valemos, si gente somos.

JULIA. Supongo que sí... quince soles, por ejemplo.

(*Silencio.*)

JULIA. (*le devuelve la pepita*) Cuando nos crearon todo ha debido de ser distinto, por algo nos habrán puesto en el mundo.

ERNESTO. ¿Quiénes?

JULIA. Yoxi e Ipi, pues. Bueno, según mi mamita ellos nos crearon, los dioses de nosotros pues, o bueno, el Dios de los blancos también pudo ser supongo.

ERNESTO. Nunca había escuchado. A mí, mi *awicha* me *lo* contó del Wiracocha y la Pachamama, pero nunca pensé que... ¿Tú crees en lo que te dijo tu abuela?

JULIA. ¿Por qué me mentiría?

ERNESTO. No digo que te mienta, sino que podría haber estado equivocada, ¿no? (*piensa*) Entonces quizás lo que me contó mi *awicha* sobre el padre sol, la madre tierra, los apus, todo *lo* era verdad...

JULIA. Podría ser.

ERNESTO. Se supone que el dios de verdad es el de la Biblia.

ABUELA. Desde que *las gentes* dejó de celebrarle a sus dioses no me parece que nos haya ido nada bien a nosotros. Si ese es dios, ha de ser *su* Dios, de ellos, de los que ahora viven bien, a ellos nomás les cuida.

JULIA. Así decía mi mamita y luego me contaba de los nuestros, de que igual nos protegerían si les seguíamos haciendo caso, si cumplíamos con las tradiciones. Quizás por eso yo estoy aquí, no he cumplido.

ERNESTO. ¿Cumplido con qué?

JULIA. Cuando dejé de ser niña, no me celebraron.

ERNESTO. (*no entiende*) ¿Cuándo?

JULIA. Cuando se purgó mi sangre por primera vez pues.

(*Julia sale del espacio del cuarto y actúa más niña.*)

ERNESTO. Ah... ¿y qué te tenían que celebrar?

(*Va donde su abuela, le va a contar un secreto, le muestra una mancha en su mano. Su abuela la abraza.*)

ABUELA. (*a Julia, animada*) Es tiempo de recoger la yuca, el huito, ¡hay que preparar la fiesta! Allí vencerás a los espíritus enmascarados, para que estés lista para sobreponerte en el mundo, protegida de los malos espíritus, llena de valor y la sabiduría de las demás mujeres de tu familia.

JULIA. (*a Ernesto*) Mi mamita decía que era una prueba muy dura, pero una vez victoriosa, una tenía mucha fuerza, hasta se acercaba un poquito a la inmortalidad de nuestros dioses.

ERNESTO. ¿Y tú crees en eso?

JULIA. ¿Por qué no? Si me lo decía mi mamita. En un inicio todas las gentes eran así como ellos, inmortales, con poderes, así nos hicieron; sino que hemos ido perdiendo, pues, por las cosas malas que le hemos hecho a la tierra, entre nosotros... Pero te imaginas, nos hicieron así indestructibles como ellos. ¿No te gustaría?

ERNESTO. No me sentiría cansado nunca.

JULIA. Nunca, quizás hasta volar podríamos.

ERNESTO. (*pausa*) Me gusta hablar contigo.

JULIA. ¿Por?

ERNESTO. Me haces pensar.

JULIA. ¿Pensar qué?

ERNESTO. Varias cosas, hasta en volar, a mí sí me gusta eso de pensar.

JULIA. Oye, no te vayas a enamorar de mí ni esas cosas.

ERNESTO. ¿Qué estás hablando?

JULIA. No, nada, solo digo por si acaso.

ERNESTO. ¿Qué tendría de malo?

JULIA. Qué recién me conoces y además yo estoy aquí y... ¿Te gusto?

ERNESTO. (*nervioso*) No... o sea bonita *lo* eres y... me gusta hablar contigo, pero nada más.

(Silencio. Julia se recuesta sobre él.)

JULIA. ¿Te gusta tu trabajo?

ERNESTO. A mí me gusta la luz, el sol. *Sentirlo* el calorquito en la espalda mientras se trabaja la tierra, para que luego todo se *lo* ponga verdecierto. Mi *chamba* es oscura, puro barro, nomás, todo el día. Pero el oro, eso sí me gusta, buena plata vale, mucho más de lo que podría ganar en casa. ¿A ti?

JULIA. Me da igual. Una tiene que comer. No he intentado muchas otras cosas tampoco.

ERNESTO. Eres muy joven todavía.

JULIA. Hace un par de años me llevaron donde una tía en la ciudad, la esposa del primo de mi papá, me dijeron. Para que le ayude con la casa y sus *guaguas*. No me pagaba y a veces me pegaba cuando algo me salía mal. Un favor me hacía, me decía. Que tenía techo y comida decente y que no estaba toda cochina como animalito en la casucha de donde venía. Me escapé y le dije a mi mamita que por favor no quería volver. Menos mal y me hizo caso.

ERNESTO. ¿Qué te gustaría hacer?

JULIA. No tiene importancia.

ERNESTO. Yo quiero saber.

JULIA. Pero yo no quiero decir.

ERNESTO. ¿Se supone que *lo* tienes que hacer lo que yo te pido no?

JULIA. Hacer, pero no hablar.

ERNESTO. Ya pues...

JULIA. Pero no te ríes.

ERNESTO. Puedo no contarlo a *nadies*, pero la risa es algo que no se controla.

JULIA. Te vas a reír.

ERNESTO. Mi mejor intento *lo* haré para no hacerlo.

JULIA. Me gustaría ir al colegio.

ERNESTO. (*algo divertido*) ¿Al colegio?

JULIA. Ajá.

ERNESTO. ¿Nunca fuiste?

JULIA. Fui poco tiempo, cuando era chiquita había una escuelita, pero con la mina, como se fue *muchas gentes*, dejó de haber. Se suponía que cuando estuve en la casa de esa tía debía ir al colegio, pero nunca me llevó. (*pausa*) Yo quisiera ir a uno de esos colegios lindos de la ciudad, con sus uniformes a cuadros, la blusa blanquita, los zapatos negritos brillantes y los libros llenos de historias que aún no conozco. (*nota que él la observa extrañado*) Tonto te ha parecido.

ERNESTO. No, solo me sorprendiste. No esperaba que a alguien le guste el colegio.

JULIA. Cuando fui no me gustaba mucho, casi no entendía nada, pero eso no era un colegio de verdad, pues, como los que debe haber en las ciudades o en la capital. ¿Tú sí has ido? ¿Cómo era?

ERNESTO. La primaria nomás *lo* estudié, caminábamos como más de una hora con mis hermanos para llegar. Una profesora bien buena teníamos, pero en invierno hacía mucho frío y a veces ni podíamos llegar. Otras veces llegábamos y ni la profesora *lo* había podido venir.

JULIA. ¿Tenías libro?

ERNESTO. Sí, pero ya casi ni se leía de todo lo que habían escrito y borrado, una y otra vez.

JULIA. Mi mamita tenía un libro. No era uno de colegio, pero ella me enseñó a leer con ese librito. Alguna vez hace un montón de tiempo, sirvió en la casa de unos colonos, donde se quedaban algunos viajeros. Ella

se encontró ese libro que se había quedado olvidado de alguna gente que habría pasado por ahí.

ERNESTO. Sabes leer.

JULIA. Sí, claro. Gracias a mi mamita y a ese librito.

ERNESTO. Tu *awicha* sabía *hablarlo y leerlo* el español.

JULIA. Sí, en esa casa le enseñaron. ¿Tú no?

ERNESTO. Leerlo creo que más o menos.

(Silencio. Julia va a su mesita y con mucho cuidado saca un libro escondido.)

JULIA. Este es mi librito. Me ha acompañado muchas veces, sobre todo cuando *las gentes* se comenzaron a ir y cada vez había menos con quien conversar.

ERNESTO. ¿Te ha acompañado?

JULIA. Claro, pues. Tiene las historias de un niño de otro lugar, muchas cosas le pasan, pero termina feliz. Lo he leído tantas veces que a veces creo que ese tal Zézé es mi amigo.

ERNESTO. ¿Zézé?

JULIA. Así se llama, pues, el niño de la historia. Tiene una mamá, un papá, va al colegio, toca un instrumento que llama piano, pero no le gusta mucho. Igualito que yo, no tiene muchos amigos, pero él tiene un amigo sapo que lo acompaña y lo aconseja. Todo acaba bien siempre, eso me gusta.

ERNESTO. A mí también me gustan las historias. Mi *tayta* me *lo* contaba de *guagua*, pero no historias de otros niños, sino las de nuestro pasado. Era como salirse por un rato de uno y vivirlo eso que me contaba. Conocer cómo *lo* había sido nuestro origen. Era como estar ahí.

JULIA. Es lo que mi tía no entiende, se molestaba cuando me veía leyendo... perdida de tiempo, si ya lo has leído veinte veces, me decía. No entiende lo que se siente.

(Ernesto examina el libro, lo abre y e intenta leer una parte al azar.)

ERNESTO. «He... ve...ni...do... a... a...yu... dar...te, a... de... fen... der... te... de... to... do... en... la... vi... da».

JULIA. Eso le dice el sapito cuando recién le conoce al niño.

ERNESTO. Yo también quisiera un sapito así.

(Se escucha un ruido de afuera.)

JULIA. (pausa) Por lo menos desarréglate la camisa. Seguro en un ratito ya vienen a cobrarte.

ERNESTO. ¿Y si pido unos minutos más?

(Julia se acerca y lo desarregla. Sus miradas se encuentran muy cerca. Silencio. Se quedan mirando unos segundos. Ernesto la besa. Ella está a punto de resistirse, pero recuerda que no debe. Ella lo sigue besando hasta la cama. Él se detiene.

Se miran.)

JULIA. Pensé que querías...

(Ernesto la abraza.)

ERNESTO. Solo quiero quedarme un poco más.

JULIA. (no entiende, pausa) Claro.

(Julia lo abraza de vuelta.)

ERNESTO. ¿Quieres que regrese?

JULIA. Siempre preguntas lo mismo. Cualquieras puede.

ERNESTO. Pero tú, ¿quieres?

JULIA. Yo... (pausa) voy a pensar.

ERNESTO. ¿Qué cosa?

JULIA. Qué hablar para cuando vuelvas.

ERNESTO. (sonríe) Hasta pronto, Julia. Me gustó hablar contigo.

JULIA. No le vayas a decir a mí tía que aún guardo el libro.

ERNESTO. No le voy a decir nada de nada a *nadies*.

(*Dejamos de ver la habitación.*)

JULIA. Nadie. Eso es lo que somos todos aquí. Nadie. Porque este lugar no existe. Algo existe cuando es visto y esto nadie lo ve, solo los que estamos aquí, que somos nadie. No, te has equivocado. Esta no es una historia de amor, porque puede que el amor sí exista, pero aquí no podría ser. Está en otros lados, en las camas tibias de habitaciones con paredes, techos y ventanas, en las palabras de despedida de una madre al cerrar la puerta de una casa donde vive con su familia, pero aquí, imposible. Acá nos tenemos que ocupar de otras cosas más urgentes, sobrevivir, por ejemplo. Aunque no sé para qué, para vivir claro, pero ya no sé para qué vivimos si todo es tan...

ERNESTO. Seco y podrido, como la tierra.

JULIA. Sonseras estás hablando.

ERNESTO. Vacío, me siento.

JULIA. Eres muy joven todavía.

ERNESTO. Es como si no sintiera nada.

JULIA. Así es mejor. Igual la vida no va a cambiar.

ABUELA. ¿Cómo sabes?

JULIA. (mira a su abuela) Porque somos nadie, mamita. Nunca nada cambia para nosotros. Por lo menos no para mejor.

ABUELA. ¿Él regresó?

JULIA. Sí, seguido viene.

ABUELA. Te comenzó a querer. Alguien más te quiere en el mundo, eso es un cambio.

JULIA. Aquí entra cualquiera, menos el amor.

(*La abuela abraza a Julia.*)

ABUELA. ¿Segura?

JULIA. Estoy cansada. ¿Puedo dormir ya?

ABUELA. Por un rato si quieres.

(*Oscuro.*)

ESCENA TERCERA

(*La misma habitación. Es muy temprano. Julia está tendida en la cama. entra Ernesto. Al sentir que entra alguien, ella se pone de pie inmediatamente.*)

JULIA. (*sonríe*) Tú.

ERNESTO. Eso parece.

JULIA. ¿De nuevo quieres hablar? Estoy muy cansada, hasta para eso.

ERNESTO. (*animado*) Vamos, ánimate, es temprano y el solcito ya está brillando.

JULIA. Hablas tú porque has dormido, en cambio yo... he trabajado toda la noche hasta la mañana, qué me va a importar el sol.

ERNESTO. Yo también lo he trabajado desde ayer. Pero el sol siempre me lo pone de buen humor. Descansa, no tienes que hablar.

JULIA. ¿Y para qué habrías venido?

ERNESTO. Escúchame nomás.

(Julia se echa en su cama, pone la mano en su vientre. Él se sienta al lado.)

ERNESTO. Anoche tuve un sueño. *(pausa)* En realidad, lo he soñado varias veces ya. *(pausa)* Pero no seguido, aunque últimamente sí.

(Julia lo mira y asiente. Pausa.)

ERNESTO. Sueño que... *(pausa)* me quedo sin boca y no puedo decirlo nada, quiero gritar de desesperación y nada sale. Me miro al espejo y no me veo la boca. No está. Entonces comienzo a tocar mi cara y me doy cuenta que tampoco tengo ojos, ni nariz, ni orejas. Me veo con la cara vacía en el espejo.

JULIA. *(ríe bajito)* ¿Cómo te estás viendo si no tienes ojos?

ERNESTO. No lo sé, pero sé que soy yo porque es mi forma, pero voy perdiendo la cara. De pronto, me observo y ya no veo nada. No estoy. No soy nada. No existo. Miro alrededor y veo barro, está oscuro, todo es marrón, como cuando *lo* estoy en la mina. Sé que estoy ahí, pero miro mis manos y nada, no soy nada.

JULIA. Una pesadilla. Son los malos espíritus.

ERNESTO. Entonces quiero dejar de respirar para dejar de sentir esto. Aguanto la respiración, pero sigo ahí. Intento varias veces, tirarme al piso, gritar, hacerme daño y nada. Ahí es que me *lo* despierto. Sudando, empapadito, *asustao*. Me toco la cara y me miro las manos. Me tranquiliza saber que sí estoy ahí.

(Silencio.)

JULIA. Yo cuando tengo pesadillas extraño a mi mamita. Sé que ya estoy grande para eso, pero así me pasa.

ERNESTO. ¿Tú también tienes?

JULIA. A veces.

ERNESTO. ¿Qué sueñas?

JULIA. No me gusta recordar lo feo.

ERNESTO. Entonces lo bonito. ¿Qué cosas bonitas sueñas?

(Silencio. Julia lo mira, él se recuesta a su costado y le sonríe invitándola a hablar.)

JULIA. Que corro por el monte como cuando huambra, con mis amigas.

ERNESTO. ¿Y qué pasa?

JULIA. Eso, pues (pausa) Estamos jugando, trepándonos y escondiéndonos entre los árboles. (pausa, cierra los ojos) Nos reímos mucho.

(Aparece la abuela en un lado. Julia mira a su abuela de lejos.)

ABUELA. ¡Yuli!

JULIA. Mi mamita me ha salido a llamar. Grita cada vez más fuerte.
Yo no quiero dejar de jugar.

ABUELA. ¡Yuli! ¡Yuli!

(Julia se acerca a su abuela sin mirarla de frente. Ella la trata algo severa.)

JULIA. Me resondra porque estoy toda llena de tierra. Me manda a sacar agua del río para limpiarme. Me limpia. Tosca, era (se ríe). Creo que ese era el castigo por demorarme en regresar.

(Julia corre como si fuera a buscar algo, la abuela sale de escena, para cuando
Julia vuelve, ya no está.)

ERNESTO. Extrañas a tu mamá.

JULIA. Mi mamita, mi abuela. Ella me crió. Mi mamá trabajaba en una casa en la ciudad. No pasaba mucho tiempo con ella, con mi mamita sí.

ERNESTO. ¿Qué pasó con tu papá?

JULIA. Nunca le conocí, mi mamá dice que un día no regresó de trabajar.

ERNESTO. Las abandonó.

JULIA. No, mi mamita era la mamá de mi papá y ella siempre me dijo que no podía ser. De chiquita me decía que seguro había sido engañado por el *chullachaqui* de camino a casa y él había caído en la trampa. Me decía que si alguna vez me cruzaba con un jaguar, que no tenga miedo, que podía tratarse de mi papá, que lo llame por su nombre y el seguiría su camino.

ERNESTO. ¿Chullayaqué?

JULIA. El *chu-lla-cha-qui*. Es el demonio que está en la selva. Ya de grande alguna vez escuché que de seguro lo habían matado los sinchis. Nunca le quise preguntar a mi mamita, no quería ponerla triste.

ERNESTO. Los sinchis también se llevaron a un tío mío.

JULIA. Yo de chiquita creía que los sinchis eran así como el *chullachaqui* o el *tunche*. (ríe) Compinche de uno de esos *mostros* de la selva.

ERNESTO. Igual se lo llevaban a *las gentes* ¿no? (pausa) Ahora dicen que de nuevo.

JULIA. ¿De nuevo qué?

ERNESTO. Que se los llevan a algunas *gentes*.

JULIA. ¿Para qué?

ERNESTO. Para robarles, pues, su oro.

JULIA. ¿No te da miedo?

ERNESTO. No ando por donde no debo. No me meto con quien no debería.

JULIA. Una vez, estaba jugando con mis amigas y... llegamos a una pampa en el monte. Nos pusimos a rodar por el suelo. En eso, al caer,

nos encontramos algo que pensamos eran restos de un animal, pero eran demasiadas partes, nos pusimos a imaginar qué animal tan grande podía ser. En eso nos dimos cuenta que eran *gentes*, huesos de gentes.

ERNESTO. ¿Qué *lo* hicieron?

JULIA. Salimos corriendo, pues, gritando asustadas. Les contamos a nuestras mamás, creo que luego ellas fueron a enterrarles.

ERNESTO. ¿Te dijeron quiénes habían sido?

JULIA. No, no me quisieron hablar más de eso. A veces eso se aparece en mis pesadillas. (*pausa*) ¿No piensas que mejor es irte de aquí?

ERNESTO. La verdad, no.

JULIA. ¿Por qué? ¿Te gusta?

ERNESTO. Por el trabajo vine, mi familia necesita la platita, paga bien, aunque ahora último no me están pagando completo. Me lo deben una parte de varios meses. Aun así, es mejor de lo que podría conseguir por casa.

JULIA. Sí, pues.

ERNESTO. ¿Tú piensas en irte?

JULIA. No quisiera ser una sirvienta en la ciudad. No, gracias. Acá por lo menos algo del dinero recibo.

ERNESTO. ¿Algo?

JULIA. Mi tía es quien cobra mi plata, pero ella sí me da. Yo lo estoy juntando.

ERNESTO. ¿Qué piensas hacer? (*pausa*) Ya pues, cuéntame.

JULIA. Quisiera... algún día visitarlo Lima.

ERNESTO. Dicen que bien bonito es. Yo también quisiera ir. Quisiera ver el mar. Mi mamá siempre ha querido. Desde *guagüita* cuando pasábamos por algún río o si íbamos a alguna laguna, me *lo* contaba historias del mar. Bien grande *lo* es y todos los ríos del mundo se reúnen en él. Imagínate todos los seres que deben de vivir allí debajo.

JULIA. A veces también sueño que, igualito que al niño de la historia, me llevan a una casa grandazo frente al mar con una mamita y juego ahí con mis amigas, como en el monte.

(Silencio.)

JULIA. ¿Y si vamos?

ERNESTO. ¿A dónde?

JULIA. A conocer el mar.

ERNESTO. ¿Cómo?

JULIA. A Lima pues.

ERNESTO. ¿Ahorita?

JULIA. Bueno, no hoy, pero—

ERNESTO. Qué pasaría con mi trabajo y el tuyo...

JULIA. (*interrumpe*) Podemos dejarlos y comenzar allá. Tengo un poco de plata ahorrado, no es mucho, pero a lo mejor me alcanza para llegar allá—

ERNESTO. No puedo hacer eso. Me tienen platita pendiente y—

JULIA. ¿No quieres ver el mar?

ERNESTO. Algún día.

JULIA. ¿Por qué no ahora?

ERNESTO. No lo sé, Julia. Porque tengo que juntar plata, me deben todavía y en otra parte me van a pagar una mierda.

JULIA. Pero puedes trabajar bajo el sol. En un lugar lindo. Dicen que bien moderno es y limpiecito. No como acá, puro pantano y con olor a podrido que arde la nariz.

ERNESTO. ¿No que no te molestaba tu trabajo? ¿De dónde *lo* ha salido todo esto?

JULIA. Así como no me molesta, tampoco es algo que me guste. No me molestaría hacer otra cosa.

ERNESTO. Pero no *lo* quieres ser una sirvienta.

JULIA. En la ciudad de acá, pero en la capital todo es diferente pues. La gente es educada, buena, no van a ser como esa tía. Además, allá podemos conseguir otro trabajo, los dos.

ERNESTO. Julia ¿crees que fácil *lo* va a ser? ¿Crees que *lo* van a dar trabajo a dos como nosotros que ni al colegio hemos ido? Que somos pobres e indios.

JULIA. Pero vamos a hacer las cosas bien y la gente lo va a ver—

ERNESTO. (*la interrumpe*) Estás soñando.

JULIA. Tú tienes la culpa, pues.

ERNESTO. ¿Qué?

JULIA. Tú eres el que me ha estado preguntando que qué quiero, haciéndome pensar en lo que quería hacer desde huambra, en lo que sueño. Ya olvídate, ya. Nada he dicho.

ERNESTO. No te molestes.

JULIA. Todo estaba bien antes que vinieras.

ERNESTO. ¿De qué hablas?

JULIA. Yo ya me había hecho de la idea de quedarme aquí.

ERNESTO. Pero nos podemos quedar aquí juntos, yo voy a venir a verte seguido y algún día podemos irnos y hasta podremos visitarlo Lima.

JULIA. Tú quieres quedarte aquí por siempre.

ERNESTO. No para siempre. Cuando tenga un buen dinero y le haya llevado un poco a mis taytas, pienso buscar otro lugar a donde ir y tenerlo mi propia familia. Construirme una casita en mi tierra, pero no *lo* creo que en Lima. Eso sería todo un sueño, pero justamente un sueño nomás, no creo que pueda ser verdad.

JULIA. Yo pensé que a ti te gustaban los sueños.

ERNESTO. A todo el mundo le gustan, no quiere decir que *le* creamos que se puedan lograr.

JULIA. Entonces para qué pensar en eso. Es torturarse.

ERNESTO. Porque *quizá* algún día pues.

JULIA. (*pausa*) Algún día.

ERNESTO. Exacto.

(*Julia no tiene expresión alguna, Se le acerca y lo abraza.*)

JULIA. Dejemos de hablar.

ERNESTO. ¿Estás molesta?

JULIA. Solo cansada.

(*Julia lo besa y lo lleva a la cama, se pone encima de él.*)

ERNESTO. ¿Qué haces?

JULIA. ¿No quieres?

ERNESTO. Pensé que estabas cansada.

JULIA. De hablar.

(*Oscuro. Escuchamos sonidos de la naturaleza. Vemos a la abuela.*)

JULIA. No quería volver a verlo nunca.

ABUELA. No. Tú querías que cambie de opinión.

JULIA. Es que yo ya me había hecho de la idea ya, de estar ahí, que no se podía nada más. Todo lo que dijo había sido por las puras.

(*Oscuro. Luz. Están Ernesto y Julia luego de hacer el amor. Julia se está vistiendo.*)

JULIA. No quiero que regreses nunca más.

ERNESTO. (*incrédulo*) ¿Qué?

JULIA. Sí, anda a hablar con otras de las chicas.

ERNESTO. ¿Hice algo que no te gustó?

JULIA. No, solo quiero que te vayas y no regreses conmigo. Por favor.

ERNESTO. Pero, yo pensé que—

JULIA. Yo también pensé, ese es el problema. Porque en nuestras cabezas hay cosas distintas.

ERNESTO. Yo solo quiero hablar contigo. Yo no vine para acostarme ni nada. Yo no quería.

JULIA. Así es más sencillo.

ERNESTO. ¿Qué cosa?

JULIA. Pensar que viniste por un poco de sexo y ya.

ERNESTO. Pero yo no vine por eso.

JULIA. Ándate.

ERNESTO. Tú eres mi amiga. Mi única amiga.

(*Julia se toca el vientre, le duele. Silencio.*)

ERNESTO. ¿Estás bien?

JULIA. Adiós.

ERNESTO. Julia, por favor. ¿Qué te ha molestado?

(*Silencio.*)

ERNESTO. ¿Qué pasa si regreso? No lo puedes evitar.

JULIA. No hablaré, será como con los demás.

ERNESTO. No entiendo qué ha pasado.

JULIA. Ándate nomás.

(Dejamos de ver el cuarto.)

ABUELA. Tú no querías que se fuera. ¿Por qué le dejaste ir así?

JULIA. No importa qué quería.

ABUELA. Claro que sí.

JULIA. ¿Para qué le iba a hacer quedarse?

ABUELA. Tú te querías ir. ¿Por qué no hacerlo?

JULIA. ¿Ir a dónde?

ABUELA. A cualquier lugar que no fuera ese, hasta a Lima podía ser.

JULIA. ¿Cómo me iba a ir sola?, cobarde me sentía.

ABUELA. ¿Qué más sentías?

JULIA. ¿Para qué vamos a hablar de eso? Solo quiero descansar.

ABUELA. La ira es energía útil para el guerrero, para su supervivencia, pero solo si la deja salir, si *le* hace fluir esa energía de su cuerpo al mundo; si no, le contamina, se pudre por dentro. Tienes que dejar salir todo.

JULIA. (*pausa*) Estaba enojada conmigo misma porque no era capaz de salir de ahí. Estaba tan enojada con mis sueños que me recordaban lo miserable de la vida que me tocó. Estaba tan enojada que ya no sentía nada, porque si sintiera creo que ya me hubiera muerto, hubieran explotado mis venas y salido a chorros mi sangre. Uno más. Eso quería que fuera. Olvidarme de que me miró a los ojos y que lo miré de vuelta. De que por un momento algo fue distinto. De que alguien se interesó por mí.

ABUELA. Se siente adentro. No se mira. No siempre uno sabe. Hay cosas que pasan por tus venas, antes que por tu cabeza. Ahora tienes que dejarlo ir.

JULIA. El hizo que saliera todo eso que ni yo sabía que sentía. Era mejor no saber. (*pausa*) No quiero seguir así. Quiero regresar el tiempo. Seguir dormida. Quiero volver a dormir.

ABUELA. Vamos, mi Yuli, tienes que dejar ir todo para poder volverte uno con el universo.

(Oscuro.)

ESCENA CUARTA

(*La habitación. Entra Ernesto. Julia lo observa, sin decir nada.*)

ERNESTO. Yo lo sé que me pediste que no regrese.

(*Se le acerca y lo jala de una mano a la cama y lo besa. Ernesto la besa de vuelta.*)

ERNESTO. Escúchame.

(*Julia no deja de intentar besarlo para que no hable.*)

ERNESTO. Por— favor— Julia—

(*Ernesto logra detenerla con sus brazos.*)

ERNESTO. Voy a ir contigo.

JULIA. ¿De verdad?

ERNESTO. (*pausa*) Yo vine a este lugar buscándolo alguien más miserable que yo. Alguien que lo esté pasando peor, alguien que me lo sirva de consuelo, que me haga sentir mejor conmigo mismo, para poder aguantar. (*pausa*) Pero te encontré a ti. Y ahora quiero estar contigo, han pasado ya algunos días en los que he estado sin verte y perdido me lo he sentido. Desde que vine la primera vez, siempre espero en venir a hablar contigo. Era lo único por lo que me podía levantar y me iba de nuevo a la mina, a pesar del dolor del cuerpo, del ardor de las manos...

(Silencio.)

ERNESTO. No dices nada.

JULIA. (*a su abuela*) No sabía qué responder a eso. (*piensa unos segundos y sonríe*) ¿Entonces nos vamos a ir?

ERNESTO. Sí, pero tiempo te *lo* quiero pedir.

JULIA. ¿Tiempo?

ERNESTO. Te dije que me deben todavía. No quisiera irme sin esa platita. Así nos puede ir mejor también.

JULIA. ¿Cuánto tiempo?

ERNESTO. He ido a pedir que me paguen y me dijeron que para fin de mes me *lo* van a dar todo.

JULIA. (*sonríe*) Entonces al final del mes.

ERNESTO. Sí, yo igual voy a venir a verte; puedo, ¿verdad?

JULIA. Ajá, tenemos que hacer planes. He escuchado que hay unas mototaxis a la carretera que salen del campamento. Ahí dicen que hay varios colectivos a la ciudad.

ERNESTO. Sí. (*pausa*) Estoy feliz ¿sabes?

JULIA. Yo también.

ERNESTO. Ya *lo* quiero estar allá.

JULIA. Yo también. Lima. La capital. Allá vive el presidente, tiene que ser ya no ya.

(Ernesto besa a Julia.)

ERNESTO. Me gustas mucho.

JULIA. Ernesto, yo— (*se interrumpe*)

ERNESTO. Dime.

JULIA. Ya quiero irme contigo.

(Ernesto sonríe. Julia camina alrededor de él. Dejamos de ver el cuarto.)

JULIA. Ya no, por favor.

ABUELA. Aquí estoy.

JULIA. Es que me siento culpable, en alguna parte de mí, creo que lo estaba usando.

ABUELA. Para salir de ahí.

JULIA. Él me hizo creer que era posible, que ese podía no ser mi lugar.

ERNESTO. Aunque yo no quería, pero no podía estar sin verla. Era lo único que me hacía sentir algo.

JULIA. Sentir algo. De eso no estaba segura. No sabía si sentía algo por él.

ABUELA. Pero él sí lo sentía por ti.

JULIA. (*a la abuela*) Por eso la sensación de estarme aprovechando. Yo no creía que uno pudiera querer en un lugar así. Pero más pudo mi instinto de supervivencia, de buscar un lugar mejor, ahora que creía que se podía, que yo también podía. No podía quitarme esas ganas de salir de ahí.

ERNESTO. Yo lo sabía. No me importaba. Igual no podía *quitármelo* esas ganas de cuidarle. Por eso decidí irme con ella. Esos días en los que no fui a verla tuve más pesadillas. Perdía el rostro completo hasta solo ver oscuro. Me hundía completamente en el barro de la mina. Ella era una especie de luz, el sol.

JULIA. Él era una especie de luz. Me ayudaba a ver una salida.

ERNESTO. Una razón para salir de allí.

JULIA. (*a la abuela*) Llegué a pensar que tú me lo habías enviado.

ABUELA. A veces el amor es lo único que te salva, de convertirte en tierra seca, en oscuridad, en nada.

JULIA. Yo no sé si es amor, pero ser alguien para alguien, aunque fuera una sola persona, me hizo dejar de ser nadie.

ABUELA. Yo creo que sí era.

JULIA. Ya no quiero seguir, mamita. ¿Para qué volver a pasar por ahí?

ABUELA. Es la única forma de dejar ir. A veces tenemos que reabrir una herida para que pueda sanarse bien.

(La abuela le da la mano a Julia y ella la une con la de Ernesto.)

ESCENA QUINTA

(Julia está examinando el rostro de Ernesto. Él está lleno de moretones y ella muy pálida.)

JULIA. ¿Qué te pasó?

ERNESTO. Nada.

JULIA. ¿Cómo que nada?

ERNESTO. *(sin dale importancia)* Me lo han pegao pues.

JULIA. Sí, eso veo, pero ¿qué te pasó?

ERNESTO. Fui a hablar con el encargado. Uno de sus ayudantes me dijo que tengo que esperar un poco más, algo sobre que los precios han bajado, están esperando un mejor momento para vender y por eso aún no hay la platita. Además, salió con que tengo que sacar bien mi cuenta, porque yo les debo del cuarto y la comida y al final resulta que me debe como la mitad nomás—

JULIA. *(preocupada)* ¿Y encima te pegó?

ERNESTO. No, no fue él.

JULIA. ¿Entonces?, ¿los moretones?

ERNESTO. Cuando salía y me lo iba al campamento, me pegaron. Alguien me chocó y cuando respondí preguntando que qué lo pasaba,

me pegaron todos los que estaban con él. Seguro borrachos estaban, qué se yo...

JULIA. ¿Te duele mucho?

ERNESTO. No, solo es por encima.

JULIA. ¿Seguro?

ERNESTO. Sí.

JULIA. ¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer?

ERNESTO. Tendremos que esperar. Yo *lo* dije al joven, que tenía una urgencia familiar, que tenía que enviar *platita*, que por eso tenía que hablar con el encargado. Me dio un par de billetes, cien soles. Que me prestaba me dijo. Cien soles. Eso no es nada de lo que me deben. Insistí y me dijo que, si no me gustaba, que me fuera. «Cómo me voy a ir con todo lo que me deben», le dije. «Así es, si no te gusta, te vas. Espera un poco, ten paciencia», me dijo. Voy a intentar hablar con el señor Francisco, tiene fama de ser buena gente, el más bueno de todos.

JULIA. No les dijiste que te pensabas ir.

ERNESTO. Ni loco, dicen que, si dices eso, bien difícil que te paguen lo que te deben. (*baja la voz*) ¿Tú has dicho algo?

JULIA. No.

ERNESTO. ¿Ni a tu tía?

JULIA. (*intentando convencerse a sí misma*) Yo no soy como las otras chicas que traen, yo vine por mi cuenta, así que, así como vine me puedo ir, ¿no? A mí sí me dejan salir, creen que no me voy a ir, como está mi tía... (*pausa*) Ya le diré... pero mejor cuando ya estemos seguros.

ERNESTO. Sí, mejor.

(*Julia se le acerca mucho, observa con detenimiento sus golpes.*)

JULIA. ¿Seguro que estás bien?

ERNESTO. Sí, (*la observa*) ¿tú?

JULIA. Muy bien. Pienso en cuando ya estemos allá y me pongo muy contenta.

ERNESTO. A mí me pasa igualito. Ayer soñé con mojar mis pies en el mar. Tibiecito seguro se siente. Igual y me *lo* pongo contento cuando pienso en venir a verte nomás.

JULIA. Más bonito va a ser cuando estemos allá en Lima. Hasta tren dicen que hay. Se debe de cruzar la ciudad entera en minutos.

(*Julia corre de un lado a otro en el diminuto cuarto. Ernesto la atrapa y toma su mano.*)

ERNESTO. Juntos vamos a subirnos en el tren hasta el mar.

(*Julia saca algo de debajo de la cama. Es un recorte de periódico.*)

JULIA. Mira, la vez pasada un señor se olvidó aquí su periódico, hay una foto grandazo de Lima. (*señala algo en el recorte, es una foto del malecón*) Por acá quiero caminar, aunque hasta miedo da, ¿no? Esos edificios tan grandazos frente al mar, parece que se le fueran a caer encima a uno.

ERNESTO. Muy elegante, parece otro país.

(*Ernesto comienza a caminar altivo, se toca la barbillia y toma a Julia del brazo, ella le sigue el juego.*)

JULIA. Nos vamos por fin a ser gentes.

ERNESTO. A vivir como gente.

JULIA. (*ríe*) ¿Acaso vivimos como animales acá?

(Ernesto hace como un chancho. Ambos se ríen, se abrazan. Dejamos de ver el cuarto.)

ERNESTO. Los animales viven mejor. Los salvajes libres, los de casa cuidaditos. Nosotros *kutipados*.

(Julia no puede dejar de apretarse el vientre. Silencio.)

JULIA. En el fondo, quizás sabía lo que realmente estaba pasando.

ERNESTO. ¿Cómo lo ibas a saber?

JULIA. No sé, pero creo que lo sabía. Solo que no quise detenerme. Tenía tantas ganas de irme... contigo.

(Silencio.)

ABUELA. Creíste que todo saldría bien. Que la coincidencia de cono-
cerse no fue en vano.

JULIA. No quise ver la realidad, es todo.

ERNESTO. Tenías esperanza.

JULIA. Fue mi culpa. ¡Todo fue mi culpa!

ERNESTO. Yo también la tenía.

JULIA. ¿Para qué sirvió? Para convertirse en desesperanza nomás. Cuando no llegaste más, no supe qué hacer.

ERNESTO. En eso pensé cuando sucedió. En que me ibas a esperar y yo nunca iba a llegar. Por eso me resistí, pero tenían un arma. No había forma de escapar.

JULIA. Es que no hay.

ERNESTO. En mi mente estaba que pensarías que te abandoné, que me *lo* acobardé, que *lo* cambié de idea. «No entendiste la advertencia»

me lo dijeron. «Ahora ya fuiste, serrano *conchetumare*». Todo por mil soles que me *lo* debían... o ya no sé cuánto, después de todo lo que según ellos yo debía.

JULIA. Me llené de angustia. Ya no se puede regresar a ser nada, cuando se ha sido algo, o quizás sí, pero toma tiempo, como cuando me conociste.

ERNESTO. Pensaba en que te ibas a poner triste o quizás a enojar. Que de repente saldrías una mañana a buscarme. Miedo me daba de que ellos te vayan a hacer algo.

JULIA. Buscarte, ¿por ahí en la mina? Mejor buscarte en el infierno.

ERNESTO. Bueno, ahí ibas a tener más probabilidades de encontrarme.

JULIA. Al final te encontré.

(Aparece la abuela al lado de Julia.)

ABUELA. Y lo pude conocer yo también.

JULIA. Sí, mamita.

ERNESTO. Espero haber causado una buena impresión.

ABUELA. Con todo lo que me ha contado, ¿cómo no?

ERNESTO. Me alegró encontrarte y al mismo tiempo me puso infinitamente triste. Yo quería que cumplieras tu sueño, que pudieras ir a Lima, ir al colegio con un uniforme muy bonito, leer todas las historias que quisieras, quizás hasta vivir en una casita frente al mar, como el niño de tu cuento. Aunque fuera sin mí.

JULIA. No puedo seguir recordando. Me duele demasiado, es como si estuviera sintiendo por todos los años que no he sentido nada.

ABUELA. Falta poco, mi Yuli. Tienes que dejarte sentir, aunque duela. Lo peor ya pasó.

JULIA. Pero es vivir todo de nuevo.

ABUELA. Tienes que sentir. Dejar fluir todo eso que sentiste y que sientes para que también puedas sentir felicidad y logres ser una con el universo: conmigo, con Ernesto, con tus papás y con todos los que vinieron antes.

(Silencio.)

JULIA. Esperé tres días, una semana. Me fui un día a preguntar por ti, me dijeron que ya no te habían visto, que no habías vuelto a trabajar, que segurito te habías regresado a tu pueblo. Pensé que te fuiste solo a Abancay. Cólera me dio, hasta pensé en irte a buscar solo para decirte que eras un mentiroso. De valor me llené, si te fuiste sin mí, entonces yo también podía. A Lima me iba a ir solita. Quedarme era imposible, ese ya no era mi destino. (*pausa*) Pero a los días comencé a sentirme mal. Pensé que quizás era mi mente. Que estaba sintiendo en el cuerpo lo que pasaba en mi corazón. Como tú siempre me decías mamita. Estaba desolada, triste, vacía y se sentía hasta en la piel.

ABUELA. (*con pena*) Los pensamientos fluyen en nuestra sangre.

(*La abuela le toca la frente y toma su mano, la cuida en su enfermedad.*)

JULIA. Sudaba frío y eso que hacía un sol terrible. No entendía qué me pasaba. Dolía mucho mi cabeza. Cada vez, menos fuerzas tenía. Una noche un cliente se quejó de que yo le podía pegar algún mal. Mi tía entró a verme y ahí vi en sus ojos que yo me estaba muriendo. Me había estado pudriendo por dentro.

ABUELA. (*lamenta*) Ay, mi Yuli.

JULIA. Me ardía la piel. Ahí abajo. Era como un incendio.

ABUELA. Que le lleven a la posta, por favor.

JULIA. Así rogaba mi tía, pero los dueños no quisieron. Llévatela tú si quieres le dijeron.

ABUELA. Estaba lejos, ¿cómo te iba a llevar a pie?

JULIA. Horas para llegar era y yo no podía ni pararme.

ERNESTO. ¿Te dolió mucho?

JULIA. Bastante rato. Luego de pronto ya no sentí nada, lo mismo que le había pasado a mi alma le pasaba ahora a mi cuerpo. No dolía, era un alivio de una forma extraña, como que uno solo pudiera sentir una cantidad de dolor en el cuerpo y el mío ya lo había superado. En eso, sentí como si mi sangre me abrazara.

ABUELA. Luego yo te pude abrazar.

JULIA. Por fin, después de tantos años.

ABUELA. Pero ahora para siempre.

ERNESTO. Y podemos estar juntos fuera de ese cuarto.

JULIA. Aunque no en Lima.

ERNESTO. Pero la podemos ver desde acá. Sí, es bonita.

JULIA. Mucha gente. Ni se miran. Harto ruido. No es como pensé. No hubieras podido trabajar bajo el sol, todo gris es y el mar, helado.

ABUELA. Lo importante no es el lugar, es tener alguien que cuide de ti y a quien cuidar.

JULIA. ¿Cómo se puede amar en un lugar así?

ERNESTO. (sorprendido) ¿Me amas?

JULIA. Creo que sí. (*pausa*) No estoy segura, yo nunca he amado así antes, así que no sé.

ERNESTO. (sonríe) Yo también te amo.

JULIA. No entiendo cómo es que pudimos amar allí.

ERNESTO. Quizás es lo único que nos queda.

ABUELA. El amor es aquello que todos sí podemos tener.

JULIA. (*reclama*) Pero a veces no basta.

ERNESTO. Ahora estamos mejor ¿no? (*pausa*) Aunque ya no existimos.

JULIA. Quizás nunca lo hicimos. Algo existe cuando es visto y a nosotros nadie nos ve.

(*Ernesto se para frente a ella. Se miran.*)

ERNESTO. Yo te veo.

JULIA. Y yo a ti. Aunque nadie más lo haga.

(*Se siguen mirando. Apagón.*)

FIN

VALERI HERNANI VALDERRAMA

En el sótano

Segundo puesto

Sobre la autora

VALERI HERNANI VALDERRAMA (Lima, 1997). Estudiante de Comunicación Audiovisual e integrante del grupo de investigación Comunicación, Arte, y Cultura (CAC) de la Pontificia Universidad Católica del Perú - PUCP. Ha llevado cursos con Vanessa Vizcarra, Alfonso Santisteban y Guillem Clua. Fue ganadora del XVII Concurso de Proyectos Audiovisuales 2018 de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación y del Programa de Apoyo en la Investigación (PAIN) 2017 de la PUCP. Ha escrito y co-escrito varios cortometrajes y dirigió dos de ficción: *Nadia y Perro*. Este último ha sido seleccionado en festivales de cine en Perú. Actualmente, se encuentra dirigiendo un corto documental.

PERSONAJES

MUJER

CIEGO/CARLOS

MUDO/TALO

HOMBRE

NIÑO

En el sótano

A mi madre.

ACTO I

ESCENA I

(*Hay un sofá de color rojo oscuro en el centro del escenario y, a su lado, una mesa pequeña con una lámpara. En la parte posterior derecha se sitúa sombría una escalera; en la parte posterior izquierda, un armario de dos puertas. El ciego está sentado en el centro del sofá. El mudo lleva una pila de libros en las manos. Al llegar casi al extremo del escenario, donde se encuentra un pequeño colchón, se le cae. Se detiene.*)

CIEGO. Hemos llegado a un punto en el que ya nada importa. Tú al menos sabes que existes. ¡Mírame! Tú que puedes. (*el mudo trata de recoger los libros para ponerlos en orden debajo del delgado colchón.*) Estoy viejo y solo; bueno, contigo, es decir, solo. No te oigo desde que esa máquina llegó, únicamente la escucho a ella. ¿Es mejor compañera que yo? ¿Qué es lo que tanto platican?

(El mudo se detiene. Luego sigue ordenando los libros.)

CIEGO. Sé que ella te hace feliz. No tienes que ser como yo: no tienes que pensar tanto. Me duele mucho la cabeza por las mañanas. (*el mudo se detiene y voltea a mirarlo.*) Es cierto, a veces no sabemos cuándo es de mañana. ¿El reloj ya no funciona? ¡Necesitamos baterías! Tal vez puedas hablar con la máquina, ella nos puede ayudar. Quiero saber si ya me iré de aquí. ¿Tú no?

(El mudo se detiene. Luego sigue ordenando los libros.)

CIEGO. Es cierto, a veces no sabemos cuándo es de mañana. ¿Has dormido bien? Me estuve preguntando eso hace un rato, será que dormimos bien por las noches o por las mañanas. Es cierto, nunca sabemos cuándo es de mañana. Debemos diseñar algún sistema de comunicación que ambos entendamos, tú me entiendes, porque en algún momento decidiste dejar de hablar, pero, claro está que conoces mi lenguaje. Sin embargo, yo no sé qué quieres. Yo no veo. (*se oye un ruido desde el armario.*) ¿La máquina ha contestado? ¿El señor nos enviará más comida? (*silencio.*) Tengo hambre. Dame de comer, pero termina primero con lo que estás haciendo. Puedo esperar un poco más. Porque hemos llegado a un punto en el que ya nada importa, ni perder un poco más de tiempo.

(El mudo se detiene. Luego sigue ordenando los libros. El ciego se levanta con lentitud y se queda de pie.)

CIEGO. Antes tenía miedo de caer. ¡No! Aún lo tengo. Pero empiezo a pensar que el dolor me hace ver. Ya no recuerdo cómo era el cielo de las ciudades grandes. Cuando nos recoja, podrás verlo y me dirás cómo

es en ese momento, cuánto ha cambiado. Solo hay que esperar, ya nos llevará. Aunque no lo veo hace mucho. ¿No crees?

(*El mudo coge de un estante un plato y un tenedor. Los lleva hacia el ciego. Este volteo y ambos quedan frente a frente.*)

CIEGO. ¿Ya no hay comida?

(*El mudo lo mira, luego, mira al plato.*)

CIEGO. ¿Ya no hay comida? Tal vez haya algo entre la basura. Ve a ver. No me iré a ningún lado.

(*El mudo camina hacia el armario. Se detiene, volteo y mira al ciego.*)

CIEGO. ¿Qué esperas? Busca, busca. Tal vez, muramos en un par de minutos, el reloj ya no funciona. Abre el armario.

(*El mudo abre una de las puertas del armario. Se ven libros, instrumentos musicales y ropa colgando. Entre la ropa, se encuentra un tacho de basura. Lo saca del armario y busca.*)

CIEGO. No tengas miedo, yo te protejo.

(*El ciego junta las piernas, estira los brazos y alza la cabeza, formando una cruz con su cuerpo. El mudo se detiene y volteo extrañado.*)

CIEGO. ¿Encontraste la comida?

(*El mudo mete la cabeza en la basura y saca una manzana como si fuera un premio.*)

CIEGO. ¿Hay algo? (silencio) ¡Hay algo de comida! ¡Nos has salvado! Tráela, tráela para partirla. Lo que sea que fuera alcanza para ambos. La dividiré en dos. Dos. Dos. La dividiré en dos como... mi alma está ahora.

(*El ciego baja la cabeza. El mudo, extrañado, deja caer la manzana.*)

CIEGO. ¿Te sorprendes, no es cierto?

(*El mudo toma la manzana para llevársela al ciego. La coloca en su mano.*)

CIEGO. No, no quieras consolarme con manzanas.

(*El mudo se extraña, le toca el hombro. El ciego se lanza sobre él y lo abraza.*)

CIEGO. (triste y serio) Sí, así es. Yo, alguna vez, supe qué era el amor. Siéntate. Debes escucharlo. Tú que aún eres joven.

(*El ciego toma al mudo de los hombros y lo sienta en el sofá. Este lo mira intrigado e intenta pararse, pero el ciego lo detiene contra el mueble. Luego camina alrededor de él.*)

CIEGO. Era una mujer delgada con cintura muy pequeña, una venus con aroma a rosa y sabor a fresas frescas. Traía un vestido diferente cada día, fuera verano o invierno. La seda entre sus piernas parecía el velo devoto de una novia ansiosa. Era delicada, delicada como... una niña. La veía pasar por mi casa todos los días, yéndose al trabajo. Iba con los pies muy juntitos, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, contorneando suavemente la cadera y toda su figura. (*el ciego mueve su cadera y manos torpemente. El mudo lo sigue con la mirada.*) Pasé meses ado-

rándola en silencio. No sabía cómo acercarme a ella, cómo decirle que yo estaba completamente enamorado, sin siquiera haber oído su voz. Estaba... deslumbrado.

(El mudo se recuesta sobre el sofá.)

CIEGO. (*entusiasmado.*) Un día, varios meses después de haberla observado detenidamente, tomé el valor necesario para salir de casa e invitarla a salir. Fue un lunes, lo recuerdo bien. Me eché perfume, salí muy bien arreglado. Decidido a hablarle por primera vez. Caminé por el pasillo, atravesé todas las puertas de las habitaciones vacías. (*el ciego levanta la mano y señala hacia el frente. El mudo va cayendo dormido.*) Caminé, caminé, caminé decidido, seguí caminando hasta que atravesé la puerta y llegué al jardín a esperarla. La vi acercarse con un vestido color blanco en la falda y piel en el busto. Tome el mayor de los respiros y...

(El mudo empieza a roncar fuertemente. El ciego volteó extrañado y se golpea el rostro con la mano, resignado.)

CIEGO. Bueno, creo que ya es hora de dormir (*se acerca al sofá.*)

ESCENA II

(Todo está oscuro. Una luz se enciende tenuemente iluminando al mudo, quien está sentado en el suelo, al lado del sofá. A su lado aparece un televisor. El mudo lo queda mirando fijamente durante unos segundos. El televisor se enciende y causa un ruido incómodo. El mudo se acerca lentamente sonriendo tímidamente, corre.)

ESCENA III

(En oscuridad. Hay un sofá de color rojo oscuro en el centro del escenario y, a su lado, una mesa pequeña con una lámpara. En la parte posterior derecha se sitúa sombría una escalera, en la parte posterior izquierda del escenario hay un armario de dos puertas. El ciego está sentado en el centro del sofá. El mudo lleva una pila de libros en las manos. Al llegar casi al extremo del escenario, donde se encuentra un pequeño colchón, los tira. Se detiene.)

CIEGO. (en luz.) Hemos llegado a un punto en el que ya nada importa. Tú al menos sabes que existes. ¡Mírame! Tú que puedes. (El mudo trata de recoger los libros para ponerlos en orden debajo del delgado colchón.) Estoy viejo y solo; bueno, contigo, es decir, solo. ¿Cómo está tu amiga? ¿Le preguntaste si podía ayudarnos?

(El mudo se detiene. Luego sigue ordenando los libros.)

CIEGO. ¿Que ya no conversan? Sé que ella te hace feliz. No tienes que ser como yo: no tienes que pensar tanto. Me duele mucho la cabeza por las mañanas. (el mudo se detiene y volteo a mirarlo.) Es cierto, a veces no sabemos cuándo es de mañana. ¿El reloj ya no funciona? ¡Necesitamos baterías! Tal vez puedas hablar con tu amiga, ella nos puede ayudar. Quiero saber si ya me iré de aquí. ¿Tú no?

(El mudo se detiene. Luego sigue ordenando los libros.)

CIEGO. Es cierto, a veces no sabemos cuándo es de mañana. ¿La máquina ha contestado? ¿El señor nos enviará más comida? Pues, tengo hambre. Dame de comer, pero termina primero con lo que estás haciendo. Puedo esperar un poco más, porque hemos llegado a un punto en el que ya nada importa, ni perder un poco más de tiempo.

(El mudo se detiene. Luego sigue ordenando los libros. El ciego se levanta con lentitud y queda parado sobre el sofá. Se balancean.)

CIEGO. Antes tenía miedo de volar. ¡No! Aún lo tengo. Pero empiezo a pensar que el temor y la angustia me hacen ver. Ya no recuerdo cómo era el mar de los más intensos veranos. Cuando nos recojan podrás verlo y me dirás cómo es en ese momento, cuánto ha cambiado. Solo hay que esperar al señor o a tu amiga, ya nos llevarán.

(El mudo coge un plato y un tenedor de un estante. Los lleva hacia el ciego. Este, encima del sofá, toca el rostro del mudo. Desciende. El ciego volteá y ambos quedan frente a frente.)

CIEGO. ¿Ya no hay comida?

(Se oye un golpe fuerte que proviene del armario. El mudo da un salto y se esconde detrás del mueble.)

CIEGO. No te preocupes, yo te protejo.

(El ciego junta las piernas, estira los brazos y alza la cabeza, formando una cruz con su cuerpo. El mudo volteá. Se vuelven a escuchar unos golpes.)

CIEGO. Acércate. Ve a ver. Tal vez sea tu amiga, la máquina. *(el mudo no se mueve.)* ¿Tienes miedo? *(el mudo lo mira.)* ¿Tienes miedo de lo que pueda pasar? ¿Tienes miedo de irte? Eres como una desagradable cucaracha. No importa a donde vayas, siempre vivirás. Solo evita las pisadas grandes.

(Se vuelven a escuchar unos golpes. El mudo se levanta, erguido y seguro. El sonido se hace más fuerte y más continuo. Luego para repentinamente. Se abren ambas puertas. Se ven libros al lado izquierdo y ropa colgada al lado derecho.)

CIEGO. ¿Qué pasó? ¿Quién es? ¿El encargo del señor ha llegado? Porque tengo hambre.

(Silencio. Cae una manzana y rueda por el suelo.)

CIEGO. ¿Llegó la comida?

(Cae otra manzana y rueda por el suelo.)

CIEGO. ¿Ya llegó la comida?

(Silencio. El mudo espera a que caiga otra manzana. Silencio. Le cae la manzana en el rostro. Se oye una risita juguetona.)

CIEGO. El dolor nos hace sentir que existimos. Por lo menos llegó la comida.

(El ciego se sienta en el sofá. El mudo recoge las manzanas y se acerca al armario con cautela. Sale una mujer de un salto desde las ropas colgadas.)

MUJER. Hemos llegado a un punto en el que ya nada importa.

ESCENA IV

(Todo está oscuro. Una luz se enciende tenuemente iluminando al mudo, quien está sentado en el suelo al lado del sofá. A su lado, aparece un televisor. Cuando se enciende, causa un ruido y se proyecta, sobre el escenario, a una mujer vestida con una falda muy pequeña, con un top y un antifaz. La imagen se multiplica. Se reproduce el mismo video en el televisor y en la proyección: la mujer está bailando sensualmente. El mudo se queda mirando el televisor fijamente durante unos segundos. El mudo se acerca lentamente.)

ESCENA V

(El ciego y la mujer están sentados a los extremos del sofá. El mudo está detrás de la puerta del armario. Apagón. Cuando la luz vuelve, la mujer se queda mirando muy de cerca al ciego. El mudo toma la puerta del armario y la cierra. Apagón. Cuando la luz vuelve, la mujer está nuevamente en su sitio y se acerca lentamente al ciego. El mudo aparece detrás del mueble. La mujer salta sorprendida.)

MUJER. ¡Dios! Casi me revives de un susto.

CIEGO. ¿Dios?

(El mudo los sigue con la mirada cada vez que hablan.)

MUJER. Sí, Dios. Dime... ¿este es tu hijo?

CIEGO. ¿Estás muerta?

MUJER. ¿Él es tu hijo?

CIEGO. ¿Qué te hace pensar que él es mi hijo?

MUJER. ¿Qué te hace pensar que estoy muerta?

CIEGO. ¿Qué haces a... (resignado.) No, no es mi hijo.

MUJER. No, aún no estoy muerta, pero algún día lo estaré, al igual que tú, al igual que él.

(El mudo mira al frente y levanta los hombros sorprendido.)

CIEGO. Tal vez yo ya esté muerto (sarcástico. Le da la espalda a la mujer.)

MUJER. ¡Qué bueno! Y dime... ¿qué hay después de la muerte?

(El ciego se queda en silencio. La mujer lo queda viendo. Se incomoda. Vuelve.)

MUJER. ¿Cuál es tu nombre?... ¿Hamlet? (sonríe.)

CIEGO. No, no es Hamlet. No entiendo qué tiene que ver Shakespeare aquí.

(*La mujer se ríe.*)

CIEGO. ¿De qué te ríes?

MUJER. Se pronuncia Shekspier; no Shakespeare.

CIEGO. ¡Qué ridícula! Las cosas como son. El español a los españoles, el inglés a los ingleses—

MUJER. Y el francés a los franceses. (*rie.*)

(*El mudo hace gestos de risa. El ciego volteá, indignado. El mudo va al armario.*)

CIEGO. No encuentro la gracia de esta situación. Mejor—

MUJER. ¿Volvamos?

CIEGO. ¿A dónde?

MUJER. Lo olvidé.

(*Silencio. La mujer se acerca a la mesita de noche y trata de prender la lámpara. Esta no funciona.*)

CIEGO. ¿Qué haces?

MUJER. Nada.

CIEGO. No juegues con la lámpara. No funciona. El foco se quemó.

MUJER. ¿Qué hace un ciego en un sótano?

CIEGO. ¿Qué hace una mujer en un sótano?

MUJER. Lo que hacen todas las mujeres en un sótano.

CIEGO. ¿Nunca dejas de hablar?

MUJER. No.

CIEGO. Mujer tenías que ser. ¡Qué insopportable!

MUJER. ¿Cómo?

CIEGO. No hay comida. ¿Tienes hambre?

MUJER. No, gracias.

CIEGO. Solo hay manzanas.

(*La mujer se recuesta sobre el sofá. El mudo carga unos libros y camina hacia el delgado colchón. Se cae.*)

MUJER. ¡Oh! Pobre niño ¿Quieres que te ayude? (*se acerca a ayudarlo.*)

CIEGO. No habla.

MUJER. ¿Es mudo?

CIEGO. No, solo no quiere hablar.

MUJER. ¿Así como tú no quieres ver?

CIEGO. (*fingiendo pena.*) Es mudo desde pequeño. Una catastrófica decepción para su familia. Su padre era cantante y su madre narradora de partidos de fútbol. ¡Un desastre! ¡Un desastre!

MUJER. ¿Estas llorando, ciego? (*se acerca*)

CIEGO. No, no, claro que no. (*la mujer lo abraza. La cabeza del ciego queda a la altura de su busto. El ciego se queda quieto. Serio.*) ¿Qué haces?

(*El mudo voltea a mirarlo, sorprendido.*)

MUJER. Te abrazo. Estás llorando.

CIEGO. (*rie, incómodo.*) Aléjate, nomás. Yo no lloro. ¿No ves que no tengo ojos?

(*El mudo observa al ciego y lo imita con los labios y manos al ritmo de lo que dice.*)

MUJER. No tienes que ser tan...

CIEGO. ¿Eres bonita?

MUJER. (duda.) Sí, supongo que sí... para el común de personas.

CIEGO. Pues yo no puedo ver, así que no tengo debilidad por las mujeres bonitas. Si quieres a alguien amable, cómprate un perro... o mejor aún, sal de aquí a buscar a un hombre que pueda ver.

(*El mudo sigue imitando al ciego.*)

MUJER. ¿Qué haces?

CIEGO. Nada. Estoy sentado.

MUJER. No te pregunté a ti. Es el niño. Se mueve extraño.

CIEGO. ¿Qué hace?

MUJER. No lo sé. Creo que te imita. Di algo.

CIEGO. ¿Cómo qué?

MUJER. No lo sé. Cualquier cosa. Tal vez... ya sé. ¿Cuál sería tu lugar perfecto? Es decir, ¿dónde te gustaría vivir?

CIEGO. Ah, sencillo. En un lugar oscuro, sin mucha luz. Un sótano podría ser.

MUJER. ¿Un sótano? (*la mujer mira alrededor.*) Qué preciso.

CIEGO. ¿Funcionó? ¿Qué hizo?

MUJER. Creo que te imita cuando... Creo que quiere hablar.

CIEGO. ¿Hablar? No, imposible. Él no puede hablar. Cada uno en su lugar: el mudo no puede hablar, el ciego no puede ver y la mujer no puede... ¿Tú qué no puedes hacer?

MUJER. Cállate, ciego... ¿Cuál era tu nombre?

CIEGO. No tengo nombre.

MUJER. ¿Vladimir?

CIEGO. No.

MUJER. ¿Estragón?

CIEGO. ¿Cómo?

MUJER. ¿Tienes hambre?

CIEGO. Solo hay manzanas en el armario.

ESCENA VI

(*El mudo está sentado al lado del sofá. La mujer está echada de espaldas al frente de él, a unos pasos. Una luz blanca, que luego se torna roja, la ilumina. Tiene una falda medio rota y un brasier. Su rostro está cubierto con una bolsa de tela. El mudo de le acerca y la volteá. Intenta sentarla torpemente. Se escucha una voz en off.*)

VOC DEL HOMBRE. ¡Talo! (*alargando las vocales.*) ¡Ta... lo...! ¿Dónde estás, hijo?

ESCENA VII

(*El ciego y la mujer están sentados a los extremos del sofá. El mudo está detrás de la puerta del armario. Apagón. Cuando la luz vuelve, la mujer tiene un cigarrillo apagado en la mano derecha. Simula fumarlo.*)

MUJER. ¿Fumas?

CIEGO. Solo Marlboro.

MUJER. No tiene marca.

CIEGO. Entonces no.

MUJER. ¿Qué tienen de especial esos cigarrillos?

CIEGO. Nada.

MUJER. Entonces, ¿por qué me preguntas si son Marlboro?

CIEGO. Yo no he preguntado nada. (*finge sonreír.*) Recordé un cuento que leí hace mucho. Pero, siento que hemos llegado a un punto en el que ya nada importa. Tú al menos sabes que—

MUJER. ¡Existes! ¡Mírame! Tú que puedes. Estoy viejo y solo; bueno, contigo, bueno, con nosotros, es decir, solo. (*ríe.*)

CIEGO. No te burles.

MUJER. Sí, lo he leído antes, es decir, el cuento.

CIEGO. Sí, probablemente.

MUJER. Yo era profesora de Lengua y Literatura en un colegio de primaria que quedaba cerca de mi casa. Siempre encargaba a los niños de último grado leer a Ribeyro. A la mayoría le gustaba.

CIEGO. Sí, probablemente...

MUJER. Sí.

CIEGO. Eran niños sobones.

MUJER. (*silencio. Ríe. Suspira.*) Disfrutaba aquellos días. Nunca debí casarme. El inicio fue bueno.

CIEGO Y MUJER. Como en toda relación.

MUJER. Luego se fue marchitando poco a poco. Compramos una pequeña casa cerca del colegio donde yo trabajaba. Él decía todo el tiempo «*tus frágiles tobillos nunca deben lastimarse, mi amor*» (*ríe sin entusiasmo. Suspira.*) En realidad, solo quería tenerme cerca para cuidar la matriz, a pesar de que ya tenía un hijo o al menos, eso creo.

(El mudo la mira, sorprendido. La mujer le devuelve la mirada.)

MUJER. ¿El criadero interno? ¿La máquina productora de niños?

CIEGO. Sí, sí, ya entendimos.

MUJER. Pero lo único que ninguno de los dos sabía era que yo no podía tener hijos. (*silencio.*) Fue catastrófico para ambos, sobre todo para mí. Soy profesora de colegio. Amo a los niños, bueno... a la mayoría. (*ríe, luego, entristece.*)

CIEGO. ¿Cuántos hijos querías tener?

MUJER. ¡Diez! (sonríe.)

(*El mudo la mira sorprendido.*)

CIEGO. Mejor once y ya tienes un equipo de fútbol.

MUJER. (ríe.) No seas tonto.

(*El mudo se siente ignorado, se acerca a ellos y trata de llamar su atención, pero no lo logra.*)

CIEGO. No lo soy. ¿Por qué ríes?

MUJER. ¿Tú por qué nunca ríes?

CIEGO. Porque... no lo sé. No tengo ganas. No quiero hacerlo.

MUJER. ¿Y por qué no quieres ver? ¿qué hay de malo con la oscuridad?

CIEGO. No le tengo miedo a la oscuridad.

MUJER. Entonces, a qué... ¿a la luz?

(*Silencio. La mujer se acerca y lo acaricia. El mudo se sigue sintiendo ignorado: entra al armario. Cierra las puertas de aquel.*)

MUJER. Es natural sentir miedo. Somos humanos. (*toma la cabeza del ciego y la echa sobre su regazo. El ciego hace un poco de fuerza.*)

CIEGO. No solo es normal, es gratificante.

MUJER. ¿Para ti?

CIEGO. No, para el que me hace sufrir, para el que provoca el miedo.

MUJER. No lo entiendo.

CIEGO. Los hombres son como los gatos. ¿Te gustan los gatos?

MUJER. Soy alérgica.

CIEGO. (*silencio corto.*) Los gatos, cuando cazan a su víctima, no solo la matan y ya, sino que juegan con ella, con su vida y con su sufrimiento.

La dejan ir y creer que podrán ser libres, pero no. Solo es fantasear por unos segundos. Entonces, el gato se reafirma y goza no solo del triunfo, sino también del proceso. Los gritos son como aplausos, como alabanzas al campeón. La satisfacción de ver a los otros llorar es exorbitante.

MUJER. ¿Y por eso cubres tus ojos, ciego?

CIEGO. Sólo no quiero ver sufrir a nadie, ni a mí mismo. No quiero ver al gozador que sacia su inmundo erotismo conmigo o con ella.

MUJER. ¿Quién es ella?

(El ciego vuelve a sentarse.)

CIEGO. La madre del chico.

MUJER. ¿Qué le pasó?

(El mudo sale del armario haciendo desorden. Se le caen los libros.)

MUJER. ¡Oh, pobre niño! ¿quieres que te ayude?

(La mujer se acerca. El mudo recoge los libros y los ordena.)

MUJER. Qué miedo tiene mi niño. ¿Qué te han hecho? (*el mudo sigue ordenando los libros.*)

CIEGO. No habla.

MUJER. Es mudo.

CIEGO. No, solo no quiere hablar.

MUJER. Tranquilo, niño. No te pongas así. Yo te ayudo.

(El mudo no la mira y sigue recogiendo los libros.)

MUJER. ¿Noquieres hablar? Yo te puedo enseñar.

*(El mudo continúa recogiendo los libros. La ignora. El ciego se levanta del sofá.
Camina lento hasta la caja de electricidad.)*

MUJER. Sí, mira. Podemos leer juntos, ¿qué dices? ¿sabes leer?

*(El mudo asiente con la cabeza, pero no mira a la mujer. El ciego saca unas llaves
de su bolsillo y abre la caja.)*

MUJER. Ves, podemos leer cuentos o poemas o lo que sea juntos. (*la
mujer coge un libro, lo abre y lee.*)

ESE PEQUEÑO ESPACIO

verso en penumbra
habitación cerrada
sutil sombra
que...

MUJER (CONT.). (*espera a que el mudo lea.*) Vamos, tal vez otro...

TENUE Y DEFINITIVA

luz
que se filtra
entre las cortinas
así la porfiada
fantasía
hecha tema
que se enseñorea
en el poema
hace frente

a...¹

¹ Poemas de Sonia Luz Carrillo.

MUJER (CONT.). (*espera a que el mudo lea. La mujer lo mira, tierna.*) No te preocupes. Tenemos todo el día, hijo.

(*El mudo la mira con nostalgia y sorprendido. Silencio. La abraza. La mujer se sorprende y le responde con cariño. El ciego baja las llaves de electricidad. Oscuridad. La mujer y el mudo se separan.*)

MUJER. ¡Dios!

CIEGO. ¿Qué ha sucedido? (*fingiendo.*)

MUJER. Está oscuro.

CIEGO. Qué bueno.

MUJER. No... no me gusta la oscuridad.

CIEGO. ¿Tan vieja y miedo a la oscuridad? Creo que atrás hay unas escaleras, puedes irte por ahí. Llévate un par de manzanas si quieras.

MUJER. No quiero subir.

CIEGO. ¿Tan vieja y con miedo a las alturas? (*silencio corto.*) Está la máquina del chico, puedes ir con ella.

MUJER. ¿Qué máquina?

CIEGO. No la conozco, pero en las noches, el chico y ella se comunican.

MUJER. ¿Habla?

CIEGO. No lo sé.

(*La mujer camina y se golpea.*)

MUJER. ¡Auch!

CIEGO. Ten cuidado, está oscuro. (*silencio.*) ¿Qué haces?

(*La mujer va hacia el armario y toma un instrumento.*)

MUJER. Algo hay que hacer mientras no pasa nada, ¿no crees?

CIEGO. Pero aquí nunca pasa nada. Es un sótano. (*silencio.*)

(*La mujer toca las notas de voz de las primeras estrofas de "Bésame mucho" de Consuelo Velásquez. El mudo saca una vela del armario.*)

CIEGO. Cántala.

MUJER. No.

CIEGO. ¿No?

MUJER. Hace tiempo que no canto. Me da mucha vergüenza.

CIEGO. ¿A tu esposo le gustaba que cantes?

MUJER. (*tímida.*) Sí, le gustaba mucho. (*finge una sonrisa.*)

(*Silencio. La mujer cierra los ojos y canta. El mudo busca la caja de electricidad.*)

MUJER. Bésame, bésame mucho,
como si fuera esta noche la última vez.

(*El mudo vuelve a encender la luz.*)

Bésame, bésame mucho,
que tengo miedo a perderte, perderte después.

(*La mujer acerca sus labios al rostro del ciego. El ciego se aleja de la mujer torpemente.*)

CIEGO. No, no, no. ¿Qué haces?

MUJER. Pensé que eso querías.

CIEGO. Mujer. (*silencio.*) Yo aún puedo ver, solo que... ella, ella se ha ido.

MUJER. ¿Quién?

CIEGO. La mujer delgada con cintura muy pequeña.

MUJER. Aquí no hay ninguna mujer, ciego.

CIEGO. (*aturrido y tartamudeando.*) Traía un vestido diferente cada día, fuera verano o invierno. La veía caminar por mi casa todos los días, yéndose al trabajo. Iba con los pies muy juntitos, derecha, izquierda, derecha, izquierda. No sabía cómo acercarme a ella.

(La mujer se aproxima a él y le acaricia los cabellos.)

CIEGO. Un día, varios meses después de haberla observado, tomé el valor necesario para salir de casa e invitarla a salir. Fue un lunes. Me eché perfume, salí bien arreglado. Decidido a hablarle. Salí al jardín a esperarla. La vi acercarse con un vestido color blanco con bordes rojos en la falda, y color piel en la parte del busto. Tome el mayor de los respiros para poder hablarle...

(La mujer se sorprende y se aleja.)

CIEGO. Pero cuando me acerque más y más, el vestido no era color piel y la falda no tenía bordes color rojo. ¡Tenía puesto tan solo el brasier! Eran un brasier y una falda rota, con gotas enormes y deformes de sangre, sangre viva y cruel. No podía caminar. Su cinturita estaba sucia. La habían destrozado. ¿Por qué? En ese momento, era lo único que me preguntaba. ¿Cómo es que, a un ángel tan lindo, tan puro, pudieron haberle herido?

(La mujer se muestra confundida. El mudo se acerca al ciego y lo ayuda a pararse, deja los libros en el suelo.)

CIEGO. Al atravesar el jardín de la casa, me detuve en la cerca blanca. Ella estaba tendida en el suelo. Parecía una paloma medio moribunda.

Podía ver sus costillas frágiles que vibraban al tempo de su respiración. No pude tocarla. No tuve el valor. Me quedé viéndola toda roja, violentada, unos minutos sin hacer nada. No pude, lo siento, no, no pude.

(La mujer se acerca a las escaleras nerviosa. Apagón.)

ESCENA VIII

(El mudo está sentado en el centro del sofá con una tela tapándole la boca y las manos atadas. Silencio. Se proyectan videos de escenas violentas sobre el escenario. El mudo se desespera por quitarse las ataduras.)

VOC DEL HOMBRE. ¡Talol Hijo mío, ya voy, ya voy. No bajes.

ACTO II

ESCENA I

(La mujer está al centro del escenario. Lleva un mandil rosa sobre un vestido. Tiene el rostro pintado como si fuera una muñeca títere. Sus muñecas, talones y espalda están atadas a una cuerda que descienden de lo más alto.)

VOC DEL HOMBRE. Había una vez, hace mucho tiempo, una joven y bella princesa llamada Eleonor, quien vivía en una torre encerrada y resguardada por un monstruo gigante de dos cabezas. Sus padres, los reyes de Miselonia, la enviaron a este temible lugar, ya que había sido destinada a una terrible vida. «¿Cómo nuestra flor, una princesa tan bella y delicada, podría enamorarse de un monstruo?», pensaron los reyes. Apenas se enteraron de su destino, decidieron enterrarla durante quince largos años, hasta que un príncipe llegara a liberarla y desposarla.

Voz del Niño. ¿Quince años? ¡Papá, en verdad, es muchísimo tiempo!

Voz del Niño. Sí, hijo, tienes razón, es mucho tiempo. Eleonor pasaba sus días sola y triste, esperando a que este valiente y apuesto príncipe la rescatara; sin embargo, llegados los quince años, nadie vino por Eleonor. Pasaba el tiempo limpiando el lugar, ordenando lo que ella misma desordenaba. Tenía todo lo que necesitaba para vivir o sobrevivir: tejía lo que ella utilizaría en los más fríos inviernos y cocía lo más liviano para los calurosos veranos... hasta que así pasaron cinco años más.

(La mujer se mueve como un títere que lava, limpia, teje y tiritita de frío.)

Voz del Niño. Un día, la princesa, cansada de pasar el tiempo encarcelada en la torre, decidió escapar.

Voz del Niño. Debe ser muy aburrido estar solo sin amigos, ¿no, pa?

Voz del Niño. Sí, eso es cierto, campeón.

(La mujer corre de extremo a extremo, pero no consigue llegar hasta las paredes pues las cuerdas atadas a ella no se lo permiten.)

Voz del Niño. Entonces, Eleonor se preparó durante semanas: ató palos muy duros a cuchillos y cargó con poca ropa, ya que había esperado que el sol estuviera plenamente a su favor una temporada. Hasta que arribó el día de su escape y engañó al gigante de dos cabezas.

Mujer. Gigante, tantos años hemos vivido juntos y nunca había preguntado tu nombre.

Voz del Niño. Dijo, aparentando calma, la princesa.

Mujer. Toma, te he preparado unas meriendas.

Voz del Niño. Ambas bocas respondieron: «Somos Doger y Basell y no tenemos hambre» (*con voz del personaje del cuento*).

MUJER. Vamos, no sean así, están deliciosas. Son panes recién horneados con jugos de moras. Moras que tú... ustedes mismos recogieron.

Voz del Niño. Los cuatro ojos del gigante miraron la comida y las cabezas dudaron, pero, luego aceptaron. Lo que ambos no sabían era que las moras, en demasiada cantidad, podían causarle la muerte.

Voz del Niño. ¿Y el gigante se murió?

Voz del Niño. Sí.

Voz del Niño. ¿Por qué la princesa hizo eso?

Voz del Niño. Porque quería escapar a como dé lugar. (*rie.*) Entonces, la princesa esperó ansiosa a que el gigante cayera intoxicado por la bebida. Y cuando este estuvo en el suelo, Eleonor ató muchas telas, desde lo alto de la torre, para poder descender y liberarse de su confinamiento. Cuando sus pies tocaron la tierra, corrió muy rápido con sus cosas en la espalda hacia el bosque. Anduvo, perdida, entre los árboles, por varias horas.

MUJER. Estoy muy cansada, ya no puedo caminar más, mis pies están destruidos y la comida casi se acaba. No puedo continuar así ni un solo día más.

Voz del Niño. Y la princesa Eleonor caminó y caminó durante horas, días, hasta que chocó con dos pequeñas cabañas. Se acercó a la de puerta grande y entrada barroca, sin siquiera mirar la otra cabaña más pequeña pero calurosa que estaba a tan solo unos metros de distancia, y tocó. Salió un hombre fuerte y apuesto. Llevaba un ropaje suelto y cómodo con botas y guantes, pues era cazador. Ambos quedaron viéndose unos segundos y, en el acto, se enamoraron. Se casaron y vivieron felices para siempre. Fin.

Voz del Niño. Pero, papá, ¿y el ogro? El destino de la princesa era casarse con un ogro.

VOCAL DEL NIÑO. A veces... las cosas cambian, hijo. Esto no es Shreck. Ya deja de hacer preguntas y duerme, que tengo que ver el partido. Hoy juega el Barça. (*silencio. La luz se va.*)

(*El mudo se pone al lado del sofá y el ciego se sienta al lado derecho del sofá.*)

MUDO. (*en oscuridad. Leyendo torpemente.*) El cazador la hizo su esposa; luego, su esclava. Tal vez era lo que Eleonor no entendía: el destino estaba escrito, nada se podía cambiar. El ogro no era un ogro, sino un hombre de hueso y piel humanos. (*la luz vuelve tenuemente. La mujer está parada frente al sofá, seria.*) Tal vez Eleonor no debió haber escapado, tal vez no debió intentar oponerse a su destino. Eleonor trabajó y obedeció, ya solo quería volver a la torre y nunca haber matado a ese gigante. La princesa que nunca fue reina envejeció tan rápido que los sembríos que ella había educado no dieron frutos antes de que se fuera. Fin.

MUJER. No deberían estar leyendo cosas que no son tuyas.

ciego. No sabía que escribías.

MUJER. Lo escribí hace mucho. (*silencio.*) ¿Te gustó?

ciego. ¿Por qué no hablas de la otra cabaña?

MUJER. No me pareció necesario.

ciego. Tal vez, ahí podría haber estado el hombre bueno que cambiaría las cosas.

MUJER. No creo que... igual quedaba lo del destino.

ciego. Después de los griegos, ya nadie cree en el destino.

(*La mujer le quita el cuadernillo de las manos al mudo. El mudo regresa al colchón.*)

MUJER. Sí, puede ser. ¿Pero te gustó o no te gustó lo que escribí?

ciego. No.

MUJER. ¿No?

CIEGO. No, no puedes obligarme a que algo me guste, mujer.

MUJER. Deja de llamarme «mujer», soy Elena.

CIEGO. No te voy a decir mi nombre de todas formas.

MUJER. Creo que lo conozco.

CIEGO. ¿Mi nombre?

MUJER. No, al niño.

CIEGO. No es un niño, Elena. Ya está grande, va solo al baño.

MUJER. Creo que lo he visto antes, pero no sé dónde.

(El mudo se acerca y le pide a la mujer el cuadernillo. La mujer se lo da. El mudo lo coloca debajo del colchón y vuelve a recostarse.)

CIEGO. ¿Y cuándo te vas?

MUJER. Aún no...

CIEGO. Ya es mucho tiempo, ¿no crees? ¿Por qué no intentas escapar como la princesa?

MUJER. ¿Y si me encuentro con el cazador o un monstruo de dos cabezas?

CIEGO. Corre en otra dirección. La gente mala es fácil de identificar.
¡Vete ya! ¡Elena, corre!

MUJER. No sé cómo es afuera, ciego.

CIEGO. Nunca sabrás cómo es afuera si no sales. Lárgate de aquí, Elena.

MUJER. No puedo dejarte, ciego. Estoy bien aquí... a salvo, ¿no?

(La luz se va.)

MUJER. ¿Ciego? ¿Ciego? Oye, niño, la luz... ¿Niño? ¡Niño!

(La mujer se acerca a tocar el sillón y luego el colchón. La mujer se asusta. Se acerca al armario y saca una linterna, la enciende. La mujer se sienta en el suelo, frente al sofá, con las piernas dobladas, abrazadas por sus brazos. Deja la linterna en el suelo. Hay una puerta al lado izquierdo del escenario. El hombre está detrás de la puerta. Se oye un portazo y unos pasos. La mujer tiembla y apunta con la linterna hacia las escaleras, desesperada. Busca esconderse.)

HOMBRE. ¿Elena? Cariño, no te haré daño. Ya sal de ahí. Está todo oscuro. ¿Elena? Por Dios, dime algo. (*violento, golpea la puerta.*) ¡Elena, te digo que me respondas!

(La mujer se asusta, coge la linterna y señala al público con esta, como buscando a alguien.)

HOMBRE. (*calmado.*) Lo siento, no... No te asistes, cariño. Déjame pasar. He traído comida. En el armario solo hay manzanas, morirás de hambre... Piensa en Talo, Elena.

(Voltea, la mirada asustada, culpable y pensativa.)

HOMBRE. Elena, sé que estás ahí. Solo sal, te haces daño: nos haces daño. ¡Qué no lo ves! (*silencio.*)

(La mujer se asusta, coge la linterna y señala al público como buscando a alguien.)

HOMBRE. ¿Recuerdas cuando fuimos a Piura? (*rie.*) Cuando fuimos a Cabo Blanco, una hermosa playa con el mar azul verduzco y arena rubia. Recuerdo que quisiste ir porque ahí Ernest Hemingway se había inspirado para ese libro... ¿Cómo se llama?... *El viejo y el mar.*

Que Ernest Hemingway se había inspirado de ese lugar para crear la historia. (*silencio corto.*) ¿Te acuerdas cuando Carlos y yo entramos al mar y tú, a lo lejos, nos mirabas y jugueteabas con la arena? (*la mujer se tranquiliza y se acerca a las escaleras lentamente, con la linterna encendida en la mano.*) Mi pata no era un gran nadador, pero ese día quiso alardear. (*rie.*) Se metió muy en el fondo del mar y cuando volteó a verme, un lobo marino estaba detrás de él. Todos le avisamos, pero él sólo se reía. (*rie.*)

(*La mujer está sentada en las escaleras.*)

MUJER. Y cuando volteó, el lobo marino lo abrazó. (*rie, tímida.*)

(*Una luz ilumina al hombre.*)

HOMBRE. (*rie.*) Desde ahí lo llamamos «Lobito». Lo único que opté por hacer fue nadar de vuelta a la playa para protegerte.

MUJER. El lobo no iba a salir del mar.

HOMBRE. Qué iba a saber de eso un estudiante de derecho. (*rie. Silencio.*) ¿Elena?

MUJER. ¿Sí?

HOMBRE. Nuestro hijo te quiere mucho, te ama como a una madre. ¡Yo te amo! Te prometo que no lo haré otra vez, nunca más. Fue un momento de estupidez, de brutalidad, Elena. Mi Elenicha, mi luz.

MUJER. Así me llamaba mi madre.

HOMBRE. Lo sé, amor, lo sé, ya sal de ahí.

MUJER. ¿Prometes no volver a hacerlo?

HOMBRE. Jamás lo volveré a hacer.

ESCENA II

(*Carlos tiene vendas en los ojos. Mientras habla, se las va quitando lentamente.*)

CARLOS. He soñado. He soñado. Hoy he visto a Elena en la niebla de mis pensamientos. La he visto triste, perdida y encerrada. Hoy he soñado como ayer y como siempre, pero un sueño oscuro y ensangrentado. Hoy, imaginé que estaba en casa esperando ver a Elena pasar por mi puerta una vez más, tan libre, tan bella, tan sincera al caminar. Nacía el naranja de las horas del sonido de sus tacos: tacos lentos y tacos precisos. Esperé varias horas, nunca había sentido que el tiempo pasara tan lento en un sueño. Pero no, esta vez Elena nunca apareció. La llamé muchas veces después de eso, pero no respondió ni una sola. ¿Por qué no quiere hablar conmigo? (*silencio.*) Por eso estoy aquí en la puerta de su casa, porque quiero saber qué es de ella.

ESCENA III

(*El hombre está leyendo unas revistas, sentado en el sofá de la sala. Se enoja cuando cambia de página.*)

HOMBRE. ¡Qué tal cojudez! Todos estos corruptos deberían ir presos.

(*Suena el timbre de la casa. El hombre se acerca y ve a través de ojo de la puerta.*)

HOMBRE. ¿Lobito? (*abre la puerta.*) Caramba, mira quién me visita hoy.

CARLOS. ¿Cómo estás, Gómez?

HOMBRE. Concha su madre, hace tanto que nadie me llamaba así, «Gómez». Ya ni me acordaba de mi apellido. Te has quedado con las cojudeces del colegio, ¿no?

CARLOS. Sí, un poco. (silencio corto.) ¿Puedo?

HOMBRE. Sí, claro. Pasa. (*Carlos se sienta en el sillón.*) Siéntate.

CARLOS. Gracias.

HOMBRE. Hace tanto que no te veo. ¿Qué ha sido de tu vida?

CARLOS. No exageres, no ha sido tanto.

HOMBRE. ¿Qué has estado haciendo? ¿Chamba? ¿En qué trabajabas?

CARLOS. Edición, redacción de libros... cosas así.

HOMBRE. Claro, el gran lobito es escritor. Chacho me dijo que te encontró allá en Argentina. ¿Te fuiste de viaje?

CARLOS. Sí, a Buenos Aires, pero regresé hace un año.

HOMBRE. Un año y no has pasado por acá y vives súper cerca. Qué mal, Lobito. ¿Y a qué te fuiste a Buenos Aires?

CARLOS. Me reconocieron por un poemario que escribí y para la maestría.

HOMBRE. Mira tú. Al parecer, siempre hay un poeta en cada promoción en el Leoncio. ¿Y cómo se llama tu poemario?

CARLOS. Elena. (*silencio incómodo.*) Es por las Helenas de los escritores antiguos. (*se para a revisar el lugar.*)

HOMBRE. Ah, claro.

CARLOS. Y tú, ¿qué haces?

HOMBRE. Trabajo en un bufete de abogados. Lo de siempre, para eso estudiamos leyes... bueno, estudié. Tú escribes poemitas y te va bien.

CARLOS. ¿No continuaste con la música?

HOMBRE. No, mi viejito me corrigió esas cosas de niños. Tú sabes son cojudeces de la juventud, ya cuando la cagas y tienes hijos es otra cosa. (*silencio incómodo.*) ¿Y qué te ha traído por aquí?

CARLOS. Quería saludar, saber cómo estaba Elena... y tú.

HOMBRE. ¿Elena? No está. Para en la chamba.

CARLOS. No la he visto pasar por el colegio.

HOMBRE. Ah, verdad que tú vives por ahí. ¿No te has mudado de la casa de tu vieja? (ríe.) Elena dejó el colegio por unos meses, pero ha vuelto. (*se oyen unos ruidos que vienen del sótano.*)

CARLOS. ¿Qué fue eso?

HOMBRE. ¿Qué cosa?

CARLOS. Algo sonó.

HOMBRE. Debe ser la secadora, está malograda. (*nuevamente se oyen unos ruidos que vienen del sótano.*)

CARLOS. No suena a una secadora.

HOMBRE. Tu cómo sabes qué suena a qué, Lobito.

CARLOS. Solo decía.

HOMBRE. Es mejor que revise.

CARLOS. ¿Quieres que te ayude?

HOMBRE. No, no te molestes.

CARLOS. No, no es ninguna molestia. Además, yo sé un poco de cómo van esas cosas. Tú conociste a mi papá. Él era muy bueno con...

HOMBRE. Mira, Carlos. ¿A qué has venido?

CARLOS. Solo quería saber cómo estaban todos.

HOMBRE. Después de un año de haber arribado. Me ves la cara de huevón.

CARLOS. Cálmate, Gómez. Tuve un sueño y quería saber si Elena estaba bien.

HOMBRE. ¿Otra vez con eso? (*silencio corto.*) Tú y tus sueños y tus poemas, tus llamadas y tus cartas, Carlos. Aléjate de mi mujer si es que no quieres que te rompa la cara la próxima vez que te vea. Lárgate.

(*Carlos sale. Apagón.*)

ESCENA IV

(La mujer baja con una canasta llena de ropa. Nota que Talo se quedó dormido en el sofá. La mujer se sienta al filo, lo contempla y acaricia. El mudo (Talo) despierta.)

TALO. Me quedé dormido. ¿Qué hora es?

MUJER. Son las seis. ¿Vas a ir a la casa de Sebas?

TALO. (levantándose.) Sí, tengo que recoger unos libros y dejarle otros. Se suponía que él me los traería el miércoles pasado.

MUJER. Igual no queda tan lejos. Estás a un paso. Ve y regresas para la cena.

(La mujer se levanta y se acerca al armario a dejar las prendas. Talo se pone y ata los zapatos.)

TALO. Elena, ¿puedo preguntarte algo?

MUJER. Sí, sobre qué.

TALO. Es sobre papá.

MUJER. ¿Y qué es?

TALO. ¿Cómo te enamoró? Es decir, ¿qué hizo? Porque no creo que haya bastado verlo... tan agraciado no es.

MUJER. Bueno, tu padre y yo salimos unos meses. Él iba a recogerme a la universidad, íbamos al cine y todo eso.

TALO. ¿Así enamoro a una chica? ¿Solo tengo que invitarla al cine? Suena sencillo.

MUJER. No es que hagas algo exactamente para enamorar a alguien. No hay un manual. El amor no se merece, Talo. Tú puedes invitar a salir a doce chicas distintas y regarles flores todos los días a cada una,

pero eso no te asegura que todas ellas te van a amar y que tú vayas a amar a todas.

TALO. ¿Y cómo te diste cuenta de que amabas a mi papá?

MUJER. Creo que lo sentí, simplemente, en algún momento. Recuerdo que habíamos ido a Cabo Blanco allá en el norte en Talara. Y tu papá con unos amigos habían entrado al mar. Y Carlos, uno de los amigos de tu papá del cole y de la facultad, les había ganado su distancia a todos y cuando volteó para sacarles la lengua, un lobo marino gigante salió detrás de él. Lo abrazó a Carlos con las patas y lo dejó sin aire y tu papá volvió a la orilla a protegerme. Segundo él, el animal ese iba a venir a comerme. (ríe.) Recuerdo que Carlos no sabía nadar muy bien, solo lo hizo para demostrarle a tu padre qué tan competitivo era.

(*El hombre entra al sótano.*)

HOMBRE. Y para quitarme a tu madre. (ríe.) Pero, hijo, nadie puede conmigo.

TALO. Pa.

HOMBRE. Hijo. Elena, ¿sabes dónde dejé la camisa blanca, la que Tota trajo por mi cumpleaños?

TALO. Se me hace tarde, me voy, vieja.

(*Antes de salir, se despide del hombre.*)

TALO. Pa.

HOMBRE. Hijo.

(*Talo sale del sótano.*)

MUJER. Deberías ser un poco más expresivo con Talo.

HOMBRE. ¿Le has escuchado ese lenguaje? Los chicos de ahora no saben respetar a sus mayores.

MUJER. Él solo tiene quince años. Todos los chicos necesitan cariño a esa edad. Está confundido.

HOMBRE. ¿Viejo, vieja? Bien decía mi padre, «sin disciplina, ni los árboles crecen derechos».

MUJER. Y creo que está saliendo con una chica. Necesita hablar contigo, dale consejos.

HOMBRE. Unos años más y los vamos a ver metido en drogas y será tu culpa, Elena.

MUJER. ¿De qué estás hablando?

HOMBRE. Tal vez deberíamos meterlo al Leoncio. Yo estuve ahí y...

MUJER. Mira como terminaste.

HOMBRE. ¿Cómo terminé? ¿Manteniéndote?

MUJER. No puedo creer que me eches eso en cara. Tu querías que yo dejara de trabajar para que yo criara a un hijo que no es mío.

HOMBRE. ¿Así que se trata de eso? Todo esto es porque Talo no es tu hijo.

MUJER. No, no, como... Eres un imbécil.

(El hombre se acerca a la mujer.)

HOMBRE. ¿Qué has dicho?

MUJER. Que eres un imbécil.

(El hombre golpea a la mujer. Talo entra al sótano.)

TALO. Ma, olvidé el dinero para...

(Talo lleva unos libros en la mano. Se le caen y se queda mirando sorprendido la escena. Apagón.)

ESCENA II

(La mujer está sentada en el sofá leyendo uno de los libros del mudo. El ciego está a su lado mirando en dirección al público. El mudo sale del armario jugando con un cuchillo.)

CIEGO. Hemos llegado a un punto en el que ya nada importa. Tú, al menos, sabes que existes. ¡Mírame! Tú que puedes.

(El mudo imita las posiciones de un soldado luchando con su espada y burlándose de lo que dice el ciego.)

MUJER. Es cierto, a veces no sabemos cuándo es de mañana. ¿La máquina ha contestado? ¿El señor nos enviará más comida? Tengo... (*el mudo termina con el cuchillo muy cerca de la mujer*). ¡Dios santo! (*la mujer salta del susto*.)

CIEGO. ¿Qué pasó?

MUJER. Casi me vuela la cabeza con el cuchillo. ¿De dónde has sacado eso?

(El mudo la mira avergonzado y le da el cuchillo. La mujer lo toma.)

CIEGO. Eh. Siempre aparecen cosas nuevas en el armario. Para eso están los armarios, ¿no? Para guardar cosas que no son lo suficientemente importantes o que lo son demasiado. No lo sé, mujer, aquí nadie quiere debatir sobre armarios.

MUJER. Dios. (*ríe nerviosa*.) Casi te matan, Elena.

(El ciego voltea hacia ella.)

CIEGO. Elena.

MUJER. Sí, Elena. Ese es mi nombre.

CIEGO. Como la luz, Elena.

MUJER. Sí.

CIEGO. Como Elena de Troya.

MUJER. Sí, ciego.

CIEGO. Como las Elenas de García Lorca.

(La mujer lo mira seria, luego mira el cuchillo y al mudo. El mudo mueve la cabeza afirmado, sonriente y ansioso.)

MUJER. Como Elena y punto.

(La mujer se acerca y lo besa en la frente. Deja el cuchillo en el sofá.)

MUJER. ¿Por qué, si soy luz, no quieres verme, ciego?

(La luz se va. La mujer voltea a ver al mudo. Silencio.)

MUJER. ¿Ciego? ¿Ciego?

(Se oye un fuerte golpe y unos pasos que vienen de las escaleras. El ciego y mudo permanecen en sus lugares, observando la escena.)

MUJER. ¿Ciego?

HOMBRE. ¿Elena?

(La mujer se asusta y se esconde en el armario.)

HOMBRE. Elena, cariño. ¿Dónde estás?

(*El hombre la busca. La mujer hace un ruido en el armario. El hombre se acerca.*)

HOMBRE. No tengas miedo, no te haré daño. Sal del armario, mi amor.

(*La mujer está asustada.*)

HOMBRE. No tengas miedo.

MUJER. ¿Qué quieres?

(*El hombre se acerca. La mujer lo rechaza.*)

HOMBRE. He venido por ti.

MUJER. Yo no me quiero ir de aquí. Estoy bien.

HOMBRE. ¿De qué estás hablando? Estás sola y...

MUJER. No estoy sola.

HOMBRE. ¿Qué? Ya te volviste loca, puta madre.

MUJER. No estoy loca. (*silencio.*) ¿Qué quieras?

HOMBRE. Vino Lobito a saludar y cuando conversaba con él, de pronto, empezó a sonar algo aquí en el sótano. ¿Qué has hecho? ¿Has roto algo?

MUJER. ¿Lobito?

HOMBRE. Sí, Lobito, el huevón de mi cole, con el que fuimos a Cabo Blanco, pues. Vino a presumir un premio que había ganado en Argentina por sus poemitas de amor.

MUJER. ¿No se llama Carlos?

HOMBRE. Nadie le dice así desde que hizo el real ridículo en esa playa. (*ríe.*)

MUJER. ¿Cómo se llamaba el poemario?

HOMBRE. Dolores. Debe ser el nombre de su puta favorita, porque Carlos es un cague de risa las mujeres. (*silencio.*) Ya sal, Elenita. Vamos a comer algo, que no hay nada en la cocina.

(*La mujer abre la puerta lentamente. El hombre volteo y se molesta cuando pasa la mirada por el público.*)

HOMBRE. ¿Qué le pasó al televisor?

MUJER. No sé.

HOMBRE. No te hagas la cojuda. Voy a preguntar una vez más y espero que me contestes. ¿Qué le pasó al televisor?

MUJER. ¡No sé!

(*El hombre coge a la mujer de los brazos fuertemente y la obliga a salir del armario. La mujer cae sobre la cabecera del sofá. Ve el cuchillo que había dejado el mudo y lo coge. La mujer lo amenaza con el arma.*)

HOMBRE. ¡Qué crees que haces! Te harás daño.

(*La mujer resiste el llanto. Y niega con la cabeza.*)

HOMBRE. Ya cálmate, mujer.

MUJER. No. Te mataré así tenga que morir dos segundos después. ¡Te mataré!

HOMBRE. ¿Qué chucha vas a conseguir con eso? Dime. ¿Irte? ¿Quieres irte? ¿No me estás diciendo que te encanta este lugar y que te sientes muy cómoda con la compañía? No seas ridícula, Elena.

MUJER. (está confundida.) ¿Ridícula? Hemos llegado a un punto en el que ya nada importa. Tú, al menos, eres libre y sabes que existes. ¡Mírame!

HOMBRE. ¿De qué mierda hablas? Ya cálmate, por favor.

MUJER. Sé que ella te hace feliz. No tienes que ser como yo: no tienes que pensar tanto.

HOMBRE. Deja de hablar idioteces, no tengo otra mujer. ¿Necesitas ir al psiquiatra? Estás igual que mi vieja: siempre celando y jodiendo.

MUJER. A tu vieja la cagó tu papá. Igual que tú a mí. Nunca debí casarme contigo.

HOMBRE. No digas esas cosas. No sabes de lo que estás hablando.

MUJER. Debí irme con Carlos cuando me lo pidió la primera vez.

(El hombre le da una cachetada a la mujer. La mujer se acerca al hombre queriendo apuñalarlo. Oscuro. Se oyen gritos. El hombre coge su brazo y tira el cuchillo al suelo. Ambos forcejean. El hombre le quita la blusa. Ella cae detrás del sofá. El hombre la golpea.)

ESCENA V

(La mujer se levanta lenta y torpemente del suelo. Camina hacia adelante del sofá. Mira al público.)

MUJER. Y me arrastró, me tomó de los cabellos e hizo que mis ojos sangraran de tanto llorar. Pasé más de una semana alimentándome solo de manzanas. Los primeros días, no quise probar una mierda de lo que él me dejaba tirado en la puerta. Yo era el animal de otro animal. Y le decía a mi Talito que su madre estaba teniendo una crisis nerviosa. Cosas de mujeres maduras, ya comprenderás cuando te cases. Yo soy el animal, Elena, ¿en serio, lo soy? (silencio.) A mi reflejo le hablo todas las mañanas y a la siguiente y a la que venga después de la siguiente. (silencio.) Hemos llegado a un punto en el que ya nada importa. Tú al menos sabes que existes. ¡Mírame! Tú que puedes. Estoy vieja y sola, bueno, contigo, es

decir, sola. No te oigo desde que esa máquina llegó, únicamente la escucho a ella. ¿Es, acaso, mejor compañera que yo? ¿Qué es lo que tanto platican? (*silencio.*) Soy mujer, soy lo que soy y seré lo que soy. Soy mujer, soy lo que soy y seré lo que soy. No, no quiero. (*se tapa las orejas con las manos y moviendo la cabeza*) ¡No! (*se arrodilla.*)

(*Oscuridad. La mujer vuelve a colocarse detrás del sofá: tirada en el suelo.*)

Voz del Ciego. El hombre se da cuenta de lo que ha hecho. ¿La había matado? Dejó caer el cuchillo que presionaba fuertemente con la mano derecha. ¿Era un homicida? ¿Somos homicidas? Se acercó a ella suavemente, sorprendido por su fuerza y brutalidad. ¿Estaba sorprendido o excitado de verla casi muerta? Tomó su brazo y volteó su cuerpo para verle el rostro. Tenía sangre en la frente y boca. Acercó su cabeza al pecho de la mujer. ¿Aún latía su corazón? Sí, aún latía. La muy perra era fuerte: no moría.

HOMBRE. Sabes, Elenicha. Mi viejito era militar y siempre me educó con disciplina. Él me decía que cada uno tenía un papel en la vida. ¿Eso no decía Shakespeare también? (*ríe.*) Créete tu papel de buena esposa y hazme el favor de no joder.

(*Se oye el sonido de una puerta cerrándose.*)

Voz del Niño. ¿Papá?

(*Luz. El hombre mira hacia las escaleras.*)

HOMBRE. Carajo. Talo. (*mira a la mujer en el suelo.*) No digas ni mierda.

(*El hombre corre hacia las escaleras.*)

HOMBRE. Ya voy, hijo, ya voy.

ESCENA VI

(Suena la canción “Perfect Day” de Lou Reed. La mujer se levanta del suelo adolorida y se dirige al armario. Saca un vestido de novia y se lo pone. La mujer baila como si estuviera con alguien, poco a poco se abraza a ella misma en el centro del escenario. Oscuridad.)

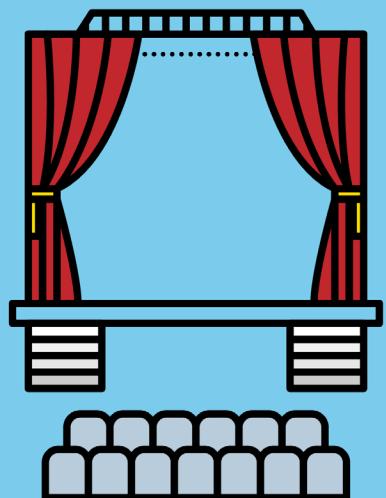
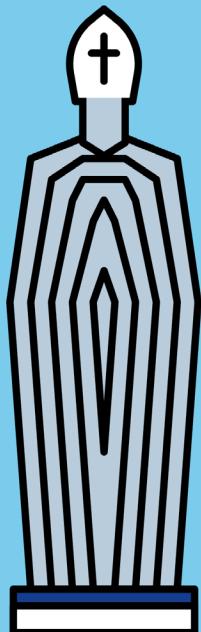
FIN

CONCURSO NACIONAL

NUEVA
DRAMATURGIA
PERUANA
2017

OBRAS GANADORAS

TEATRO PARA LA MEMORIA



PERÚ

Ministerio de Cultura

JORGE OSSIO SEMINARIO

La vida de Eneas
Primer puesto

Sobre el autor

JORGE OSSIO SEMINARIO (Lima, 1991). Graduado en Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Lima. Llevó cursos de narrativa y guion en la Escuela de Cine de San Antonio de los Baños, Cuba. En el 2013 escribió y dirigió su primer cortometraje: *Feriados*. Este trabajo fue presentado como parte del Festival de Cine de Lima PUCP - 2014. Su segundo trabajo, *xx (doble equis)*, ganó el primer Concurso Nacional de Cortometrajes organizado por la Universidad de Lima. Su último cortometraje, *Duelo a Muerte - Una Escena Samurai* se estrenó en el Festival de Cine de Valdivia y ha sido proyectado en muestras alrededor del mundo. Su primera obra de teatro *La Mujer Autómata* fue premiada por el Concurso Nacional de Nueva Dramaturgia Peruana en el 2015. Asimismo, proyectos donde ha sido guionista, como *Larga Distancia* y *La Danza de los Mirlos*, han sido reconocidos por el Ministerio de Cultura (Dirección del Audiovisual, la Fonografía y los Nuevos Medios - DAFO). Actualmente se encuentra desarrollando su primer largometraje como director.

PERSONAJES

El primer actor (38) interpretará a Eneas en la primera y segunda parte y al Actor en la tercera.

El segundo actor (60) interpretará al Padre en la primera parte, al Padrastro en la segunda y al Director en la tercera. También será el Mago del prólogo.

La primera actriz (30) interpretará a la Mujer en la primera parte, a la Esposa en la segunda y a la Actriz en la tercera.

La segunda actriz (58) interpretará a la Madre en la primera y segunda parte y a la Segunda Actriz en la tercera

Este lugar no existe

PRÓLOGO

UN MAGO

(Se atenúan las luces del auditorio y un Mago vestido de frac sube al escenario.
El telón se mantiene bajo.)

MAGO. ¡Seamos testigos...! De las entrañas del autor sale ahora —casi arrastrándose— el aborto de sus inseguridades. Y como la cría contrahecha que por voluntad propia aprendió a existir; observen: ahora es obra. Y escuchen: quejas de personajes que son las sombras del creador; ecos que discuten; barro contra barro. Oigan bien, amigos. Está empezando la tertulia autista; aquel corrillo de una sola voz; ustedes los clérigos y en las tablas la confesión; larga, torpe y en gran parte falsa. Ahí viene. Va a comenzar la función. ¡Pero antes!: magia.

(A lo lejos suena música circense. El Mago hace que objetos aparezcan y desaparezcan. Pronto es tiempo de su gran truco.)

MAGO. Para el siguiente acto necesito un voluntario de la audiencia.
¿Hay alguien por ahí...? (*busca con la mirada y luego alza la voz*) ¿Qué dice,
amigo? ¿Se anima? Vamos. Póngase de pie.

(*Eneas se levanta. Estaba sentado entre la audiencia.*)

MAGO. ¿Cuál es su nombre?

ENEAS. Eneas.

MAGO. ¿Cómo dijiste...? ¿Eneas? Pero qué feo nombre.

ENEAS. Yo sé.

MAGO. Te deben haber fastidiado de niño. ¿Qué clase de nombre es
Eneas?

ENEAS. Yo no lo elegí.

MAGO. (*no lo escucha*) ¿Qué cosa?

ENEAS. Yo no elegí mi nombre.

MAGO. Eso es muy cierto. Yo tampoco elegí el mío. Acércate, amigo
Eneas. (*Eneas se mantiene inmóvil entre la audiencia*) ¿Qué pasa?

ENEAS. Tengo miedo.

MAGO. Vamos, no es para tanto. Solo sube.

ENEAS. Todos me están mirando.

MAGO. Eso es normal; si están aquí por ti. No les hagas caso, sube.

(*Eneas duda, pero finalmente sale de la audiencia y sube al escenario con el
Mago.*)

MAGO. (*mientras sube Eneas*) Un aplauso para el amigo. Un aplauso
por ser tan valiente. (*le da la mano*) Es un gusto tenerte aquí...

ENEAS. Gracias.

MAGO. Párate frente a mí, aquí en el centro. Deja que te vean.

ENEAS. La luz está muy fuerte.

MAGO. Relájate, Eneas. No mires la luz. Mírame a mí. Mírame a los ojos. No pienses en nada. Solo mírame y relájate. ¿Entendiste?

ENEAS. ¿Qué vamos a hacer?

MAGO. Vamos a recordar. Ahora quédate quieto y mírame a los ojos.

ENEAS. (*le da miedo*) ¿Dijiste... recordar...?

MAGO. Sí, Eneas. Recordar. Ahora relájate. Tienes que estar tranquilo en el ahora para ir de vuelta al pasado. No mires la luz. No mires nada. Mírame a mí: mis ojos. ¿De qué color son mis ojos?

ENEAS. No lo sé.

MAGO. Mira bien, Eneas. Son como los tuyos. ¿De qué color son?

ENEAS. Estoy temblando.

MAGO. Relájate. No pienses nada. Tienes que estar tranquilo. No dejes de mirarme. Nunca dejes de mirarme. Tampoco pienses... no pienses nada... tan solo mírame. Directamente a los ojos. Mí-ra-me.

(*El Mago coge a Eneas fuertemente de los hombros. Acerca su rostro al de él.*)

MAGO. Te preparas para dormir. Te entra sueño. Sigue mirándome. Nunca dejes de mirarme. Los párpados te pesan y quieres descansar. Y ahora juntas las manos como si estuvieses rezando. (*Eneas le hace caso*) Y manténlas así. Apriétalas fuerte. Manténlas juntas. Así las manos se van tensando... y tensando... y tú nunca dejas de mirarme a los ojos. ¿Escuchaste? No me dejas de mirar. Ahora dime: ¿de qué color son mis ojos, amigo Eneas...? Y cuando contestes te arrodillarás ante mí. ¿Me entendiste? Dirás el color y te arrodillarás como si estuvieses rezando. Dime: ¿de qué color son mis ojos...?

ENEAS. Son negros.

(Eneas se arrodilla. Tiene los ojos cerrados: ha sido hipnotizado.)

MAGO. Eso es muy cierto. Bien, amigo. Ahora estás dormido. Ya no puedes abrir los ojos. Has entrado a un sueño profundo; el sueño más profundo que recuerdas haber tenido. Te sientes liviano y lo único que ves es negro; lo único que vives es el olvido. Estás durmiendo. No recuerdas nada. ¿Eso te gusta, no? No tienes miedo. No tienes ansiedades. No tienes yo. Tan solo estás durmiendo. Cuando toque tu cabeza iremos hacia atrás. ¿Me escuchaste?

ENEAS. Hacia atrás.

(El telón detrás de ellos se empieza a abrir muy lentamente.)

MAGO. Sí. Muy bien, Eneas. Iremos hacia atrás. Pero aún estás durmiendo. No tengas miedo; aún te sientes relajado. No tiembles más; no has nacido todavía.

(El Mago pone su mano sobre la cabeza de Eneas. Mientras se abre el telón, comenzamos a distinguir la escenografía del pasado de Eneas armada en el escenario detrás de ellos.)

MAGO. Ahora. Ahora vamos hacia atrás. Hacia atrás. Atrás. Atrás. ¿Recuerdas, Eneas?

ENEAS. *(nos damos cuenta de que está llorando)* Sí. Recuerdo.

MAGO. ¿Quieres que pare?

ENEAS. Sí.

MAGO. No es posible, Eneas.

ENEAS. Por favor.

MAGO. No es posible. Todos estamos aquí por ti. Vamos hacia atrás, Eneas. Seguimos yendo hacia atrás y tú caes y caes y caes...

ENEAS. Por favor... es que no puedo...

MAGO. ¿No puedes o noquieres?

ENEAS. No quiero.

MAGO. Pero sí puedes. ¿Recuerdas, Eneas?

ENEAS. (*un grito seco*) ¡Sí...! ¡Recuerdo!

(El telón está completamente abierto. Todas las luces se apagan. Eneas y el Mago desaparecen.)

I. ADENTRO DE ENEAS

(El escenario se mantiene a oscuras mientras desciende de lo alto una cascada de tonos de sintetizador; sonidos electrónicos que forman una melancólica y misteriosa melodía. Escucharemos esta pieza musical antes de cada secuencia...)

All lado derecho del escenario: una luz pálida de televisor alumbría a la Madre masturbándose discretamente mientras ve una telenovela. Está vestida en un camisón, sentada cómodamente en el sofá. Se escucha el ruido de la telenovela.

Al lado izquierdo del escenario: se ilumina una estantería. En uno de los estantes hay una escultura de Juan Pablo II estilizada para que tenga forma fálica; es decir, es un Papa flaco, largo y con una gorra alta que vendría a ser la cabeza del grueso pene al que se asemeja la estatuilla.

Entra Eneas. Está vestido como un niño en uniforme de colegio: camisa de manga corta, shorts, medias largas y zapatos marrones bien lustrados. Se acerca cautelosamente a la Madre, que le da la espalda mientras se toca, respirando entrecortadamente. Eneas la espía. Los jadeos de la Madre van poco a poco transformándose en gemidos.

Eneas se dirige a la estantería. Coge la estatuilla de Juan Pablo II y camina al centro del escenario.

Los ruidos de su Madre lo perturban; coge la estatuilla firmemente con ambas manos y empieza a sobarla inconscientemente. Los gemidos de su Madre se van intensificando al ritmo de Eneas sobando al Papa Juan Pablo. Cuando se da cuenta de esta sórdida coreografía, el niño tira al suelo la escultura y esta se rompe en mil pedazos.

Se apagan las luces y cesa la música. De la oscuridad del escenario sale una Mujer. Su ligero vestido brilla con pequeños destellos de luz reflejada. Va al borde derecho del escenario.

La oscuridad es invadida por la luz de un proyector que colorea el fondo con fotos antiguas y descoloridas. Estas muestran la ordinaria infancia del niño que aparece en ellas: una fiesta de cumpleaños; desayunos en pijama; uniformes de colegio; paseo en el campo.)

ENEAS. ¿Mamá...? ¡Mamá!

(El proyector se apaga. La Mujer busca con la mirada a Eneas, pero no lo encuentra.)

ENEAS. Mamá... por favor... contesta...

(Se escuchan unos pasos acercarse y de la oscuridad sale Eneas. Extiende los brazos hacia adelante y muestra los pedazos rotos de la fática estatuilla del Papa Juan Pablo II que ha quebrado.)

ENEAS. Te juro que es importante... por favor...

(La Mujer se le acerca mientras Eneas empieza a llorar, con la mirada gacha. Él no la puede ver. Ella se acerca y lo examina. Extiende la mano hacia el rostro de Eneas, pero justo cuando lo va a tocar... se prende de nuevo el proyector: encima de ellos se pintan enormes primeros planos de gente inexpresiva mirando directamente a la cámara.

Eneas se pone pálido.)

ENEAS. Me están mirando... saben lo que he hecho...

(Luego reacciona violentamente. Esconde los pedazos de la estatuilla abajo de su camisa e intenta escapar de la inmensa proyección. La Mujer lo sigue y protege de la luz, utilizando su cuerpo como escudo; ella delinea los bruscos movimientos de Eneas como si fuese su sombra.)

ENEAS. ¡Mamá...! ¡Mamá...! ¡Haz que paren!

(Eneas se arrodilla en el piso, asustado. La Mujer está cubriendo de la luz y las miradas de la gente. El proyector se apaga. La Mujer se aleja de él. Eneas está temblando.)

ENEAS. (ve por primera vez a la Mujer, pero no la reconoce) ¿Mamá...?
¿Eres tú?

(La Mujer no contesta. Él se distrae cuando sale su verdadera Madre y se le acerca.)

MADRE. (susurrando, fastidiada) ¡Shhh...! Tu papá está durmiendo...

(Eneas va a decir algo, pero ella le indica que se calle. La Mujer observa la escena. La Madre peina a Eneas y le seca las lágrimas. Está terminando de arreglarse para una fiesta; tiene un vestido muy corto que la hace ver joven y sensual.)

MADRE. Mírate cómo estás, pues. ¿Qué haces despierto a esta hora...?
Ya te hemos hablado, hijito.

ENEAS. Es que se rompió, mamá.

MADRE. (*sigue hablando bajo*) No puede ser, pues. Te apareces cuando te da la gana y yo, como una idiota, siempre dándote gusto. ¿Por qué no estás durmiendo?

ENEAS. Fue de casualidad, mamá. Te juro. Se me cayó...

MADRE. (*mira por encima de su hombro*) ¡Shhh...! No hables tan alto, por favor... Después la que sufre soy yo. Ni sé de qué me hablas. A ver, ¿qué cosa has roto?

(*Eneas muestra la estatuilla rota del Papa.*)

ENEAS. (*se le está quebrando la voz*) ¿No se puede arreglar, mamá...? ¿No se puede volver a unir?

(*La Madre agarra a Eneas fuertemente de las muñecas. Los pedazos de la estatuilla caen al suelo. La Mujer se alarma. La Madre, nerviosa.*)

MADRE. Eneas, te dije que bajes la voz. Papá quiere descansar. (*lo va soltando poco a poco*) ¿No te gusta cómo se pone cuando lo despiertas, verdad? ¿Te acuerdas cómo se pone...? (*Eneas asiente*) No nos gusta, ¿cierto? (*Eneas niega con la cabeza*) ¿Y qué hacemos entonces? ¿Qué hacemos cuando papá quiere descansar...?

ENEAS. (*pone el dedo encima de sus labios*) Shhh...

(*La Madre lo coge de la oreja con cariño. Le da un abrazo que se extiende más de lo normal. Los interrumpe un golpe fantasmal que resuena por todo el escenario.*

La Mujer busca el origen del ruido. La Madre rompe el abrazo y luego jala a Eneas del brazo hacia el otro extremo del escenario.)

ENEAS. ¿Lo desperté, mamá?

MADRE. ¿Tú qué crees? Diosito santo, ahora vas a ver. Ya te quiero ver llorando cuando venga. Ruégale a Cristo que esté durmiendo todavía, porque si no...

ENEAS. No hables tan alto, mamá—

MADRE. (alza la voz) ¿Yo estoy hablando alto...?

(*Dos golpes más resuenan desde el fondo del escenario. La Mujer se sobresalta y volteea a ver a Eneas, preocupada por él.*)

ENEAS. Mamá...

MADRE. ¿Ahora resulta que yo lo voy a despertar? Serás conchudo... ¿Sabes qué? ¡Mejor que se entere! Que se entere que rompiste tu muñequita esa... ¿A mí qué me importa lo que te haga?

ENEAS. Fue sin querer.

(*La Madre lo coge del cuello y lo lleva hacia las piezas rotas de la estatuilla. Se escuchan susurros venir desde las sombras.*)

MADRE. Ya se acabó, Eneas: está rota. Mira ahí... se quebró. ¿Qué le vas a decir a papá?

ENEAS. Baja la voz; no quiero que sepa.

(*Suenan tres golpes, más fuertes que los anteriores. Los susurros se intensifican.*)

MADRE. A ver, pues. ¿Qué le vas a decir? Ahí viene. ¿Te vas a sentir como una basura el resto de tu vida? ¿Serás para siempre el niño que rompió la estatuilla del Papa Juan Pablo II? Tremendo manganzón. Dime, hijito. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a llorar?

*(Eneas efectivamente se pone a llorar de nuevo. Ella lo empuja, provocándolo.
Los susurros a su alrededor van en crescendo.)*

MADRE. Llora, hijito. Llora nomás. Llora y después ve a tu cuarto a convencerte de que a nadie le importas; siente vergüenza e inventa fantasías acerca de cómo matarte, para que encontremos tu cuerpo y suframos también. ¿Alguna vez viste a tu papá llorar? Responde, niño. ¿Alguna vez viste a papá llorar?

*(Eneas niega enfáticamente con la cabeza mientras solloza.
Los susurros en el ambiente llegan a un clímax antes de cesar, para que la Madre diga, asqueada.)*

MADRE. Y aun así gimoteas. Y aun así te quiero.
(La interrumpe un último y poderoso golpe fantasmal. La Madre le hace un gesto a su hijo para que no haga ruido. Le susurra.)

MADRE. Quédate ahí. Ya veo yo cómo lo tranquilizo.
(Sale del escenario. Eneas queda sollozando, arrodillado a un extremo del escenario. Se empiezan a escuchar murmullos: la Madre y el Padre. No entendemos lo que dicen, pero los susurros se van tornando en jadeos y gemidos.)

PADRE. Está el niño, Matilde...

*(Los gemidos continúan.
La Mujer se acerca a Eneas. Se arrodilla al lado de Eneas y lo acaricia sin tocarlo. Pronto ya no llora. Se ha tranquilizado. Se prende nuevamente el proyector: muestra un paisaje campestre. Nos envuelven sonidos de naturaleza. La Madre*

regresa al escenario cargando una mesa plegable. La arma en el centro del escenario. Se pone un mandil de chef y sale de nuevo.

Regresa cargando una parrilla portátil que pone junto a la mesa y empieza a trabajar. La parrilla irá botando más y más humo mientras el resto de la escena transcurre. La Madre se distrae al ver a Eneas. Recién ahora cesan los gemidos.)

MADRE. Ay, no puedo creerlo, ¿sigues ahí sentado? Saca las cosas del carro que ahorita viene papá y quiere comer. Vamos, levántate. Dile a tu amiguita que me ayude.

(Eneas le lanza una mirada distraída a la Mujer, como recién dándose cuenta de que está ahí.)

MADRE. Eneas, ¿qué te acabo de decir?

(Él se levanta y sale corriendo del escenario. La Mujer se acerca a la Madre y la observa trabajar la parrilla, que empieza a botar humo.)

MADRE. (llama a una audiencia invisible) ¡Chicos...! Ya va a estar la comida. (le habla a la Mujer) ¿Y este pollo de quién era? Por las puras me hacen ponerlo.

(Regresa Eneas cargando una enorme canasta de picnic. La Madre la recibe y saca de ella un mantel rojo. Entre los tres empiezan a colocar la mesa. Sacan de la canasta todo lo que necesitan, como si esta no tuviese fondo. Mientras ponen la mesa,)

ENEAS. Qué rico huele.

MADRE. Tú tómalo con calma que todos tienen que comer. (le lanza una mirada) ¿Te estás cuidando, hijo? Estás más gordito.

ENEAS. De nuevo con lo mismo. (*a la Mujer*) Esta conversación la hemos tenido mil veces. Y cuando me quejo o protesto...

MADRE. ¿Tan insopportable me he vuelto?

ENEAS. Y se acabó el asunto. He tenido discusiones con mi mamá en las que ha dado actuaciones magistrales. Es un talento perdido del teatro y se lo he dicho muchas veces. Pero tú sabes cómo es mamá.

MADRE. ¿En el teatro...? Puro rarito; pura puta... mucho desadaptado. Anda ve la parrilla, hijito.

(*La parrilla está ahora botando más humo. Eneas se asoma a verla.*)

ENEAS. Mamá, ese pollo lo pedí yo. ¿Por qué siempre haces esto?

MADRE. ¿Ahora qué hice?

ENEAS. ¡Actúas! Dices una cosa pero estás haciendo otra. Eres hipócrita y cuando mientes me siento como un pelele por creerte. Yo no como carne: ¿por qué juegas a no saber alimentarme?

MADRE. Porque me encanta que tengas hambre. ¿Y qué? ¿Te has vuelto el rey de Roma para que te prepare algo especial? Ese pollo vamos a ver si lo quiere comer papá. Tú comerás lo que sobre... (*se interrumpe y sonríe*) Pero siéntense, por favor. De paso nos fumamos un cigarrito...

(*Suena otro golpe fantasmal a lo lejos. Eneas y la Mujer se sientan uno al costado del otro en las sillas que han armado. La Madre se sienta al frente de ellos y saca una cajetilla de cigarros. Eneas tiene la mirada perdida.*)

ENEAS. Mamá... están Víctor y Renzo ahí en los juegos...

MADRE. Y tú acá feliz, con tu familia. Puedes ir con ellos después de comer.

ENEAS. ¿Por qué papá no prepara la parrilla? Los demás papás lo hacen.

MADRE. Estará ocupado. ¿Qué te importa a ti quién la prepara? Vamos, ya quítame esa cara, que ahorita voy y digo que te estás portando mal. Vamos a pasarla bien, ¿entendiste? Te vas a divertir con nosotros, lo quieras o no. Ya no quiero escuchar más de esa chiquilla.

ENEAS. ¿Quién?

MADRE. La Maricruz esa...

ENEAS. ¿Maricruz qué? ¿Varillas? Mamá, eso fue hace veinticinco años. No debí contarte nunca.

MADRE. Ah, y ahora no te acuerdas del berrinche que me hiciste en la mañana. (*le cuenta a la Mujer*) Viene llorando del colegio el maricón, con la camisa manchada de lodo. El uniforme hecho un asco. Y está llorando: «mamá, me ha pegado, me ha pegado...».

(*La Mujer escucha muy interesada pero Eneas protesta.*)

ENEAS. Mamá, tengo treinta y ocho años. Soy un adulto.

MADRE. Viene a mi cuarto y se echa boca abajo. No quiere contar nada. Con cucharita le tengo que sacar todo al chiquillo este. (*le habla a Eneas mientras saca un cigarrillo*) ¿Pasó algo en el colegio, amorcito? ¿Te han hecho algo tus amigos...? (*a la Mujer*) Tú sabes que los varoncitos son bien bestias. Entre ellos se hacen de todo. No tienen consideración. Entonces, lógico, pensé que había sido algún amigo o chico de la promoción... Y seguía preguntándole: (*le habla de nuevo a Eneas*) ¿Te ha molestado alguien, bebé? ¿Te han hecho doler...?

ENEAS. Es que me jalaba el pelo fuertazo. Ustedes se burlan, pero le tenía miedo. Un recreo me hizo comer tierra...

MADRE. ¡Había sido una niña! Una chica bien bonita, rubiecita; con los ojos verdes como los míos. Y vaya a saber por qué razón, la diabla

esta buscaba a Eneas todos los recreos y lo empujaba, lo pellizcaba; hasta le hizo comer tierra, la salvaje. Y claro, él no le devolvía porque era mujer. (*lo coge de la oreja*) Así siempre fue mi hijito: bien huevón; que es como decir, un hombre con principios.

ENEAS. Mamá, a nadie le importa esto. Nadie se acuerda.

(*La Mujer calla a Eneas con un golpe y sigue escuchando, interesada. La Madre se levanta de su asiento para seguir contando*)

MADRE. Entonces vamos al colegio a hablar con los padres de la bebe. En vivo es una preciosura; cachetona, que le quieres morder la panza. Igualita debes haber sido tú de niña. Y el papá de este... uf, molestísimo. Era unas semanas antes de que se fuera para siempre y las cosas no andaban bien. Igual la situación nos tenía ofuscados; la reunión no acababa y era por la chiquilla infernal que no hablaba.

(*Sentada en la mesa, la Mujer empieza a encarnar el personaje que la Madre describe. Imita el comportamiento de la niña.*)

MADRE. Le preguntábamos si lo iba a hacer de nuevo... no sabía. Miraba el suelo. Se quedaba pegada a la ventana... No cooperaba. Parecía muy tímida y francamente me daba risa que esta fuera la misma chica que le pegaba a Eneas, porque... (*se empieza a reír y apunta a la Mujer*) ¡porque mírala ahí! Toda asustada, con esos ojos grandotes que te ahogan... nos daba ternura... Y le hablamos y preguntamos varias veces, pero igual no respondía. ¿Por qué le había pegado a mi hijo? ¡A mi bebé...! Preguntamos y preguntamos...

(*La Madre no puede seguir hablando. Se ríe mucho y empieza a toser. La Mujer sigue encarnando a la niña. Eneas se nota perdido y avergonzado. La parrilla ha ido botando humo y ahora hay una nube de neblina alrededor del escenario.*)

ENEAS. No sé qué hacemos aquí. ¿A qué hemos venido?

(*El campo verde proyectado ha ido transformándose en un terreno baldío. Ya no escuchamos la naturaleza. La Madre sigue riéndose, pero se fuerza a hablar. Su voz está muy ronca*)

MADRE. (*tose y ríe como loca*) Le preguntamos: ¿por qué le pegas al pobre Eneas...? ¿Y sabes qué dijo? ¿Sabes qué dijo la princesita...?

MUJER. (*hace de la princesita*) Es que... es que Eneas me gusta...

(*La Madre no puede hablar mientras tose y asiente. Empieza a botar sangre oscura de la boca. Eneas mira a su alrededor.*)

ENEAS. ¿Estamos esperando a alguien...? ¿Por qué sigo sentado aquí? ¿Es necesario que viva la humillación y después también la humillación por la humillación? ¿Qué aprendo yo de esa vergüenza?

(*Se escucha un golpe a lo lejos. La Madre sigue tosiendo sangre negra y riendo. Se sienta en la mesa. Todavía no ha prendido su cigarrillo.*)

MADRE. (*muy ronca, pero entre risas*) Exactamente. «Es que Eneas me gusta...» Y en el carro de regreso su papá estaba furioso porque, claro, ¿cómo una chica lo va a hacer llorar de esa manera...? Y todo porque el mariconcito este no puede hacer lo que debe con ella. Así lo decía papá. «Algo raro tendrá este chico». Porque él estaba escapando y la chibola al parecer estaba templadísima. Y papá gritaba: «¿Cómo es posible, Eneas? Me haces perder toda la tarde por una cojudez así...» (*se interrumpe tosiendo sangre negra*) ¿Y sabes qué? Después estuvo de enamorado con la niña. A los once añitos o una edad parecida. ¿Qué te parece? Lo convenció a golpes, la desquiciada. Y así igualito es hasta ahora. Mira

cómo es contigo. Se corre de todo, ¿no te das cuenta? Se corre o se rinde. Una de las dos. Y es porque en serio algo raro tendrá. El padre de Eneas fue muchas cosas malas pero tonto no era... reconocía que su hijo era un fracasado. Pobre, mi bebito.

(Se quedan callados un momento mientras la Madre por fin prende su cigarrillo.)

ENEAS. ¿Mamá...?

MADRE. Dime, amor.

ENEAS. ¿Qué hacemos aquí? ¿A quién estamos esperando...?

(De nuevo retumba aquel fantasmal y poderoso golpe. El proyector se apaga. Luces rojas pintan el techo del escenario. Todos asustados. Suena otro golpe. La Madre apaga el cigarrillo y disipa el humo, como una adolescente preocupada por qué no huele. Eneas se retrae en su asiento. Todo está cubierto por la neblina de la parrilla.)

Se escuchan unos pasos acercarse. De la oscuridad sale el Padre. Está vestido enterito y carga un maletín reluciente. La Mujer le susurra cosas en el oído a Eneas para mantenerlo calmado. La Madre se para de su asiento para arrimarle la silla en el cabezal de la mesa y se pone a servirle comida. El Padre se mueve pesadamente, se sienta en la silla y come y bebe sin decir nada. La Madre se sienta.

Después de un rato:)

PADRE. (les sonríe) ¿A quién estamos esperando? ¿Por qué no comen?

(Se proyecta ahora una cocina antigua encima de ellos. La luz del proyector rebota en el humo que flota en el ambiente. Todos empiezan a comer. El Padre toma la mano de su esposa.)

PADRE. Gordita, esta carne está chiclosa. ¿No la han hecho como me gusta?

MADRE. Pensé que sí. ¿Quieres la mía?

PADRE. (*le habla a Eneas mientras roba del plato de la Madre*) ¿Y tú? ¿Estás bien? Te noto callado.

MADRE. No es nada. Le encanta estar con cara de culo.

PADRE. Y esa cara se la dimos nosotros. ¿Pasó algo en el colegio?

MADRE. No le hagas caso.

PADRE. ¿Por qué no puede contestar? Mira: se queda callado.

MADRE. Te tiene miedo.

PADRE. Miedo tendrá el cobarde. Él es mi hijo.

(*Siguen comiendo. La Madre corta la carne del Padre, quien se deshace el nudo de la corbata, se quita el saco y se remanga la camisa.*)

PADRE. Vives metido en tu cabeza, Eneas. ¿«Introspectivo», se le llama? Tímido. Ten cuidado con eso, que cualquiera lo confunde por debilidad y en este mundo al débil no se le perdona. Puedes ser todo lo que quieras: policía, bombero, albañil; todo menos un hombre débil.

(*La Mujer le da un beso en la mejilla a Eneas y se levanta del asiento. Se aleja.*)

ENEAS. (*se arma de valor*) Papá—

MADRE. Eneas, tu padre no quiere hablar de esto ahora. ¿No ves que está comiendo?

PADRE. Sí. Pero con tu carne no basta.

MADRE. Come la de Eneas, entonces. Todo lo que quieras. Solo no te vayas.

PADRE. ¿Ya ves, hijo? En esta casa el rey soy yo.

ENEAS. Papá.

MADRE. ¿Qué te he dicho, Eneas? Tiene hambre.

PADRE. ¿Pero por qué tanto problema? Déjalo hablar, para eso tiene boca.

(*La Madre indica que se quedará callada con un gesto sarcástico. Eneas tampoco dice nada.*)

PADRE. ¿Qué pasa? ¿Te doy miedo? Te he dicho que hables.

ENEAS. Fue de casualidad. Se me cayó al piso y se quebró.

PADRE. ¿Qué rompiste?

ENEAS. La estatuilla del Papa Juan Pablo.

PADRE. ¿La del abuelo?

ENEAS. Nunca me dejabas tocarla. Y estaba ahí.

PADRE. De grande iba a ser tuya.

ENEAS. Pero ansiaba tenerla ahora. La quería en mis manos.

PADRE. Y la rompiste.

ENEAS. El yeso reventó y dejó una mancha blanca en el piso. Como una estrella...

PADRE. Hijo. ¿Cuánto tiempo me conociste?

ENEAS. Te fuiste cuando tenía ocho. Luego me visitaste una vez, a los diez años. No recuerdo mucho. Me llevaste a ver una película. Una de guerra. Después de eso te veía en los noticieros...

PADRE. ¿Te daba vergüenza?

ENEAS. Me dabas náuseas.

PADRE. Solo te acuerdas de lo malo.

(*La Madre saca otro cigarrillo y se lo pone en la boca. El Padre se lo arranca y lo parte en pedacitos. El espacio está lleno de humo.*)

ENEAS. Y mamá solo recuerda lo bueno.

MADRE. Ahora resulta que tú sabes qué recuerdo y qué no. Chibolo insolente.

PADRE. A ver, Matilde. Hay que calmarnos.

ENEAS. (*no soporta más esta farsa*) Eres un farsante, apestas a trago barato. Ni siquiera te pareces a él...

(*El Padre va a contestar, pero se da cuenta que ha manchado su camisa con comida. Empieza a hacer sonidos de disgusto. Parece muy fastidiado.*)

PADRE. (*mientras examina la mancha*) Caracho... qué idiota...

(*Empieza a gruñir. Raspa la tela con su uña. La Madre se inclina a ver la mancha, pero él la aleja con un fuerte y repentino empujón.*)

PADRE. Tú suelta, nomás... janda trae agua, que si no queda la mancha...!

(*El Padre sigue raspando la mancha. Cualquiera que lo viera diría que le ha caído encima una gran tragedia. Murmura para sus adentros, molesto. Pronto la Madre sale y regresa con agua y un trapo. El Padre le arranca todo y se empieza a limpiar la camisa.*)

ENEAS. Yo me acuerdo de esto. Estábamos cenando en la cocina y te manchaste la camisa con salsa roja. Hace años no pensaba en ese día. Tenías una mancha minúscula que parecía sangre. Y estabas desesperado por limpiarte; como un niñito. Recuerdo que te encogiste y gimoteabas a mamá para que trajera agua con gas. Nunca te había visto así. Me puso triste, pero empecé a reír...

(Eneas suelta una risa burlona. El Padre deja de limpiarse y le mete un violento bofetón que hace a la Madre y a la Mujer sobresaltarse. Molesto, el Padre coge a Eneas del cuello y lo obliga a enderezarse.

Se apaga el proyector. Luces rojas vienen desde el fondo del escenario y se difuminan con el humo. Empieza a sonar una alarma. Es difícil ver bien a los personajes.)

PADRE. ¡Mira cómo estás sentado! Cualquier persona diría que tienes joroba. Siéntate como hombre.

ENEAS. Ahora sí. Ese es papá.

(La Madre se ha levantado y se mueve por el escenario como una gallina sin cabeza.)

MADRE. ¡Se está quemando todo...! No queda nada. Se ha estropeado todo, Eneas, ¿qué vamos a hacer...? (*a la Mujer*) ¡Dile que se encargue...!

PADRE. (*sigue biriendo a Eneas*) Sí. Ese soy yo. Ese es papá. ¿No te da vergüenza salir así a la calle? Estás hecho un estropajo. Basta con mirarte para saber que estás enfermo. Y no es tu cuerpo o tu cabeza. Es algo más adentro; algo podrido. Se nota con solo verte. En cambio ahora mírame a mí; mira. ¿Te burlas de que cuide mi apariencia? ¿Te hace sentir mejor? Soy todo lo que quieras ser. Ya no hay éxito después de mí, Eneas. Me lo tragué. Me comí el pollo entero y tendrás que comer mierda. ¡Ahora enderézate! ¿No te da vergüenza ser quien eres?

(Ahora es imposible ver a los actores. Todo está cubierto de humo y neblina. Las luces de emergencia y el tono de la alarma continúan, pero ya no escuchamos a los personajes. Pasa el tiempo.

El humo se disipa un poco. Cesan las luces y la alarma. Aparecen Eneas y su Padre abora desvestidos y en toallas de sauna. Los cuerpos brillan con sudor. El Padre tiene un banco y se sienta en él.)

PADRE. ¿Qué tal? ¿Te sientes limpio, verdad?

ENEAS. Gracias por traerme. Nunca pensé que aceptarías.

PADRE. Fue tu madre la que me convenció.

ENEAS. Todos los domingos antes de misa venías a este lugar. Recuerdo cuerpos viejos; bolsas de carne malograda; brillando y húmedos con sudor. Era horrible verlos cocinándose en esos cuartos, pero estaba feliz de que me trajeras, de que compartieras un secreto... yo quería darte un abrazo...

PADRE. Acércate, entonces.

(Eneas va hacia él y se sienta en su rodilla. Lo abraza por más tiempo de lo normal. El Padre intenta zafarse. Eneas se aferra a él hasta que el Padre logra soltarse y tirarlo al piso. Eneas cae y queda arrodillado. Se soba, adolorido.)

PADRE. Hijo, ¿cuánto tiempo me conociste?

ENEAS. En realidad no lo sé. Estuviste hasta que tenía siete o casi ocho, pero de todos esos años, ¿cuánto tiempo pasaste viajando o lejos de mí, allá en esa torre negra, en tu oficina? ¿Y cuánto tiempo pasaste escondido en sitios como este, a donde solo me trajiste una vez? ¿Te conocí en realidad? Yo recuerdo a un hombre inalcanzable e indescifrable; un rostro reflejado en la pantalla del televisor; recuerdo a alguien siempre distante, sentado al lado de mamá mientras el cura habla y yo intento imaginar qué estás pensando. Las memorias que tengo de ti son el recuerdo del recuerdo del recuerdo; algo que me he inventado con lo poco que me diste...

PADRE. Y aún así... en esta casa el rey soy yo.

ENEAS. Así es.

PADRE. Esa estatuilla que rompiste me la dio tu abuelo.

ENEAS. Eso dijiste, que compraba una de cada Papa y las reemplazaba cuando morían y elegían otro. Llegó hasta Juan Pablo II.

PADRE. Yo tampoco conocí mucho a mi padre. Lo único que me llevé de su casa fue esa estatuilla que parece un pito. (*interrumpe su momento de introspección*) Se hace tarde, Eneas: anda a las duchas.

(*Eneas se levanta. Va a ir al fondo del escenario y perderse entre el vapor, pero su Padre lo detiene.*)

PADRE. Espera. Quítate la toalla.

(*Eneas está de espaldas a la audiencia. Deja caer la toalla y queda desnudo.*)

PADRE. ¿Y así quieres desnudarte frente a todos? La humedad te ha hecho una mujercita. Vamos, sácalo de ahí; no lo escondas. Dame tu mano.

(*El Padre toma la mano de Eneas y la mueve hacia la entrepierna del hijo. Lo ayuda a sobarse.*)

PADRE. Sóbate un rato así y estarás mejor.

(*El Padre lo suelta y deja a Eneas tocarse solo. Del vapor y la oscuridad alrededor de ellos salen unos brazos pálidos que se extienden hacia Eneas y empiezan a tocarlo y sobarle la espalda.*

El Padre lo mira tocarse hasta que ya no puede más. Parece sentir repulsión: recoge la toalla y se la entrega a su hijo, abuyentando así a los brazos e interrum- piendo el trance de Eneas.)

PADRE. Suficiente. Ya vete.

(Eneas asiente, desorientado. Se dirige al fondo del escenario y desaparece. El Padre queda sentado y se cubre el rostro con las manos. Poco a poco la niebla se disipa y las luces se apagan. Todo queda a oscuras.

Empiezan a sonar los sonidos de una telenovela. La luz pálida de un televisor alumbría a la Madre en el extremo derecho del escenario. Está sentada en un sofá, tal como la vimos al inicio de la obra; se mastuba discretamente mientras ve la TV.

Aparece también la estantería donde brilla la estatuilla del Papa Juan Pablo II, ahora intacta.

Entra Eneas. De nuevo se acerca cautelosamente a su Madre y la espía. Los jadeos de la Madre van intensificándose. Eneas se dirige a la estantería. Coge la estatuilla de Juan Pablo II y camina al centro del escenario. Su Madre sigue masturbándose. Eneas tiene cogida la estatuilla con ambas manos. Empieza a sobarla inconscientemente.

Los gemidos de su Madre van intensificándose al ritmo en el que Eneas soba al Papa Juan Pablo. Este juego es interrumpido cuando entra el Padre desde el lado derecho del escenario. La Madre se interrumpe y disimula. Su esposo se sienta junto a ella, dándole la espalda a Eneas.)

PADRE. Me preocupa ese niño.

MADRE. Ya déjalo.

PADRE. No está hecho para funcionar en el mundo. Así de simple.

MADRE. Ya veremos.

PADRE. Se lo van a comer vivo...

MADRE. ¿Pasó algo en el club? ¿Se portó bien?

PADRE. Lo mismo de siempre.

MADRE. ¿Qué es lo mismo de siempre?

PADRE. Bueno, no habla; cualquier persona que se acerca le da miedo. Y así como es, todo enclenque, delgado...

MADRE. Ya va a crecer.

PADRE. Me da vergüenza. Es de los niños que pasan el recreo solos y vienen a casa con moretones en el ojo porque no saben cómo defenderse.

MADRE. Es distinto a ti.

PADRE. Pero es mío... es mi sangre. Y reconozco en él esa debilidad que aprendí a odiar hace ya muchos años.

MADRE. Él te ama y nada más que eso. Ya luego aprenderá a odiarte.

(Silencio. El Padre se quiebra y empieza a llorar. Intenta disimular.)

MADRE. ¿Estás llorando...?

(Eneas ha estado escuchando todo con la estatuilla fálica del Papa en sus manos. La aprieta con fuerza; tanto, que la estatuilla se abre. Dentro del molde del Papa, hay otro Juan Pablo II más pequeño y luego otro y así sucesivamente, como una muñeca rusa. Esto parece indignar a Eneas. De nuevo tira la estatuilla al piso y esta se quiebra en muchos pedazos. Todo oscurece. En el escenario queda solamente la Mujer. Ha aparecido iluminada por una luz que la hace brillar mientras habla a la audiencia.)

MUJER. Tú nunca has tomado mucho. Con tus amigos del colegio te emborrachabas... pero eras chico; cuando te conocí ya no tomabas. Tampoco ibas a fiestas. De hecho a veces me hubiese gustado que fueras más sociable. Siento que por momentos te descuelgas y estás metido en tu

cabeza y de ahí nadie te saca. Fuiste a un lonche familiar... ¿te acuerdas? Fue en la casa de mi hermana y el primo de Brenda te dijo algo así como «siento que no estás acá». ¿Has escuchado? «Siento que tú —persona de carne y hueso frente a mí— no estás acá —en el espacio que estamos compartiendo». Fue un comentario que te hizo de broma, sonriendo; seguro refiriéndose a que estabas ebrio, como todos en la fiesta. Él no sabía que no tomabas... y es porque siempre tienes en la mano un vaso de agua con hielo y limón. Así los demás piensan que eres parte del resto. Pero el primo vio algo en ti y te lo dijo; de broma, pero te lo dijo: «siento que no estás acá». ¿Qué triste mundo esconden tus ojos para que salga una frase así...? Pienso mucho en esas palabras. (*pausa*) Yo te he visto ebrio unas tres o cuatro veces. Y en todas me hablas de lo mismo: tu padre. Un día llegaste a casa oliendo a licor. Habías estado tomando con tu padrastro y dabas pena. La verdad que siempre das un poco de pena, pero ese día estabas pálido, ojeroso; se notaba que habías llorado. Y me hablaste. Primero dando vueltas al tema, obsesionándote con detalles pequeños y yéndote por las ramas, pero siempre, siempre regresando a lo mismo: papá. ¡Yo quería gritar...! No podía ni respirar de tanto escucharte... (*pausa*) Decías que... golpeaba a tu madre y tenías miedo de llorar porque era lo que más le molestaba. Llorabas encerrado en tu cuarto o escondido en el baño; nunca frente a tu padre. Todavía recuerdas el grito ahogado que diste cuando te vio con el rostro hinchado y puso tu mano sobre la estufa hirviendo. También recuerdas haberlo escuchado llorar, y pasado años intentando descifrar qué se podían estar diciendo ahí en la sala. ¿Qué palabras secretas quebraron al hombre que te atormentaba...?

(*Una luz en el centro del escenario ilumina a Eneas. Está arrodillado e intenta arreglar la estatuilla que ha roto. Ha unido algunas piezas.*)

MUJER. (*le habla directamente a Eneas*) Mientras vomitabas esto, imaginé un muñeco de lana, hueco y abierto de piernas. Eras tú: una especie de títere asexual con agujero en la entrepierna y la mano de papá muy dentro de ti, moviendo labios y lengua, forzándote a purgar. Detrás de él estaban tu madre y tu padrastro y una cola de personas que se extendía hacia el horizonte y por encima de mares y montañas, hasta dar la vuelta al mundo, enredándose consigo misma, una y otra vez; tantas veces que el mundo finalmente es más personas que mundo y todas ellas —inclusive yo— esperan su turno de hacerte hablar.

(*La Mujer se acerca y se agacha al lado de Eneas.*)

MUJER. Fue una imagen que me dio pena y náuseas y unas ganas terribles de abrazarte... y rezar por que, de una vez por todas, termines de nacer.

(*Eneas no la ve ni escucha. Habla solo.*)

ENEAS. Todavía puedo arreglarlo. Está roto ahora... pero todavía lo puedo arreglar.

(*La Mujer lo mira con compasión. Se aleja de él y desaparece en la oscuridad. La luz que alumbraba a Eneas se desvanece hasta apagarse.*)

II. ENEAS

(*Nuevamente nos envuelven los tonos electrónicos del tema musical del inicio. El escenario está oscuro; aun así percibimos a dos personas durmiendo en una cama matrimonial al extremo izquierdo. Una de ellas -la Esposa- se despierta. Se sienta al borde de la cama y se soba el rostro.*

La música continúa. La Esposa queda inmóvil por mucho tiempo antes de levantarse y abrir una cortina que deja entrar un pálido rayo que cae directamente a la cama y alumbría suavemente la habitación. Se vuelve a sentar.

Está sudorosa y viste un polo holgado que agita para airearse; la prenda deja ver su pecho húmedo. La luz que entra por la ventana se va tornando cada vez más blanca. La canción cesa. En la cama, Eneas tiembla: está teniendo una pesadilla.)

ESPOSA. ¿Eneas...?

(Eneas sigue soñando. Su Esposa lo despierta, gentil.)

ESPOSA. Eneas, estás teniendo una pesadilla.

(Eneas despierta.)

ENEAS. ¿Qué hora es...?

ESPOSA. Temprano. Anda a dormir.

ENEAS. ¿Y tú qué haces despierta...?

ESPOSA. Es un infierno este lugar. Toca... estoy empapada.

(Eneas se inclina hacia ella y pone la mano en su espalda. La siente respirar.

Silencio. Eneas se vuelve a recostar.)

ENEAS. Te ves muy bien.

ESPOSA. No empieces, por favor.

ENEAS. ¿No me crees? Estás hermosa. Brillando con sudor... sonrojada... En mi sueño también brillabas.

ESPOSA. ¿Tenía que ver contigo tu pesadilla?

ENEAS. No. Eras lo único bueno de un sueño horrible. Me ha dejado con la barriga ardiendo. ¿Sabes a qué me refiero? ¿Como cuando tienes miedo y te dan esos temblorcitos en la boca del estómago...?

(*La Esposa suspira. Se levanta y prende la lámpara al lado de la cama. Se sienta y le indica a Eneas que se acerque con un gesto.*)

ESPOSA. Estás pálido. ¿No tendrás algo...?

ENEAS. Apaga la luz. Ya va a pasar.

(*La Esposa vuelve a apagar la lámpara.*)

ESPOSA. ¿Recuerdas qué soñaste...?

ENEAS. Escenas sueltas... Frases. (*se queda colgado varios segundos*) No sé. Tal vez es mejor que olvide.

ESPOSA. ¿Te has despertado asustado?

ENEAS. Algo tenía que ver papá. Estaba en el sueño, pero... no era él.

ESPOSA. ¿Cómo que no era? Eneas, si la última vez fue igual.

ENEAS. ¿Cuál última vez?

ESPOSA. Te despertaste así, igual que ahora, sudando y temblando en la madrugada porque habías soñado que tu padre te perseguía por bosques negros, con un rifle enorme en cada mano. ¿Te acuerdas? Soñabas que te cazaba. Me despertaste hablando incoherencias, dormido con los ojos abiertos y tiritando.

ENEAS. He soñado eso más de una vez.

ESPOSA. ¿Y alguna vez te atrapó?

ENEAS. A veces me llega a herir, pero huyo a los arbustos. Ahí escondido me desangro...

ESPOSA. ¿Y ahora?

ENEAS. Estaba vez fue distinto. Era él, pero a la vez no. En lo físico, me refiero. Yo lo miraba y sabía que era papá... pero veía a Ernesto.

ESPOSA. ¿Tu padrastro?

ENEAS. Sí. Y apestaba a licor. Eso recuerdo. Me acercaba a él y la nariz me ardía. Mi padre no tomaba. Estaba muy orgulloso de ello.

ESPOSA. Ese tipo es un inútil.

ENEAS. ¿Ernesto?

ESPOSA. No sé por qué tu madre no lo bota. Nos haría un bien a todos...

ENEAS. Es un viejo inofensivo. Además, por algo lo tendrá mamá en la casa. ¿Te imaginas cómo sería con nosotros si estuviese sola?

ESPOSA. La mataría.

ENEAS. Querría vivir conmigo.

ESPOSA. La mataría, Eneas.

(*Eneas hace que la Esposa recueste la cabeza en su pecho y se inclina para atrás.*)

ESPOSA. ¿Estaba tu mamá en el sueño?

ENEAS. No recuerdo bien. Ya me voy sintiendo mejor.

(*Quedan echados en silencio.*)

ESPOSA. ¿Quieres que los llame? Les digo que vengan más tarde.

(*Eneas suspira como si estuviese muy cansado. La Esposa se sienta en la cama, preocupada.*)

ESPOSA. ¿Qué pasa? ¿Sigues mareado?

ENEAS. Había olvidado que venían.

ESPOSA. Eneas, llegan en dos horas. ¿No has pensado en qué decirles?

ENEAS. Mamá va a estar insoportable. (*se queda colgado varios segundos*) La verdad que prefiero no hablar de esto ahora. Tengo el cerebro hecho un calabozo.

ESPOSA. Y ahí solito tú te encierras. Al final vas a dejar que te convenza... te dejas llevar por lo que diga cualquiera. ¿Por qué se te hace tan difícil tomar una decisión?

ENEAS. Me acabo de despertar.

ESPOSA. Cualquier excusa da lo mismo. Es como si tus problemas no existieran hasta que tú quieras hablar de ellos.

(*Eneas no contesta. Se quedan callados. La luz de afuera ya está brillando con fuerza.*)

ENEAS. ¿Dónde escondiste mis cigarros?

ESPOSA. ¿De qué hablas?

ENEAS. Mis cigarros. Tenía una cajetilla en el baño y ya no está. Quiero uno.

ESPOSA. No los he cogido.

ENEAS. No me hagas rogarte, por favor. Me hace sentir como una mierda. Solo dame lo que quiero.

(*La Esposa abre el cajón de su mesa de noche. Le entrega a Eneas la cajetilla de cigarros.*)

ENEAS. (*mientras prende uno*) ¿Recuerdas esa foto que mamá tiene en la sala...? Salgo sentado en un jardín y estoy sonriendo. Estábamos en la Cantuta o algún lugar así, campestre. Había parrillas de piedra y esas hojitas que se pegaban en las medias e hincan tus talones... por eso siempre andaba descalzo. Mis amigos y yo íbamos a una loma y papá traía

planchas de cartón para deslizarnos. Teníamos que echarnos bocabajo y él nos jalaba hacia delante. Ponía su mano encima de mi espalda, para que no levantara el cuerpo, y me jalaba de la correas; yo salía disparado. Decía que tirarse sentado era de niñas: quería que fuéramos con el rostro al ras del piso... yo me corté la mejilla... (*fuma el cigarro en silencio*) Me he quedado pensando en eso. Tan temprano todo se confunde. ¿Vas a seguir durmiendo?

ESPOSA. Ya para qué. ¿No dijo la loca que llegaba a las ocho?

ENEAS. ¿Qué hora es?

ESPOSA. Van a ser las seis. Mejor nos alistamos y salimos a comer algo, ¿no?

ENEAS. Lo que tú quieras, amor.

ESPOSA. Lo que yo quiera. Ay, Eneas... Me iré a bañar entonces.

(*Eneas se desliza hacia su Esposa. El cigarrillo cuelga de sus labios mientras la abraza y soba sus piernas. Ella no pone resistencia.*)

ENEAS. ¿No quieres que te acompañe...?

(*Eneas la sigue sobando hasta que ella zafa de su abrazo repentinamente.*)

ESPOSA. Apestas a puchero.

ENEAS. ¿Qué pasa?

ESPOSA. No pasa nada... no quiero oler esa basura. Me da asco.

(*La Esposa se levanta de la cama y sale del escenario. Eneas se queda fumando solo y pronto escuchamos una ducha correr. Él extiende su cuerpo en el colchón. Momentos después suenan golpes al lado derecho del escenario: alguien toca la puerta del departamento. Eneas se queda quieto. De nuevo suenan los golpes; abo-*

ra más insistentes. Alarmado, Eneas apaga el cigarrillo y disipa el humo, como para que no quede el olor. Los golpes son cada vez más fuertes. Eneas se nota nervioso.)

ENEAS. (mientras se pone un polo) ¡Ya salgo...!

(No dejan de tocar la puerta. Eneas sale del cuarto y camina al lado oscuro del escenario. Prende la luz para revelar una amplia sala. Tiene una mesa y dos muebles. Una estantería al fondo, junto a una puerta cerrada de color blanco. En la estantería hay chucherías y papeles; también la estatuilla del Papa Juan Pablo II que vimos en el primer acto. La entrada del departamento está al extremo derecho.)

ENEAS. (los golpes siguen) ¡Ahí voy!

(Eneas se apresura y abre la puerta principal. Entran la Madre y el Padrastro.)

MADRE. (entra hablando) ¿Cómo es posible que nos tengas esperando así, hijito? Media hora hemos estado tocando. Algo tienen que hacer ustedes, ah. ¿No escuchas acaso? Por gusto son estas cosotas...

ENEAS. (mientras su Madre le agarra la oreja) Mamá...

MADRE. Toda la noche te he estado llamando. Toda la noche con el teléfono en la mano. ¿Eso tampoco escuchas?

(La Madre suelta su oreja. El Padrastro se acerca a él con expresión pesarosa y una apagada sonrisa. Cojea y está borracho.)

PADRASTRO. Eneas, ¿cómo estás, hombre?

(El Padrastro intenta abrazarlo, pero Eneas se zafa para darle la mano impersonalmente.)

ENEAS. Ernesto.

MADRE. Seis horas llamándote y ocupado, ocupado, ocupado. ¿Con quién hablas tanto que no me puedes contestar? ¿Y dónde está Maya—?

ENEAS. Mamá, habíamos quedado a las ocho.

MADRE. ¿Dónde está Maya? Quiero que escuchen los dos.

ENEAS. Son las seis de la mañana. Nos has despertado.

PADRASTRO. Yo le dije, Eneas. Es mi culpa. Yo le dije que era temprano.

MADRE. Pues si venir te molestaba tanto, también podías quedarte, Ernesto. Por Dios. Como si fuese parapléjica para que tengan que cargararme toda su vida. Aquí cada uno hace lo que debe. La próxima vez no vengas si vas a quejarte.

PADRASTRO. (*intentando no irritarla*) No me molesta acompañarte... no es eso... pero los niños también se cansan...

MADRE. ¡Entonces cuéntales! ¿Qué pasa? ¿No puedes ni hablar? Vamos, cuéntales... diles por qué he estado sin dormir toda la noche, llámándolos por teléfono como una idiota. ¿No vas a decir nada...?

ENEAS. ¿Pasó algo grave?

MADRE. No aparecía, tu padrastro. Eran las tres, cuatro de la mañana y no regresaba. Estaba tomando con sus amigos milicos—

PADRASTRO. Se nos pasó la hora, Matilde.

MADRE. ¡Puro indio borracho que da asco...! Imagínate. Tú embriagándote con esa escoria y yo abandonada en la casa, muerta de miedo...

ENEAS. Ernesto, dijiste que ya no la ibas a dejar sola.

MADRE. Hace una hora nomás ha regresado, cantando coplas y riendo, como borracho de esquina.

(El Padrastro va hacia la Madre y la coge para bailar. Torpemente la hace dar vueltas mientras canta una copla tradicional Cajamarquina.)

PADRASTRO. Dime dime dime dime...
Dime dime dime dime...
Dime con sinceridad... dime con sinceridad...
ENEAS. ¡Baja la voz, Ernesto...!
PADRASTRO. Si estás contenta con esta...
Si estás contenta con esta...
o la corto a la mitad... o la corto a la mitad...

(El Padrastro hace que la Madre toque su entrepierna. Ella se escandaliza y lo empuja con fuerza. El viejo borracho se está riendo con ganas.)

MADRE. ¿Ya ves? ¿Ya ves lo que soporto? ¿Y qué crees tú que busca cuando llega así a la casa...? ¿Acaso quieres saber?

PADRASTRO. Busco amor. ¿Qué tiene eso de malo? Busco algo para el frío.

MADRE. ¿Amor le llamas a eso?
PADRASTRO. China loca, tú no sabes...
China loca, tú no sabes...
Lo que te va a suceder... lo que te va a suceder...
ENEAS. ¡Ernesto, ya deja de cantar!

(Eneas se acerca al Padrastro para callarlo, pero él se escapa mientras canta.)

MADRE. ¡Cógelo, Eneas! ¡Agárralo!
PADRASTRO. Te voy a tapar la boca...
Te voy a tapar la boca...
No la vayas a morder... no la vayas a morder...

(Ernesto se ríe. Eneas lo alcanza y lo toma firmemente del brazo. Lo guía hacia el sillón.)

ENEAS. ¿Puedes estar tranquilo? Mamá te va a botar de la casa.

PADRASTRO. Si no he hecho nada.

ENEAS. Yo sé, pero...

PADRASTRO. No he hecho nada. No sé qué le pasa últimamente.

(Para cuando Eneas lo ha sentado en el sillón, Ernesto parece haber perdido sus energías. La Madre se acerca a él, fastidiada por el último comentario.)

MADRE. ¿No sabes qué me pasa? ¿No puedes ni adivinar...? *(saca un arrugado folder manila de su cartera)* Me pongo así porque el tiempo avanza y no me quito esto de encima. Porque me vuelvo vieja esperando y nada cambia. ¿No es suficiente con eso? ¿No puedo darme el lujo de estar mal? *(agita el folder en dirección a Eneas)* Quiero que lo cerremos de una vez, hijo... No hago más que atormentarme el día entero con esto. Por eso vine tan temprano...

(Eneas no contesta. Baja la mirada. La Madre se acerca a él y le toca la mejilla cariñosamente.)

MADRE. Ya no me da el corazoncito.

(Eneas se aleja. Se soba el rostro como si estuviese muy cansado.)

ENEAS. ¿Podemos primero sentarnos, aunque sea? Por favor.

(Eneas se sienta junto al Padrastro; la Madre en el sofá opuesto. Se quedan callados.)

MADRE. ¿Estás molesto conmigo, hijito?

ENEAS. No, mamá.

MADRE. No quería traerlo a tu casa en este estado, pero no puedo estar sola con él. No cuando está así. Además que verlo borracho; ver cómo es de verdad... (*suspira, victimizándose*) Me da náuseas pensar que algo tuyo podría caer en sus manos.

ENEAS. Olvídaloo.

MADRE. ¿No estás molesto? Ni me has saludado bien.

ENEAS. Es que ya te hemos hablado. Apareces cuando quieres y yo, como un idiota, te doy gusto. Siempre te doy gusto. (*al Padrastro*) Ernesto, ¿ha estado tomando sus pastillas—?

MADRE. ¿Y por qué le preguntas a él? ¿Acaso él sabe...? Mis pastillas las tomo sola. Nadie me hace acordar.

(*Eneas levanta las manos, indicándole que no se altere. Silencio. La Madre le sonríe a su hijo y le hace un espacio junto a ella. Pide tregua.*)

MADRE. Eneas, ven aquí. No estés molesto conmigo. (*se hace la engreída cuando Eneas no responde*) Acércate. No seas malito... para que me saludes bien...

(*Eneas se levanta. Se va a sentar al lado de su Madre. Ella infla las mejillas para recibir el beso de su hijo. Eneas la saluda bien.*)

MADRE. Mmm, qué rico. Gracias.

ENEAS. De nada.

MADRE. ¿Por qué no contestaban el teléfono, hijito? Tú sabes cómo odio eso. Es como estar gritando a la nada.

ENEAS. Perdón, mamá.

MADRE. ¿Pero por qué no contestaban? ¿Había pasado algo?

PADRASTRO. Habrán estado ocupados, Matilde.

MADRE. Bien metiche resultaste... déjalo a Eneas que me conteste.

ENEAS. Mamá...

MADRE. ¿Qué pasa? ¿No me quieres decir?

ENEAS. No es que no te quiera pero—

(Eneas se interrumpe. Se queda colgado por varios segundos. La Madre intercambia miradas de preocupación con el Padrastro.)

MADRE. ¿Qué pasa...? ¿No puedes decirme?

ENEAS. (regresa repentinamente a la realidad) No... no pasa nada, mamá. Es que desconectamos el teléfono antes de irnos a dormir. Eran las once y Maya me pidió que... Bueno. No pidió nada, fue cosa de los dos. Estábamos... a ver, es que habías estado llamando bastante y hoy venías temprano así que... Nada. Estábamos cabezones con todo el asunto. No queríamos hablar. Perdón, mamá...

MADRE. (luego de una larga pausa) ¿Maya te pidió? ¿Maya te pidió...?

ENEAS. Te he dicho que fuimos los dos.

MADRE. Sí, pero primero dijiste otra cosa. ¿O escuché mal? Dijiste que Maya te pidió. ¿Y para qué? ¿Para no hablar conmigo?

ENEAS. No, mamá—

MADRE. ¿Tan insoportable me he vuelto...?

ENEAS. Nadie ha dicho eso—

MADRE. Sí, es verdad, nadie ha dicho eso, ¿pero qué me das a entender? Si no te da la gana de hablar con tu madre por tres miserables minutos. ¿Tan ocupados están que no pueden contestar el teléfono? ¿Ocupados con qué? Y esa esposa que tienes...

(En el extremo izquierdo del escenario: la Esposa ha salido del baño al cuarto y se termina de envolver en una bata que le queda suelta. Queda escuchando la conversación de la sala, que sigue sin pausa.)

PADRASTRO. Matilde—

MADRE. No quiero ponerme a hablar de más, pero esa chica te ha vuelto un tremendo malagradecido. No me gusta para nada.

PADRASTRO. A ver, Matilde. Hay que calmarnos.

MADRE. (*alza la voz mientras se queja con el Padastro*) Es que no me gusta. ¿No has visto cómo son? ¿No te dije yo en la casa que les importamos un comino? Y tú no me creías...

(*La Madre saca un pañuelo de su cartera y tose roncamente sobre él. Se le escucha tupida.*)

MADRE. Ahora te das cuenta. Ahora muestran su verdadera cara.

ENEAS. No es así, mamá.

MADRE. Claro que es así. No mientes. Miéntele a quien quieras menos a tu madre. Y te digo otra cosa: esta vez no me quedo callada.

ENEAS. Por favor, no digas nada. Suficiente tiene con todo lo que está pasando... si le reclamas van a terminar peleándose...

MADRE. Ay, hijo. Yo no me voy a pelear con nadie...

ENEAS. Te lo ruego—

MADRE. ...pero si tu amiguita tiene algún problema conmigo que me lo diga en la cara. Yo también tengo ofensas que recordarle.

(*La Madre se queda repentinamente callada cuando la Esposa sale del cuarto a la sala.*)

ESPOSA. (*le indica que baje la voz con un gesto*) La gente todavía duerme... por favor... ¿Quiere que los vecinos la escuchen? Es domingo.

ENEAS. Vamos a bajar la voz, amor. Mamá está un poco nerviosa, nada más.

ESPOSA. (*le habla a la Madre, casi rogando*) Señora, ¿qué hace aquí...? ¿No habíamos quedado a las ocho? Ya le hemos dicho: no puede aparecerse en la sala cuando usted quiera, como una bruja. Tiene que haber límites. Dile, Eneas.

ENEAS. Ya se lo dije, amor. No volverá a pasar...

(*Su Madre se acerca a él y lo distrae, poniendo la mano sobre su rodilla.*)

MADRE. Corazón, hazme un favor. ¿Por qué no haces que se ponga algo encima tu mujer? No seas malito. Me sentiría mucho más cómoda. (*a Ernesto*) ¿Así sale a recibirnos? ¿Con medio seno al aire...?

(*La Esposa va a decir algo, pero calla. El Padrastro volteá hacia ella; parece desconectado de lo que está pasando a su alrededor. Esboza una gran sonrisa y canta:*)

PADRASTRO. *Me gusta el oro y también la plata...*

Me gusta el oro y también la plata...

ESPOSA. Claro. Y este está ebrio.

PADRASTRO. *Pero el potasio me gusta más...*

Pero el potasio me gusta más...

(*El Padrastro intenta tomarla de la mano mientras ríe, pero la Esposa se aleja, asqueada. El brusco movimiento hace que se mueva la bata y revele aún más su pecho. Todos se dan cuenta de esto. Silencio. La Esposa se cubre, avergonzada. El Padrastro rompe la tensión.*)

PADRASTRO. ¿Cómo estás, Mayita...?

ESPOSA. Muy mal, Ernesto. (*a la Madre*) ¿Me puede decir de qué sirve traerlo si va a estar así? Ni siquiera es familia.

MADRE. ¿No es familia? ¿Y tú qué eres?

ESPOSA. Ya sabía que iba a decir eso... Soy la esposa de su hijo, señora.

MADRE. Niña, no eres nadie si no te cubres. Dile, Eneas.

(*La Esposa fulmina a Eneas con la mirada; la Madre todavía inclinada hacia él, expectante.*)

ENEAS. Gordita, escucha, ¿por qué no vas al cuarto a cambiarte? Por favor. Así como estás te vas a enfriar.

(*La Esposa ahoga sus protestas y marcha de vuelta a la habitación.*)

MADRE. ¿Ya has visto cómo me antagoniza...?

(*Eneas le pide que ya pare de hablar con un gesto. El Padrastro mira por encima del hombro hacia el cuarto a la izquierda del escenario. Allí, la Esposa se desnudará por completo y se pondrá un vestido negro. La sigue espiando por momentos mientras Eneas habla con su Madre.*)

MADRE. Olía a cigarro cuando entramos. ¿No has estado fumando de nuevo, no? Tú sabes que me preocupa bastante.

ENEAS. Ya no fumo, mamá.

MADRE. (*le agarra el cachete y sonríe*) Ni uno, ¿cierto? Yo me muero si le pasa algo a mi bebote... (*se disgusta cuando su hijo aleja el rostro*) Tampoco me pongas esa cara, oye... ¿qué tiene de malo que me preocupe por ti?

ENEAS. Nada.

MADRE. Tu papá nunca fumó... yo tenía que salir de la casa a fumar uno. Decía que se ve mal, en hombres y mujeres.

ENEAS. Mamá...

MADRE. ¿Mamá, qué? ¿Qué pasa? Yo siempre voy a cuidarte, Eneas. Hasta el día que me muera. Hasta que deje de respirar y me entierren y

me pudra... (*empieza a toser roncamente*) Pero no te preocunes, hijito, que ya llega...

ENEAS. Por favor. Vienes diciendo lo mismo hace diez años.

(*El Padrastro deja de echar vistazos al cuarto y se concentra en la conversación.*)

MADRE. Tú sigue fumando, nomás, hijo... ahorita terminas igual que yo: medio muerta... sin poder respirar de noche. (*le lanza una mirada peyorativa*) Y con todo lo que estás engordando, peor todavía...

(*La Madre tose de nuevo.*

Ya vestida, la Esposa va a salir de la habitación, pero se detiene. Se pone a llorar sin hacer ruido. Intenta calmarse; se muerde los nudillos y se pone de cuclillas.

En la sala sigue la conversación.)

ENEAS. Mamá, estás bien... te estás cuidando. ¿Hace cuánto no te internan?

MADRE. Ustedes no saben cómo me siento.

ENEAS. Está en tu cabeza. Tienes que tomar tus pastillas nomás. Si tomas tus pastillas no estarías tan nerviosa.

PADRASTRO. Eneas, no trates de hablarle. La pobre se hace líos que nadie entiende más que ella—

MADRE. (*lo fulmina con la mirada e interrumpe*) ¿Disculpa? ¿Dijiste algo...?

PADRASTRO. Matilde, no es para que te molestes... te juro que no es para que te molestes, pero... digo... mira tú cómo aturdes al niño...

(*La Madre observa al Padrastro en silencio por unos momentos y luego volteá hacia su hijo nuevamente. Sigue hablando como si nada.*)

MADRE. ¿Ya ves cómo vive tu madre, Eneas? Ni en mi casa tengo aliados. Ahora resulta que están más enterados que yo acerca de cómo me siento... acerca de mi salud... (*tose de nuevo*) ¡Hazme el favor...! Uno borracho y el otro eunuco. Como si supiesen cuidarse solos.

(*La Madre sigue tosiendo. La Esposa sale del cuarto y camina hacia la sala. Detrás de ella, la habitación oscurece y queda un vacío. La Madre cambia de ánimo de nuevo.*)

MADRE. Y hasta que al fin estamos todos; acércate, niña. Déjame darte un besito...

(*La Esposa saluda a la Madre y a Eneas con un beso en la mejilla.*)

MADRE. Pero qué cariñosa es tu esposa. ¿No te parece lindo, Ernesto? Lo saluda con beso después de haber pasado con él la noche. ¿No es precioso? ¿Por qué no somos así nosotros?

(*El Padrastro asiente distraído mientras la Esposa se sienta a su lado. Él se levanta y camina hacia el otro extremo de la sala. Se echa en el suelo.*)

MADRE. ¿Qué haces, loco? ¿Vas a echarte ahí como un perro?

PADRASTRO. En los operativos dormíamos así. Cuando hacía calor, pegabas tu mejilla contra el piso y estaba frío. Y dormías. No soñabas nada... a veces es mejor no soñar...

MADRE. ¿Vas a dormir? ¿No ves que estamos hablando...?

ENEAS. Déjalo. Así se le pasa la borrachera.

(*Ella observa al Padrastro ponerse cómodo.*)

MADRE. Sí. Tienes razón, Eneas. (*alza la voz*) Que se quede tirado como la basura que es. ¿Me escuchaste? Quédate ahí olvidado.

(*El Padrastro bosteza.*)

MADRE. Cada día que pasa está más pálido y ojeroso. Cada día que pasa está más viejo. Antes hasta con la cojera era buenmozo. Y no se le notaba alcohólico porque era guapo, pero... (*alza la voz para hablarle a Ernesto*) En realidad siempre has sido lo mismo: una nada. Una caca. ¿Me escuchaste? Tú quédate ahí tirado nomás.

PADRASTRO. *Te voy a tapar la boca...*

Te voy a tapar la boca...

MADRE. ¡Ya calla esa pacharacada...! Mi primer esposo pudo haber sido todo lo que quieran... pero nunca se humilló como lo haces tú.

PADRASTRO. ¿Y qué hay de esos reportajes que le hicieron? ¿Eso no es humillarse acaso? Eso es humillar a toda una familia—

ESPOSA. (*no soporta más*) ¡Suficiente...! ¡Ya! ¿No vas a decir algo, Eneas? (*Eneas no contesta; ella se nota decepcionada*) Tan solo dejen de hacer escándalo, por favor. Hablemos de los papeles y acabemos con esto de una vez.

(*Silencio. El Padrastro tararea la melodía de sus coplas cajamarquinas. La Madre decide ignorarlo.*)

MADRE. Lo siento, Maya. Tenías razón: no sé por qué lo traigo si está así.

ESPOSA. Puede hacer lo que quiera con él. Es suyo; igual que Eneas.

(*La Madre no contesta. Intenta ganar su simpatía.*)

MADRE. Mayita, escucha. Discúlpame por venir a esta hora. No quería incomodarte. Justo Eneas me estaba comentando lo mucho que te

fastidia eso... lo de las llamadas también... Perdóname. No quiero volverte loca, te juro. Ya conmigo tiene suficiente mi hijito...

ESPOSA. No es a mí a quien debe hablarle, señora. Nada de eso importa. Converse con Eneas.

ENEAS. ¿No podemos esperar a que sean las ocho...? No puedo hablar de dinero tan temprano en la mañana.

ESPOSA. En dos horas va a ser la misma historia. No sigas aplazándolo: ya es tiempo de que tomes una decisión.

MADRE. Es que no es una decisión, Maya. Discúlpame que te corrija... pero no es una decisión...

ESPOSA. ¿Ah, no? ¿Entonces qué es?

MADRE. Se le llama decisión cuando puedes decir que sí o que no. Acá Eneas solo debe firmar los papeles y listo. Se acabó. Es lo único que puede hacer: acá no existe el no.

ESPOSA. Señora... tampoco sea así...

ENEAS. Claro que puedo decir que no, mamá. ¡Tengo derechos...!

MADRE. Ya olvídate de tus derechos. ¿Qué derechos? ¿Te has vuelto loco? La plata está ahí empolvándose y tú no quieres tocarla. Podría morir en cualquier momento... (*anticipa las protestas de su hijo*) ¡Y no me digas que no, Eneas! Puedo morir... y sería sin la tranquilidad de saber que vas a recapacitar, hacer lo que debes y recibir el dinero de tu padre... Diosito santo... está ahí esperándote, hijo...

ENEAS. No me está esperando; esa plata nunca fue mía. Eres tú la que debería gastarla. Si te la dejó a ti...

MADRE. Dime tú qué hago con ese dinero a la edad que tengo. ¿Morirme y dejar que Ernesto se lo chupe todo? Papá quería que lo tengas tú.

ENEAS. Mamá, es que estás especulando. No hablaste con él por veinte años y luego murió. Eso es lo único que sabes. ¿De dónde sacas tú que ese

dinero es para mí? Si quería dármelo entonces hubiese escrito mi nombre en el testamento en vez del tuyo. Y no lo hizo... no me dejó nada...

MADRE. (voltea hacia la Esposa) Maya, ¿por qué no hablas con él? Dile que acepte el dinero. Hazle ver que se equivoca.

ESPOSA. Yo no me meto, señora.

MADRE. ¿Pero no es tu futuro también? Por algo están casados. Eneas no está solo en esto, ¿cierto...? ¿No te importa?

ESPOSA. Converse con su hijo, señora.

MADRE. (en un tono más confidencial) Maya, querida, escúchame: no es solo por ustedes dos. ¿No han pensado en intentar de nuevo? Con una herencia así podrían hacerlo. ¿No sienten vacía la casa...?

ENEAS. ¡Mamá!

MADRE. ¿Qué pasa? ¿Qué dije ahora?

ENEAS. Estás dale y dale con lo mismo. Deja de fastidiarla.

MADRE. Es mujer, ¿cierto? ¿No quiere tener hijos?

ENEAS. Habla conmigo. Ya te dijo ella que esto es entre nosotros.

MADRE. Que nos ofrezca algo entonces. Aunque sea un vaso con agua. (fastidiada por su falta de cooperación) Digo, si no quiere hablar, mejor que vaya a la cocina y traiga refrescos. (tose) Tengo la garganta seca, hijo.

ENEAS. (ve que su Esposa se levanta) Amor, no tienes que ir.

MADRE. Tú déjala nomás. Que se haga útil, ¿qué tiene de malo? Yo quiero un tecito, niña. Y Eneas seguro toma su café con leche.

(Sin decir nada, la Esposa camina hacia la cocina. Se detiene al lado del Padastro y lo mira.)

ESPOSA. A él le traigo un café cargado.

(La Esposa sale por el extremo derecho del escenario.)

ENEAS. No entiendo por qué tienes que provocarla. Es lo mismo cada vez que vienes.

MADRE. Claro. Yo tengo la culpa.

ENEAS. Sí. Y al final se molesta conmigo.

MADRE. ¿Y a mí, Eneas? ¿Cómo me trata?

PADRASTRO. Ella no le hace daño a nadie.

(Silencio. El Padrastro se levanta con dificultad del suelo mientras habla.)

PADRASTRO. Todo el día estamos discutiendo a gritos. No podemos seguir así. Somos una familia...

(El Padrastro se mueve hacia Eneas, que se para del asiento y le da la espalda a su Madre y al borracho. Se mueve hacia el borde del escenario, con la mirada gacha. Los dos le hablan, pero él no volteá.)

PADRASTRO. Nadie escucha a nadie; solo buscan imponerse. Dicen que aman, pero escupen odio. No podemos seguir así, viviendo a sombras del otro. ¿No se dan cuenta...?

MADRE. Solo quiero que firmes los papeles, Eneas. No me quiero pelear. Firma los papeles y me aseguras que el dinero irá a tus manos.

PADRASTRO. Eneas, tu madre quiere ayudarte. Su idea no es obligarte a hacer algo que no quieras. Pero...

MADRE. Pero nada. Ni siquiera tiene que recibirla ahora. (*a Eneas*) Te lo podrían dar recién cuando fallezca; como quieras, con tal que no vaya a Ernesto. Ya he perdido suficiente pagando sus vicios.

PADRASTRO. ¿Acaso he dicho que lo quiero? Por mí que mejor lo done; que regale ese dinero y manche a otras personas.

MADRE. ¿Donarlo? ¿Estás loco...?

PADRASTRO. Tan solo digo que tiene otras opciones.

MADRE. ¿Opciones? ¿O sea que ahora su padre se mató trabajando para que él regale su dinero? ¿Y a quién se lo dona? A una de esas benditas *o ene ges* seguro. Las mismas que gastan su plata defendiendo terroristas. Serás conchudo... Puro rojete que pasa su tiempo odiándose a ti y a tu gente por limpiar al país. Los mismos que le hacían la vida imposible a papá por no tener miedo de hacer fortuna, de sacar el país adelante. ¿Tú has visto el tipo de gente que va a sus marchas? Hombres vestidos de mujer; mujeres de hombre; puro desadaptado social. ¿Y les vamos a dar dinero...? Estás loco. Esa plata es de Eneas... (*parece perderse momentáneamente*) De Eneas... de Eneas, de Eneas, de Eneas... (*regresa a la realidad y le habla a su hijo*) Hijito, ¿tú sabes de dónde salió tu nombre? ¿Alguna vez supiste por qué te llamas así?

ENEAS. Era el nombre de papá.

MADRE. ¿Y sabes por qué papá se llamaba así?

ENEAS. (*se tapa el rostro como si quisiera gritar*) Mamá, he escuchado la historia antes. Todos hemos escuchado la historia antes...

MADRE. (*lo ignora y habla al Padastro*) Eneas era hijo de Afrodita, diosa del amor. Y cuando los griegos queman Troya, que era su pueblo, él está preparado para morir por su nación. Pero su madre le dice que no: baja del cielo y lo golpea y le dice no mueras como un buen troyano, ¿no ves que Troya ya no existe? Para ti está reservado otro futuro. Y entonces Eneas toma sus cosas y viaja a Italia, que en ese entonces no era Italia, sino una pequeña región llamada Lacio. La-chio, en realidad. Como *lazo* pero con *ch*: la-chio. Y llegó ahí. (*ahora le habla Eneas*) Mil desdichas sufrió el pobre en su camino. Pierde a sus amigos... creo que se enamora de otra diosa... papá lo sabía contar mejor seguramente... ¡pero el punto es que Eneas llegó a fundar Roma! Terminó construyendo algo

enorme con lo poco que le dejó el ciego ese de su padre. ¿Entiendes lo que digo, hijito?

ENEAS. (*voltea hacia ella, ya barto*) Sí, entiendo. Mi abuelo viajó del extranjero a este país para que papá se vuelva millonario, seguro robándole a sabe Dios quién... (*infla su pecho*) Y ahora yo, Eneas tercero, debo tomar esa plata y hacer algo con mi triste y miserable existencia. ¿A eso querías llegar?

MADRE. Mira cómo pone palabras en mi boca.

ENEAS. Y tampoco sigas hablando de papá como si fuese Aquiles o Julio César... No es un héroe mitológico... Era un infeliz salvaje que nos trató mal hasta que un día desapareció sin despedirse. Nada más que eso. Yo he visto tu ojo lleno de sangre, inflado y rojo oscuro... he escuchado cómo te golpeaba cuando discutían... En fin. Tú sabes bien por qué no quiero ese dinero, mamá. Te lo dejó a ti: es tuyo.

MADRE. De nuevo con lo mismo. ¿Para qué lo voy a querer yo? Ernesto, dile tú. ¿Queremos medio millón de soles?

PADRASTRO. (*Ernesto duda; no le salen las palabras*) Pero bueno... tampoco puedes obligarlo a...

MADRE. ¿Ya ves? No lo queremos. Y todo lo que dices de papá... Hijito, era otra época. Tú no sabes cómo eran esos tiempos. Eres demasiado joven. Cometió errores, sí. Pero mira qué bien nos fue después.

ENEAS. ¿Cómo puedes defenderlo? ¿No recuerdas lo que hacía contigo?

(*Eneas va hacia su Padrastro, lo coge de la mano y lo sienta a su costado en el sillón. Se levanta el polo para mostrarle cicatrices.*)

MADRE. Diosito santo. ¿No tienes vergüenza?

ENEAS. ¿Y tú? ¿No tienes memoria? Déjame mostrarle... (*le habla al Padrastro*) Seguro nunca te contó lo que él le hacía. De niño intentaba hablarle de esto y mamá se hacía la que no escuchaba. Y no era así solo con ella... Un día me tiró una taza de agua caliente encima. Mira las cicatrices. Mi polo se empapó y la tela hirviendo se pegó a mi pecho. Míralas bien; mamá tuvo que llevarme a la clínica. (*se baja el polo; le habla a su Madre*) ¿No te acuerdas de eso, no? Te hacías la sorda cuando alguien preguntaba cómo me quemé. Y maquillabas mis moretones... ¿cómo puedes defenderlo? No le había hecho nada. Creo que estaba jugando con mi comida... (*se queda colgado varios segundos*) Y luego verlo en televisión, siendo entrevistado; vestido en terno, pulcro y peinado como siempre, mintiendo y evadiendo preguntas... Hasta cuando se fue siguieron las humillaciones: me llamo igual que él, mamá, mi nombre estará mezclado siempre con su vergüenza.

MADRE. Eneas, nadie quiere escuchar esto. Vives ahogado en el pasado. Yo admito que tu padre cometió errores...

(*Entra la Esposa cargando una bandeja con tazas.*)

ESPOSA. ¿Errores, dijo? Señora, son delitos... se le llama abuso.

MADRE. ¿No era que no te ibas a meter? No has escuchado toda la discusión.

ESPOSA. ¿No es siempre la misma discusión?

MADRE. Mejor sirve nomás, preciosa. Y déjame hablar con mi hijo.

(*La Esposa pone la bandeja sobre la mesa. Reparte las tazas mientras conversa.*)

ESPOSA. Eneas me ha contado lo que ese señor le hacía. Yo que usted vomitaría al escuchar su nombre.

(La Madre recibe su té y da un sorbo.)

MADRE. Esto está hirviendo. Puf. Intomable.

ESPOSA. ¿Has visto? No me escucha, Eneas. No quiere. Para ella solo existe su locura y las palabras sagradas de un viejo que le pegaba.

ENEAS. Maya—

ESPOSA. Debe rezarle a ese abusivo todas las noches. Es como tú: piensa que, si no lo hablan, no existe.

MADRE. ¡Por favor! ¿Por qué insisten en hablar de cosas que pasaron hace más de veinte años...? No hay que ser morbosos. Piensen en el futuro. En su futuro, por Dios. (*a la Esposa; va perdiendo energía mientras habla*) ¿Ahora qué pasa? ¿Eres muy buena para tener medio millón de soles? ¿Muy íntegra? A nadie le importa eso: plata es plata. ¿No la necesitan? ¿Quieren estar estancados por el resto de su vida? Este lugar apesta a encerrado. Huele a ropa vieja y cigarrillo. ¿De qué hablan antes de ir a dormir? ¿De lo bien que les va? ¿De lo felices que son? Todavía no es tan tarde. Son jóvenes, Mayita. Todavía pueden cambiarlo... todavía pueden arreglarlo... con ese dinero podrían... podrían intentar...

(La Madre deja de hablar, como si estuviese muy cansada para continuar. No sabemos si está actuando o no. La Esposa parece afectada por sus palabras. Se levanta y se sienta a su costado.)

MADRE. (*débil*) Se creen los muy nobles, pero seguro ni recuerdan cuándo fue la última vez que se pusieron a rezar. Yo en cambio rezo todos los días y voy a misa y le pido a Dios que los haga ver...

ESPOSA. Señora, no crea que no sé lo que el dinero significa. Yo sé. Tal vez me gustaría que Eneas lo acepte, pero tiene que ser su decisión.

Ambas queremos lo mejor para él. Pero más que eso quiero que sea una persona... una persona, señora; no un cuerpo vacío lleno de creencias y palabras que alguien más ha puesto ahí.

(Todos toman de sus tazas sin decir nada. El silencio es incómodo. El Padrastro le habla a la Esposa.)

PADRASTRO. Estás mintiendo...

ESPOSA. ¿Perdón?

PADRASTRO. Lo que dijiste no es en realidad lo que crees. ¿Por qué no sueltas la verdad...?

ESPOSA. ¿De qué hablas?

PADRASTRO. Hablo de que a mí me dijiste que si Eneas tomaba esa plata sería como tragar mierda; como aceptar revolcarse en las cochindadas del padre.

ESPOSA. Nunca dije eso. Estás ebrio.

PADRASTRO. Lo dijiste. No les mientas.

ESPOSA. Ernesto... para.

(Esta última frase es una súplica que el Padrastro respeta. Se nota avergonzado de haber desafiado a la Esposa; ella comparte miradas nerviosas con su marido.

Se quedan callados de nuevo. La Madre le da otro sorbo a su té.)

MADRE. Ya se enfrió. (*a la Esposa y el Padrastro; haciéndose la inocente*) Así que ustedes dos hablan a solas. Eso sí no lo sabía.

(La Esposa no soporta más; se levanta del asiento repentinamente.)

ESPOSA. Eneas, ¿puedo verte en el cuarto, por favor? Necesito hablar.

(Eneas asiente, sin saber bien de qué se trata. Ambos se levantan y caminan al cuarto. Es decir, desaparecen en la oscuridad del lado izquierdo del escenario. La Madre y el Padrastro los miran irse, pero no protestan. Silencio hasta que ella murmura.)

MADRE. Tiene secretos con todos menos conmigo.

(El Padrastro no contesta. La Madre deja su taza de té en la mesa.)

MADRE. En un rato saldrán de nuevo. Eneas dirá que se siente mal... nos pedirán que regresemos en dos o tres días... y vendremos otra vez. Y siempre será lo mismo. *(al Padrastro)* ¿Qué idea le habrás metido a esa niña en la cabeza?

PADRASTRO. Ninguna, Matilde... yo no tengo ideas; solo tomo...

(La Madre saca del bolsillo de su abrigo una petaca con licor. La sirve en la taza de café de Eneas.)

MADRE. Entonces toma esto. Tenerte ebrio es mejor que tenerte hablando.

PADRASTRO. ¿No querrá Eneas su café...?

(Ella se encoge de hombros. El Padrastro toma la taza de Eneas de un solo golpe. El trago parece calmarlo. Se levanta del asiento. Empieza a deambular a través de la sala. La Madre le habla a él, pero en realidad está hablando sola.)

MADRE. Eres una desgracia. ¿Lo sabes? Ni siquiera una desgracia; eres una calamidad; un atropello. Cuando te conocí pensé que podía ayudarte a cambiar, hacer el tiempo ir hacia atrás... veía tus fotos antiguas, en tu uniforme y pensaba que podías ser esa misma persona. Tú

sabes que nunca le caíste bien, ¿verdad? A Eneas, me refiero. Siempre se quejaba de ti. Cuando recién salíamos, me hacía enseñarle los labios para ver si tenía corrido el colorete. Y sus hombros se tensaban cada vez que me abrazabas por detrás... o me besabas la esquinita del labio. No voy a mentir, me gustaba que fuese celoso. Me gustaba porque su odio era hecho a la imagen y semejanza de su padre. Eneas te odiaba porque eras el completo opuesto al hombre que lo engendró: un milico borracho y fracasado; un pobre diablo de esos que papá sangró hasta volverse millonario. Por eso Eneas te detestaba. No soportaba verme contigo. (*pausa*) Ahora odia a su padre. Tal vez tenga razón de odiarlo, pero de más jovencito preguntaba siempre por él. A veces pienso que el país todavía necesita hombres como papá cuidando del resto, trabajando por lo bajo, manteniendo el orden. Si no mira: todo el mundo haciendo lo que quiere y llegando a nada. Decadencia en las calles. Dinero pudriéndose en bóvedas de acero. (*se pierde en sus recuerdos*) Era un niño tan cariñoso. Después de que se fue papá pasamos a vivir a un departamento muy pequeño, parecido a este lugar. El pobre Eneas se pasaba a mi cama todas las noches. A veces se había meado encima, tú sabes que tiene ese problema. Pero más que nada se aparecía en la madrugada y me rogaba para dormir abrazaditos solo porque sí... porque lo hacía feliz... Así de cariñoso era. No sé cuándo cambió. Ahora es un resentido social... (*se da cuenta de lo que hace el Padrastro*) Oye, ¿qué haces? ¿Qué has cogido?

PADRASTRO. Creo que es una estatuilla del Papa Juan Pablo II.

(*El Padrastro ha ido recorriendo la sala hasta llegar a la estantería al lado de la puerta blanca en la pared del fondo. Está examinando la estatuilla.*)

MADRE. No la toques, Ernesto.

PADRASTRO. En la academia teníamos un sargento mayor que era muy cruel. Tenía su oficina llena de estas estatuas. Hasta cuando lo botaron seguimos oyendo su voz. Nos enseñó a disparar el rifle. (*la coge*) Siempre odio estas porquerías...

(Cuando la saca de la estantería inmediatamente empieza a sonar el tema musical que arrancó la escena. La solemne música brota del techo y envuelve a los personajes. Ambos personajes pueden escuchar la música; es diegética.

Hablan gritando.)

MADRE. (se queja del ruido) ¡Ya suelta eso... ¡No lo toques...!

PADRASTRO. ¿Qué?

MADRE. ¡Que lo dejes en su sitio!

(El Padrastro tiene la estatuilla en la mano. Piensa en devolverla a su lugar pero empieza a cantar, por encima de la música.)

PADRASTRO. Qué te importa a ti mi vida...

Qué te importa a ti mi vida...

Si mi vida es así... si mi vida es así...

MADRE. ¡Ernesto, déjalo!

(El Padrastro empieza a bailar torpemente con la estatuilla en la mano mientras canta.)

PADRASTRO. Si he nacido pa' borracho...

Si he nacido pa' borracho...

Qué mierda te importa a ti... qué mierda te importa a ti...

(La Madre no soporta más: se levanta y va hacia él. Lo empuja y le arranca la estatuilla. Vuelve a ponerla en la estantería. La música cesa inmediatamente.

Ella se soba las orejas, adolorida.)

MADRE. Era de su papá. Ya lo ensuciaste.

(Se quedan callados; ambos aturdidos por lo que ha sucedido. Deambulan sin rumbo por el espacio. El Padrastro ahora centra su atención en la puerta blanca, como si la notase por primera vez. Se acerca a ella. La abre. Tras ella solo hay oscuridad...)

PADRASTRO. ¿Y esto...?

(El Padrastro entra a la habitación y desaparece entre las sombras. Se escucha un clic. Una luz muy suave se prende y alumbría la habitación tras la puerta blanca. El Padrastro está junto a una cuna a medio armar en un espacio rosado, que parece ser el cuarto de un bebé. El Padrastro recorre la guardería y sale de ella, extrañado.)

PADRASTRO. No sabía que todavía tenían el cuarto así. Es triste, ¿verdad?

MADRE. Justo a eso me refiero. Los dos siempre viviendo en el pasado, recordando solo cosas malas. Tienes que estar psicótico para querer pasar los días en la mugre del ayer. Y esa esposa que tiene...

PADRASTRO. No es tan distinta a ti.

MADRE. Mejor no hablar de ella. Me acuerdo que, de niño, Eneas le tenía miedo a una chiquilla de su clase. Ya te he contado, le pegaba en los recreos; una vez hasta lo hizo comer lodo. Y todo porque estaba enamorada de él. ¿Te imaginas? Un niño con esa suerte no dura en este mundo. Era obvio que se casaría con la primera mujer que lo alejara de mí...

PADRASTRO. Y por eso me buscaste. Necesitabas un reemplazo. Alguien a quien cuidar.

MADRE. Una mujer siempre busca eso. Es normal. Lo que me molesta es que sean malagradecidos. Como esas enredaderas que crecen abrazadas de un gran tronco. ¿Acaso vive la enredadera si tumban al árbol? Me dan cólera.

PADRASTRO. ¿Por qué no lo dejas entonces? ¿Por qué insistes en ayudarlo?

MADRE. Porque es mi único hijo. Hasta me mataría si le fuese a abrir los ojos. Y además, ¿qué quieres? ¿Que lo deje a él y el dinero quede contigo? ¿Para que lo puedas seguir bebiendo?

PADRASTRO. No he dicho eso.

MADRE. No sé a qué estás jugando con la niña, pero esa plata pertenece a Eneas. Y si no es de Eneas me la llevo yo, que la merezco más que nadie. Los golpes del padre los sufría sola; el desastre que dejó lo terminé criando por mi cuenta. No he tenido más aspiraciones que formar una familia. Bien o mal, ese fue el esposo que elegí; este fue el hijo que engendré. Y si Eneas quiere rechazarme a mí y a su padre, entonces yo también lo rechazo a él. Se dará cuenta de que está solo. Debería permitirse ser egoísta por una vez en su vida, pero quiere quedarse aquí, triste, en esta casa triste, con su esposa triste y su hija muerta. ¡Y mejor! ¿Sabes qué? ¡Mejor! Que se quede hundido en la mediocridad. Yo me llevaré el dinero y al fin estarán solos. ¿Por qué no? Si es lo que quieren, al final: librarse de mí y de ti y del padre, pero seguir viviendo en el pasado. ¿Por qué no? ¿No he sufrido? ¿No me lo merezco? ¿Por qué no podría tenerlo yo? Te lo juro por Diosito santo que si no salen del cuarto en dos minutos voy a tomar ese dinero y largarme. Tal vez lo haga igual. Mientras más hablo, más me gusta la idea. Ese hijo mío es una causa perdida.

(amenaza a Ernesto) Y escucha: si piensas que tendrás un mísero centavo estás equivocado. Con esa plata yo me libero... con esa plata podría ser cualquier cosa... podría ser—

(La Madre se queda callada cuando sale la Esposa del cuarto. Maya se sorprende al ver al Padrastro al lado de la guardería rosada.)

ESPOSA. ¿Qué hacen ahí? ¡Cierra esa puerta!

(El Padrastro se aleja del cuarto. Ella entra apresurada a la guardería, apaga la luz, sale y cierra la puerta blanca. Presiona su frente contra la madera. Eneas sale a la sala. No dice nada. Se le ve pálido y cansado. El Padrastro se le acerca.)

PADRASTRO. ¿Estás bien, hijo?

(La Esposa se aleja de la puerta blanca y le impide el paso al Padrastro.)

ESPOSA. No lo toques.

PADRASTRO. Está bien. Lo siento.

ESPOSA. Solo déjalo en paz.

(La Madre examina de lejos el rostro de Eneas.)

MADRE. ¿Qué ha pasado?

ESPOSA. Su hijo va a hablar.

(Todos miran a Eneas. Él está cabizbajo y sin moverse.)

ESPOSA. ¿Eneas...? (le busca la mirada) Dile a tu madre lo que me dijiste.

ENEAS. (levanta la mirada hacia su Madre y demora en hablar) Voy a firmar los papeles, mamá.

(Silencio. El Padrastro está consternado.)

PADRASTRO. ¿Estás seguro...?

ESPOSA. Sí.

PADRASTRO. Hace un rato no sonaba tan seguro.

ESPOSA. Está seguro.

PADRASTRO. ¿De qué hablaron ahí dentro?

ESPOSA. De nada, Ernesto. Cambió de opinión. Eso es todo.

PADRASTRO. (se siente traicionado) Claro. La gente cambia de opinión.

¿Y tú, Matilde? Hace un rato estabas diciendo que...

MADRE. Hace un rato fue hace un rato. Esto es ahora.

(La Madre suelta una repentina risotada y se acerca a su hijo mientras le habla.)

MADRE. Ya sabía. ¡Gracias a Dios, hijito! Ay, precioso, ¡qué bien! ¿No están bromeando, no? ¿Es de verdad? No sabes lo tranquila que me dejas... Diosito santo. ¿Qué te hizo cambiar de opinión? Ya sabía que recapacitarías. Justo le decía eso a Ernesto, que hoy te notabas convencido. ¿No es cierto, Ernesto? ¿No es cierto que ya sabía? Ay, hijo. Ese dinero puede cambiar tu vida. Puede transformarte. En unos años no sabrás ni por qué dudaste. Ay, precioso. Pero qué feliz me dejas, te juro...

(La Madre abraza a Eneas. Luego lo empieza a guiar hacia la mesa. Las luces que alumbran el escenario se apagan poco a poco mientras el techo se pinta con luces rojas.)

MADRE. Ay, amorcito. Ay, mi rey. Qué contenta pones a tu mami.

(La única luz que va quedando es una cenital que cae al centro del escenario. El techo pintado de tonos rojos. La Madre de Eneas lo dirige hacia esta luz central y lo hace arrodillarse.

Recoge el folder manila del sofá y saca de él los papeles del contrato. Los pone en la mesa, frente a su hijo. Le indica con uñas largas y oscuras.)

MADRE. Solo tienes que firmar aquí y aquí. Después el dinero es tuyo.

(La Esposa y el Padrastro se han ido acercando a ellos por detrás. El Padrastro saca un lapicero del bolsillo de su camisa y se lo entrega a Eneas. Junto a la Madre, ven cómo Eneas lee el contrato, sin decir nada. Todos se inclinan hacia él.

Alumbrados desde arriba y rodeados de oscuridad y un techo encendido de rojo, parecen aves de presa acechando al inocente Eneas, que arrodillado en la mesa nos recuerda a un niño. Las aves de presa le hablan mientras pone el lapicero encima del papel.)

MADRE. Ahora todo cambiará, Eneas. Vas a ver.

PADRASTRO. (no se le nota contento) Serán mucho más felices.

ESPOSA. Es lo mejor que podías hacer, amor.

MADRE. Ya verás que todo mejorará.

PADRASTRO. (seco) Necesitas este cambio. Te va a ayudar.

ESPOSA. Y es lo único que podías hacer. Ya escuchaste a tu madre, Eneas. Aquí no existe el no.

(La luz que los alumbraba se ha ido volviendo cada vez más débil. Ahora se apaga, justo cuando Eneas se inclina para firmar el documento. El escenario queda a oscuras. Escuchamos un lapicero escribiendo en papel. Y luego la voz de Eneas una última vez.)

ENEAS. Todavía puedo arreglarlo. Está roto ahora... pero todavía lo puedo arreglar.

(Silencio.)

III. AFUERA DE ENEAS

(De nuevo nos envuelven los tonos electrónicos del tema musical. Las luces se prenden por completo. Varios técnicos desmantelan el departamento de la anterior escena. Mientras suena la canción, la audiencia verá cómo estos tramoyistas desarman la escenografía del segundo acto y arman la del tercero.

La nueva escenografía es simple: los tramoyistas alzan un teatro en miniatura al centro del escenario. Este “pequeño teatro” consiste en un tabladillo, un fondo pintado de habitación y un telón rojo que se mantiene abierto. Arman también unas escaleras que conectan el escenario con la audiencia. Luego colocan cuatro sillas al frente del pequeño teatro y se van.

Las luces cambian: el pequeño teatro está muy alumbrado mientras el resto del escenario se mantiene a oscuras. La música no ha parado de sonar. Entra a escena el Director. Se saca la casaca y la bufanda y se sienta en una de las sillas. Lee un libreto. La música termina momentos antes de que se escuchen pasos acercarse. El Director deja de leer el libreto.)

DIRECTOR. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

(El Director busca entre la audiencia: se acerca al escenario la Actriz.)

DIRECTOR. Pensé que estaba solo. ¿Qué haces abajo?

ACTRIZ. Estaba durmiendo en los asientos. Llegué hace un rato.

DIRECTOR. Preciosa, no escuché nada. ¿Por qué no subes aquí conmigo?

(La Actriz sube al escenario por la escalera que armaron los tramoyistas. El Director se acerca a ella, le da la mano para que suba y la saluda con un beso en la mejilla. La guía hacia una silla.)

DIRECTOR. ¿Cómo estás, amor? ¿Todo bien? Vamos, toma asiento...
Y no hagas bulla, por favor, que estoy revisando unas escenas.

(La Actriz se sienta. El Director regresa a su silla y revisa el libreto. Hace apuntes con un lapicero. Silencio. Ella se le queda observando.)

ACTRIZ. ¿Vinieron los magos?

DIRECTOR. (no la mira) Ninguno que valga la pena. Creo que al final yo tendré que interpretarlo.

ACTRIZ. No es mala idea.

DIRECTOR. Que el mago sea el padre tiene su lógica, sí. Es él quien domina su memoria. Le podemos dar una vuelta...

ACTRIZ. Y es una escena importante. (*recitando*) Yo no elegí mi nombre.

DIRECTOR. Eso es muy cierto. Yo tampoco elegí el mío. (*deja de leer*) Amor, tengo que revisar estos textos.

(Silencio. Ella se le queda observando.)

ACTRIZ. (*duda antes de hablar*) Tampoco te molestes conmigo... no fue a propósito.

DIRECTOR. ¿Disculpa? (*levanta la mirada hacia la Actriz*) ¿Qué dices?

ACTRIZ. Siento que lo he puesto incómodo pero no quiero que piense que vine temprano adrede, para encontrarlo solo. Le juro que no es algo que haría... me tomo todo esto muy en serio.

DIRECTOR. Yo sé, linda. Por eso te convoqué.

ACTRIZ. Pero... o sea, ¿sí entiendes por qué tendría mis dudas? (*el Director no responde*) Desde hace meses te veo solamente en los ensayos; y aquí no hay tiempo para nada; solo la obra. Me pone nerviosa estar así contigo a solas. No sé qué es lo que piensas de mí.

DIRECTOR. Corazón...

ACTRIZ. Tengo un nombre...

DIRECTOR. Querida: tienes razón. Le has dado en el clavo.

ACTRIZ. ¿A qué te refieres?

DIRECTOR. A que dijiste una verdad absoluta... dijiste: en los ensayos no hay tiempo para otra cosa que la obra. Y esto es un ensayo, o lo será cuando lleguen todos. Así que, por favor, cariño: déjame revisar.

(*La Actriz resopla. El Director sigue leyendo sin preocuparse por ella. Silencio.*)

La Actriz se levanta de su asiento y sube al pequeño teatro.

Abí, mejor iluminada, hace estiramientos y se prepara para el ensayo. Hace ejercicios de vocalización.)

ACTRIZ. (*proyecta su voz y pasa por distintas escalas musicales*) Pa... Pa... Pa... Pa... Pa... Ma... Ma... Ma... Ma... Ma...

(*El Director se distrae.*)

DIRECTOR. Querida...

ACTRIZ. (*se interrumpe*) Lo siento. ¿Te desconcentré...?

DIRECTOR. ¿Qué pasa? ¿Te has molestado conmigo?

ACTRIZ. ¿Por qué me voy a molestar...? ¿Me ha hecho algo acaso?

(*El Director nota el desprecio en su voz y deja el libreto a un lado. Sube al pequeño teatro.*)

DIRECTOR. Escucha, amor. ¿Qué dije cuando te envié el texto? ¿Y de nuevo cuando lo leímos en tu casa? Dije que eras perfecta para el papel, ¿no es cierto? Y que confiaba en ti. Eso es lo único que importa.

Deberías olvidar todo lo demás. (*se acerca a ella y la abraza paternalmente*) Eres tan joven... Lo peor de todo es cómo dejas volar tu mente. Yo nunca hubiera pensado que estás aquí para emboscarme. Es un absurdo. (*rompe el abrazo y le acaricia la mejilla*) Solo haz un gran trabajo, ¿vale?

(*Ella asiente. Dando por terminada la charla, el Director baja del pequeño teatro. La Actriz habla antes de que vuelva a sentarse.*)

ACTRIZ. ¿Y si fue a propósito? ¿Qué harías? (*el Director volteá hacia ella*) Si vine temprano para verte a solas... ¿qué me harías? (*pausa*) Si te digo que, mientras esperaba, estuve pensando en... en qué palabras mágicas decirte para que me cojas aquí de nuevo en el escenario... Dime, ¿te pondrías furioso?

DIRECTOR. Sí.

ACTRIZ. ¿Y qué me harías?

DIRECTOR. Tendría que castigarte.

(*Silencio. La Actriz ha bajado del pequeño teatro y está frente al Director. Se arrodilla. Le empieza a abrir el cierre del pantalón. Una puerta se abre detrás de la audiencia. Entra la Segunda Actriz.*)

SEGUNDA ACTRIZ. ¡Hoooooooo!

(*La Actriz se levanta rápidamente y el Director se arregla la bragueta. La Segunda Actriz se acerca al escenario. La sigue de cerca el Actor.*)

ACTRIZ. Esa vieja siempre arruina todo.

DIRECTOR. (*a la Actriz, en tono confidencial*) Tranquila, amor. Solo recuerda lo que dije... eres perfecta para el papel. La actriz estrella. Lo demás es todo un juego.

*(El Director se acerca a las escaleras que conectan la audiencia con el escenario.
Ayuda a la Segunda Actriz a subir.*

El Actor sube detrás de ella y va a saludar a la Actriz con un efusivo abrazo. El Director habla con la Segunda Actriz, que lo tiene agarrado del brazo.)

DIRECTOR. Te ves hermosa esta mañana, amorcito. Estás hecha una reina.

SEGUNDA ACTRIZ. ¿Tan temprano piropeando? Qué barbaridad.

DIRECTOR. Buenos días, cariño.

(Se saludan con un beso. En el pequeño teatro, el Actor está cargando y dando vueltas a la Actriz mientras la abraza. Se ríen.)

ACTRIZ. ¡Ya para!

ACTOR. Perdóname... no sé por qué, pero hoy tengo ganas de amar a todo el mundo. Me siento ligero, como si hubiera perdido diez kilos.

ACTRIZ. Parece que estás en coca.

ACTOR. Ya quisiera. (*da saltos, entrando en calor*) Llegaste temprano, ¿no? (*hace estiramientos*) ¿No tienes sueño?

ACTRIZ. Me alteran estos ensayos. No puedo dormir.

ACTOR. ¿Y él? ¿Hace tiempo que está acá?

ACTRIZ. No lo sé. Yo llegué luego.

(El Actor sigue haciendo estiramientos. El Director le está sacando el abrigo a la Segunda Actriz mientras conversan.)

SEGUNDA ACTRIZ. Estoy fastidiada contigo.

DIRECTOR. ¿Y ahora qué he hecho? ¿Se puede saber?

SEGUNDA ACTRIZ. No entiendo cómo es posible que me hagas manejar hasta aquí. Con el tráfico como está... Esta ciudad tiene las arterias tapadas. Ahorita se muere y nos pudrimos con ella.

DIRECTOR. (*no le presta atención realmente*) Es horrible, sí.

SEGUNDA ACTRIZ. No se puede estar tranquilo en ningún lado. Hasta cuando no hay personas se escuchan las bocinas...

DIRECTOR. Gracias por recoger al chico, querida. Me hiciste un gran favor.

(*El Director cuelga el abrigo en una silla y la Segunda Actriz se sienta en ella.*)

SEGUNDA ACTRIZ. Ugh. Ni me hagas acordar.

DIRECTOR. ¿Se portó mal?

SEGUNDA ACTRIZ. Trató de sacarle provecho a la situación, digámoslo así. Es peor que tú, creo. Le has enseñado bien.

DIRECTOR. Tampoco exageremos.

SEGUNDA ACTRIZ. Bueno, en todo caso, lo hubieras traído tú. ¿O querías tiempo a solas con tu actriz estrella?

(*El Director le indica que haga silencio con un gesto cariñoso. Luego se acerca al pequeño teatro y aplaude una vez. Los actores le dan su atención.*)

DIRECTOR. A ver, chicos. Buenos días. Ya que los tengo ahí a los dos, pensé que podíamos comenzar con la escena que, hasta hace poco, pensábamos quitar.

ACTOR. ¿Cuál? ¿La confesión de Maya?

SEGUNDA ACTRIZ. ¿De Maya? ¿Quién es Maya?

DIRECTOR. Amor, la esposa de Eneas. (*pausa*) ¿En la obra?

ACTRIZ. (*algo ofendida*) Es mi personaje.

(El Director le hace un gesto casi imperceptible, como indicándole que no busque pelea.)

DIRECTOR. (*a la Segunda Actriz*) A ver, querida... Tú no sales en esta escena. ¿Tal vez puedes leer el guión mientras la hacemos? Como para ir refrescando tu memoria.

(Los actores en el pequeño teatro se están quitando las casacas y las chompas mientras el Director le da el libreto a la Segunda Actriz. Ella pasa las páginas, desinteresada.)

SEGUNDA ACTRIZ. Debe ser la única escena en la que no salgo. ¿Qué pasa? ¿No me quieren dejar jugar? Yo pensé que acá todos se metían con todos.

DIRECTOR. Tan solo quiero probar la escena. Como experimento, nada más. Luego ensayaremos alguna otra contigo. (*les habla a los dos actores*) Sí recuerdan la escena que digo, ¿verdad? Es en el segundo acto. La confesión de la esposa. (*ellos dos asienten*) Perfecto. Entonces ¿les parece si hacemos una de corrido? Pueden interrumpir si quieren, pero lo ideal sería pasarla entera una vez. Para entrar en calor. ¿Suena bien, niños?

ACTRIZ. Suena perfecto.

(Los dos actores se preparan en el pequeño teatro. El Director se sienta en su silla y los observa. La Segunda Actriz está leyendo el libreto, pero se detiene y lo agita en dirección al Director.)

SEGUNDA ACTRIZ. Un poco larga tu obra, ¿no?

DIRECTOR. Todo lo mío es largo. (*ella ríe; él les habla a los actores*) Chicos, no esperen a que yo les marque. Ustedes empiecen cuando estén listos...

(Los dos actores ahora encarnan a Eneas y a su Esposa en el pequeño teatro.

*El Actor/Eneas hace como si cerrara una puerta detrás de él y mira a la Actriz/
Esposa.)*

ACTOR. ¿De qué querías hablar, Maya? No quiero dejar a mamá sola mucho tiempo.

ACTRIZ. Está con Ernesto.

ACTOR. Peor. Ya viste cómo está. Y mamá... no la soporto cuando se pone así. Es como un perro enfermo ladrándome al oído.

ACTRIZ. No deberías dejar que te afecte. Ya eres un hombre, Eneas. Tienes treinta y ocho años.

*(La Segunda Actriz suelta una risotada. El Director le lanza una mirada severa,
mientras los actores siguen la escena en el pequeño teatro.)*

ACTOR. ¿De qué querías hablarme?

ACTRIZ. Ahora no sé si decirte. En serio eres como un niño a veces. Se me hace muy difícil herirte...

ACTOR. (se empieza a preocupar) Maya, ¿de qué querías hablarme?

ACTRIZ. Mírate. Mira esos ojos que tienes. Todavía no he dicho nada y ya te quieres echar a llorar. (*le pasa suavemente la mano por el rostro*) Tantos meses he intentado confesarlo, pero nunca me atreví. Es como dije: eres un niño. No quería verte mal. (*pausa*) Fue tu mamá la que me convenció... fue ella la que... que... (*deja de hablar: ha olvidado de sus líneas*) Espera. Disculpen... ay, qué vergüenza... (*se rinde y le pregunta al Director*) ¿Qué es lo que sigue?

(Sin embargo, no es él quien contesta; la Segunda Actriz lee del libreto.)

SEGUNDA ACTRIZ. (*dramática*) Fue tu madre la que me convenció. Ella lo dijo: podemos cambiar las cosas. Y para mí cambiarlas no significa aceptar la plata y mudarnos a un lugar más grande. Cambiar las cosas...

ACTRIZ. (*sigue con la escena en el pequeño teatro*) Cambiar las cosas significa cambiarlas de verdad. Hacer que escapes de tu madre. Convencerte de que olvides a tu padre... tantas cosas que para mí son imposibles... a menos que te haga ver...

ACTOR. ¿A menos que me hagas ver qué?

ACTRIZ. La cantidad de mentiras que te rodea. No sabes lo que han sido estas semanas. Pensé que toda mi vida estaría así: con náuseas, pensando en si ibas a enterarte o no. Estaba atrapada, Eneas. Pero lo único que debía hacer para librarnos a ambos era confesar...

ACTOR. Maya, me arde el estómago. ¿Confesar qué?

ACTRIZ. Es mejor que te lo cuente. Acércate.

(*La Actriz lo toma de la mano y hace que se siente junto a ella en el suelo, contra la pared pintada de habitación del pequeño teatro. Silencio.*)

ACTRIZ. A veces, cuando te vas en las tardes, veo videos en internet y me masturbo. No es algo que haga siempre. Intenta no centrarte mucho en ese detalle: lo que viene es más importante.

DIRECTOR. (*levanta la mano*) Proyector.

(*El proyector se prende y brillan sobre el pequeño teatro primeros planos del rostro de la Actriz/Esposa mientras se masturba. La escena continúa ininterrumpida.*)

ACTRIZ. Lo que hacía era... echarme en la cama y subir el volumen. No me gusta mucho ver los videos. La mayoría son fantasías idiotas de gringos tristes. Pero... me gusta escuchar. Entonces subo el volumen.

(pausa) Ese día estabas con tu mamá en el doctor. Habías estado con ella desde temprano. Hace meses que Ernesto llegaba borracho al departamento porque no quería llegar donde tu mamá así. A veces venía de noche, a veces de madrugada. Pero llegaba. Esta vez vino a mediodía. Lo eché a dormir en el sillón y me fui al cuarto. Tenía sueño y dormí unas horas... Me despertó el ruido de una puerta cerrándose; la puerta de la entrada. Y me desnudé. (pausa) Pensé que se había ido. La puerta del cuarto estaba cerrada. Puse el volumen muy alto y empecé a tocarme.

(Ahora el proyector muestra el rostro del Director/Padrastro con la oreja pegada a una puerta. Escuchando, sudoroso.)

ACTRIZ. No sé cuánto tiempo pasó antes de que lo note, pero lo noté. Más bien lo sentí. Estaba tras la puerta. Escuchando. (*empieza a lagrimar*) Y mi vergüenza debería ser infinita, y lo es, Eneas, pero yo seguía tumбada en la cama, desnuda, sintiendo mi cuerpo arder; quemándome en el infierno de mi orgasmo. Grité.

ACTOR. ¿Gritaste...?

ACTRIZ. Contigo nunca hago eso. Contigo nunca hago escándalo. Pero sola siento que puedo gritar... (pausa larga) Yo siempre quiero gritar. Ahora mismo quiero gritar. Pero es cuando estoy sola que puedo hacerlo. Así que me masturbo. Y grito mucho. Ernesto me tiene que haber escuchado. Debe haber escuchado todo, en realidad: el porno, mis gritos, hasta lo mojada que estaba. (pausa) Cuando abrí la puerta ni me podía mirar a los ojos...

(La Segunda Actriz se prende un cigarrillo. El Director se distrae con esto.

La escena sigue corriendo. El proyector ahora muestra imágenes del escote de la Actriz/Esposa.)

ACTRIZ. Yo salí a recibirlo vestida en mi bata. Con medio seno al aire, como dice tu mamá. Mi cara seguía roja del orgasmo.

ACTOR. ¿Se dio cuenta de que habías...?

ACTRIZ. (*lo interrumpe*) Yo se lo conté. Comenzamos a hablar... Fue como si lo viese por primera vez. Es verdad que es un borracho. Es verdad que no vale nada. Pero aunque sea es honesto. No sé qué ceguera habrá curado ese orgasmo, Eneas, pero lo veía noble; aunque sea, comparado contigo o con tu madre o el otro viejo. ¿Cómo es que cantaba...?

Si he nacido pa' borracho...

Si he nacido pa' borracho...

Qué mierda te importa a ti...

ACTRIZ (CONT.). (*ríe suavemente y luego se pone muy serie*) Es un idiota. Yo lo sé. Pero sentía unas ganas terribles de ser abierta con él. Me di cuenta de que me escuchaba...

(*El Director se levanta. Los actores en el pequeño teatro interrumpen su escena.*)

DIRECTOR. Lo siento, chicos, pero no puedo. (*a la Segunda Actriz*) ¿Tienes que fumar esa basura aquí? ¿Y durante el ensayo, para colmo?

SEGUNDA ACTRIZ. Dios mío, perdóname. Ahorita lo apago...

(*El proyector se apaga. La Segunda Actriz da unas pitadas al cigarrillo y luego lo pisa con sus tacones.*)

DIRECTOR. Tú sabes que estoy intentando no fumar. Y se me hace difícil, querida, si mi actriz me tira humo en los ensayos.

SEGUNDA ACTRIZ. Si vas a estar así, mejor fúmate uno. A tu edad da igual.

ACTRIZ. No es solo eso. Interrumpes todo...

SEGUNDA ACTRIZ. Ay, por favor, casi me quedo dormida. No está funcionando. ¿O ustedes piensan que sí?

ACTRIZ. No puedo creerlo. Ahora va a criticar nuestro trabajo. (*al Director*) ¿No vas a decir algo?

DIRECTOR. A ver, chicos. Mejor hay que calmarnos.

ACTRIZ. Aunque sea que argumente.

ACTOR. No le des cuerda, quiere hablar nomás.

ACTRIZ. Que hable, entonces, pero que argumente.

ACTOR. Tú ríete nomás; no la escuches.

SEGUNDA ACTRIZ. Primero, niño, que no lo digo en afán de ofender a nadie. Es un consejo: siento que falta atmósfera. Eso es todo. Segundo que, según entiendo, esta niña se ha guardado esto por meses. Años, en verdad. ¿Toda esa basura escondida y lo único que hace es echarse a llorar mientras lo cuenta?

ACTRIZ. Se le hace difícil. Le está confesando que se acuesta con su padrastro.

SEGUNDA ACTRIZ. Pero no es tan fácil, querida. Y no es tan simple... (*al Actor*) A ver, Eneas. Levántate.

(*El Actor se levanta. La Segunda Actriz le habla al Director mientras se para de su silla y sube al pequeño teatro.*)

SEGUNDA ACTRIZ. ¿Recuerdas la vez que pusimos *Un Gato sobre el tejado caliente* en el Teatro Nacional? Tú interpretaste a Paul Newman y yo era Maggie la Gata. ¿Te acuerdas?

DIRECTOR. Sí, claro. ¿Pero a qué viene esto?

SEGUNDA ACTRIZ. Es lo que falta. Lo que teníamos en esa obra. Recuerdo que nuestras escenas las llenabas de una carga sexual tremenda,

como si entre más se repudiasen los personajes, más ganas tuvieran de coger. Y en esta escena, la esposa obviamente está intentando hacer que Eneas reaccione. De cualquier manera, no le importa cómo. ¿Ciento? Y estaba pensando...

(La Segunda Actriz le indica al Actor que se acerque a ella. Él la obedece. Ella se inclina hacia él y lo coge de la cintura. Soba su pecho mientras habla con el Director.)

SEGUNDA ACTRIZ. La esposa cuenta esos detalles; cuenta que se está tocando y que le excita que el padrastro escuche; cuenta que grita cuando está a solas. ¿Por qué es tan explícita? ¿No creen que, de cierta manera, está intentando seducirlo? ¿Excitarlo?

(La Segunda Actriz acerca su rostro al del Actor. Él disfruta el juego y le busca la boca. Ella lo evita y habla mientras coquetean así.)

SEGUNDA ACTRIZ. (*se mete en el personaje*) Tal vez quiere saber si Eneas todavía la desea. Tal vez mientras le cuenta cómo conversó con su padrastro y terminó seduciéndolo... mientras le cuenta cómo él la tomó... en la misma cama que su esposo... tal vez empiezan a acercarse... tal vez Eneas lo empieza a disfrutar...

(La Segunda Actriz besa al Actor en el cachete. Él aprovecha y la besa en la boca. Es un beso largo. Luego se sueltan. Él ríe y se aleja de ella. Ella mira triunfante al Director.)

SEGUNDA ACTRIZ. ¿Entienden a qué me refiero?

(La Actriz se levanta y camina al borde del pequeño teatro a protestar.)

ACTRIZ. La última vez hicimos la escena así, como la estamos interpretando. No entiendo por qué viene ella a cambiar las cosas.

DIRECTOR. Por algo la quitamos. No funciona.

ACTRIZ. ¿Le estás dando la razón?

DIRECTOR. No lo sé.

SEGUNDA ACTRIZ. ¿Probarán mi idea, entonces? (*al Actor*) ¿Tú qué piensas, niño? Siento que no estás acá. ¿No hablas, acaso? ¿Solo das besos?

ACTOR. Yo no sé nada ni me importa. Esas cosas se las dejo a mi director.

SEGUNDA ACTRIZ. (*al Director*) ¿Y qué dice el director?

(*El Director suspira. Se sienta de nuevo en su silla. Se le ve pensativo y preocupa- do. Por fin contesta.*)

DIRECTOR. Yo tampoco sé.

(*El Actor y la Actriz comparten miradas preocupadas. Bajan del pequeño escenario y se arrodillan a los pies del Director, como dos niños buscando consuelo de su padre.*)

DIRECTOR. No sé qué hacer con esta obra. ¿A quién le importa un personaje así de cobarde? La obra lo obliga a tomar el dinero, lo quiera o no. Hasta cuando se libera es porque la esposa confiesa su traición, no porque nazca de él. Yo hace varios años entendí que estaba solo. Cuando entiendes eso es que logras romper cadenas. Entonces digo: ¿a quién le importa un personaje así de blandengue? No lo sé.

ACTOR. Pero tú siempre sabes.

ACTRIZ. Nos tienes que decir qué hacer.

DIRECTOR. Tal vez pasemos el texto una vez más. Probando lo que ella dice.

(La Actriz se levanta, molesta. La Segunda Actriz disfruta de la luz del pequeño teatro.)

ACTRIZ. Tú sabes que solo está buscando criticarme.

DIRECTOR. Linda, ¿qué nos cuesta una pasada con la carga sexual que sugiere? Puede que haya algo ahí.

ACTRIZ. ¿Sabes qué dicen de ella en mi escuela? Que solo la llamas porque solían ser pareja. Que nadie más la quiere ver, que solo tú le das trabajo.

SEGUNDA ACTRIZ. A las muchachas envidiosas les encanta esparcir rumores falsos...

ACTRIZ. ¿Me vas a decir que no es verdad? Con lo poco profesional que eres, tiene sentido que solo te llamen tus viejos amantes. Estarías sin trabajo si no fuese porque de joven te acostaste con todo el mundo.

ACTOR. (se divierte) Ahora sí la cagaste...

DIRECTOR. Por favor. Ya es suficiente.

SEGUNDA ACTRIZ. Déjala. Ahora que es tu chiquilla, se cree que es intocable, que puede hablar lo que le da la gana.

ACTRIZ. (se le nota algo nerviosa) ¿Su chiquilla...? ¿De qué hablas?

SEGUNDA ACTRIZ. Ahora se hace la loca. ¿Por qué mejor no maduras? Somos actores, querida: aprende a amar tus escándalos en vez de esconderlos.

ACTRIZ. No me hago la loca, eres tú, que estás senil. Hablando estupideces sin fundamento. Pregúntale a él, si no me crees...

DIRECTOR. Esto es ridículo. No ha pasado nada entre nosotros, querida.

SEGUNDA ACTRIZ. ¿Y a ti te voy a creer, tremendo proxeneta? (*le habla al Actor*) A ver. Tú, niño. ¿Has visto algo?

ACTOR. No. (*duda antes de hablar*) Pero...

ACTRIZ. ¿Pero qué?

ACTOR. ...es que se nota que babeas por él.

(*El Director se levanta de su asiento para poner fin al asunto.*)

DIRECTOR. Ya, estamos aquí para trabajar; no para chismosear de quién está con quién o de si Juan besó a Pérez. ¿Podemos seguir con el ensayo, por favor? Esta conversación no ayuda en nada. Ya bájate de ahí. Déjalos pasar de nuevo la escena.

(*La Segunda Actriz hace una leve reverencia antes de bajar del pequeño teatro.*)

SEGUNDA ACTRIZ. Pero primero hay que amistarnos.

(*Se acerca y abraza a la Actriz, quien se mantiene tiesa.*)

SEGUNDA ACTRIZ. Somos amigas, ¿verdad?

ACTRIZ. Supongo que sí.

SEGUNDA ACTRIZ. Si somos amigas, dame un beso.

(*Incómoda, la Actriz le da un beso en la mejilla a la Segunda Actriz. Se separan.*

El Director vuelve a sentarse. Los dos actores jóvenes suben al pequeño teatro.

La Segunda Actriz vuelve a su silla.

El Director alza una mano. El proyector se prende para mostrar los primeros planos de la Actriz/Esposa masturbándose.)

DIRECTOR. Retomemos desde el comienzo de la confesión. «Ese día estabas con tu mamá en el doctor...»

(La Actriz y el Actor se sientan de nuevo en el pequeño teatro. Comienzan a actuar.)

ACTRIZ. Ese día estabas con tu mamá en el doctor. Habías estado con ella desde temprano. Hace meses que Ernesto llegaba borracho al departamento porque no quería llegar donde tu mamá así. A veces venía de noche, a veces de madrugada. Pero llegaba. Esta vez vino a mediodía. Lo eché a dormir en el sillón y me fui al cuarto. Tenía sueño y dormí unas horas... Me despertó el ruido de una puerta cerrándose; la puerta de la entrada. Y me desnudé. (*pausa*) Pensé que se había ido. La puerta del cuarto estaba cerrada. Puse el volumen muy alto y empecé a tocarme.

(Ahora el proyector muestra el rostro del Director/Padrastro con la oreja pegada a una puerta. Escuchando, sudoroso.)

La Actriz habla lentamente, simulando disfrutar lo que está confesando.)

ACTRIZ. No sé cuánto tiempo pasó antes que lo note, pero lo noté. Más bien lo sentí. Estaba tras la puerta. Escuchando. (*aprieta sus piernas juntas*) Y mi vergüenza debería ser infinita, y lo es, Eneas, pero yo seguía tumbada en la cama, desnuda, sintiendo mi cuerpo arder; quemándome en el infierno de mi propio orgasmo. (*respira lentamente y cierra los ojos*) Grité.

ACTOR. (*tiene la boca seca*) ¿Gritaste...?

ACTRIZ. Contigo nunca hago eso. Contigo nunca hago escándalo. Pero sola siento que puedo gritar... (*ahora está jadeante*) Yo siempre quiero gritar. Ahora mismo quiero gritar. Pero es cuando estoy sola que puedo hacerlo. Así que me masturbo. Y grito mucho. Ernesto me tiene que haber escuchado. Debe haber escuchado todo, en realidad: el por-

no, mis gritos, hasta lo mojada que estaba. (*mira fijamente al Actor/Eneas*)
Cuando abrí la puerta ni me podía mirar a los ojos...

(*La Actriz coloca su cabeza en el hombro del Actor. Cierra los ojos y abre la boca como si gritase; soba su mejilla contra él como si buscara darle un beso pero no se atreviese.*)

SEGUNDA ACTRIZ. (*susurrando*) ¡Muy bien!

(*El Director le indica que se calle. La escena sigue en el pequeño teatro.*)

ACTRIZ. Yo salí a recibirlo vestida en mi bata. Con medio seno al aire, como dice tu mamá. Mi cara seguía roja del orgasmo...

ACTOR. ¿Se dio cuenta de que habías...?

ACTRIZ. (*se acerca a su oído*) Yo se lo conté. (*se aleja y abre su camisa para mostrar más escote*) Comenzamos a hablar... Fue como si lo viese por primera vez. Es verdad que es un borracho. Es verdad que no vale nada. Pero aunque sea es honesto. No sé qué ceguera habrá curado ese orgasmo, Eneas, pero lo veía noble; aunque sea comparado contigo o con tu madre o el otro viejo. (*jala el rostro del Actor/Eneas hacia su pecho; él se hunde en ella*) ¿Cómo es que cantaba...?

Si he nacido pa' borracho...

Si he nacido pa' borracho...

Qué mierda te importa a ti...

(*Ha cantado la copla como si se tratase de una canción de cuna. El Actor tiene el rostro en el pecho de ella.*)

ACTRIZ. Es un idiota. Yo lo sé. Pero sentía unas ganas terribles de ser abierta con él. Me di cuenta que me escuchaba...

(La escena sigue corriendo. El proyector ahora muestra imágenes del escote en la bata de la Actriz/Esposa.)

ACTRIZ. Teníamos cosas en común. Ambos atrapados contigo en esta maldita familia. Eneas y ese tonto mito griego. No sé por qué sentí ganas de besarlo, de cogerlo por las canas y meter mi lengua en su boca... no sé qué habrá pasado por mi cabeza... (*le hace cariño al Actor*) Hacía mucho tiempo que alguien me entendía.

ACTOR. ¿Yo no te entiendo...?

ACTRIZ. Sí, bebé.

(El proyector ahora muestra a la Actriz/Esposa teniendo sexo con el Director/ Padrastro con primeros planos de sus rostros extasiados.)

ACTOR. ¿Yo no te escucho...?

ACTRIZ. Sí, bebé. Pero no como él. (*toma la mano del Actor y la coloca en su entrepierna*) Lo terminé llevando al cuarto con alguna excusa que no recuerdo. Y ahí me hizo el amor. Y grité, Eneas. Grité como cuando estoy sola. Grité y me escucharon...

(El Actor aleja su mano de la entrepierna con un movimiento brusco. Evita la mirada de la Actriz. Parece a punto de llorar.

Ella le volteó el rostro, tocándole la mejilla cariñosamente. Se miran profundamente.)

ACTOR. ¿Cuánto tiempo...?

ACTRIZ. Tres meses.

(Se besan con fuerza. Él pasa sus manos por el cuerpo de la Actriz. Frente al pequeño teatro, la Segunda Actriz ha comenzado a soltar ligeros sonidos nasal-

les. Parece que está llorando.

(En el pequeño teatro, los actores rompen el beso. Él habla primero.)

ACTOR. Te odio.

(Se apaga el proyector. La escena continúa.)

ACTRIZ. Yo no te odio. Te amo, a mi manera. Pero no podemos estar juntos. Por eso debes tomar el dinero, Eneas. Toma esa plata y escápate. Escápate de mí y escapa de tu madre. Escapa de todos estos sucios secretos. ¿No entiendes? Ernesto quiere llevarse el dinero y llevarme a mí y dejarte aquí con tu madre. Si pasa eso, jamás saldrás. Seguiremos así hasta que alguien muera. (*lo besa en la mejilla*) Ahorita tu vida está estancada, pero puedes cambiarla...

(Se hace imposible ignorar el llanto de la Segunda Actriz. Ahora está sollozando, temblando y sin poder hablar. El Director la mira.)

DIRECTOR. ¿Cariño, pasa algo?

ACTOR. ¿Se encuentra bien, señora?

SEGUNDA ACTRIZ. (*no se le entiende*) Sigan, nomás. Sigan...

DIRECTOR. ¿Cómo que «sigan»? Estás llorando como huérfana, ¿y quieres que sigan? Se supone que esto es una comedia.

SEGUNDA ACTRIZ. (*todavía llorando, pero sincera*) Todo salió muy bien. Deberían seguir actuando nomás... todo está perfecto...

DIRECTOR. (*tratando de no perder la paciencia*) A ver, chiquillos. Espérennos un minuto. Tengo que hablar con la actriz estrella... (*se le acerca a la Segunda Actriz*) A ver, preciosa. Vayamos por airecito.

(El Director ayuda a caminar a la SEGUNDA Actriz. La saca del escenario por las escaleras que llevan a la audiencia. Caminan hasta salir por la puerta que está detrás de los espectadores.

Los dos actores jóvenes se quedan sentados en el pequeño teatro. Cuando los otros se han alejado lo suficiente, el Actor volteá hacia ella.)

ACTOR. ¿Esto es una comedia?

(Los dos ríen con ganas. Luego se quedan callados.)

ACTRIZ. Deberíamos repasar la escena.

ACTOR. Creo que esta última salió bien. Tenía razón la vieja.

ACTRIZ. Es una insoportable.

ACTOR. Es vieja. Te tiene envidia porque en cinco a diez años estará muerta y tú en la mejor etapa de tu carrera. Y en unos años, tú te habrás transformado en ella y habrá ya otra jovencita esperando tomar tu puesto.

ACTRIZ. Tengo que aprovechar el tiempo que me queda entonces.

ACTOR. Sí. No te la pases discutiendo con dinosaurios. Solito, el mundo los va descartando.

ACTRIZ. (*le divierte*) Descartando. Qué hijo de puta...

ACTOR. Hablo de lo que veo. Hijo de puta, me dices. Mi vieja era una santa. (*pausa*) ¿Quieres que te cuente algo divertido?

ACTRIZ. Dilo.

ACTOR. Trató de tocarme, en el carro. Cuando me trajo. Puso su mano en mi entrepierna y empezó a sobarme, de lo más conchuda. Me estaba hablando de cualquier otro tema mientras manejaba y sobaba mi pinga por encima del pantalón. Le pedí que se detenga.

ACTRIZ. ¿Y qué te dijo ella? La humillaste.

ACTOR. Se humilló a sí misma. Hizo como si no hubiera pasado nada. Yo no lo volví mencionar...

ACTRIZ. Es patética.

ACTOR. Tampoco sé si es para tanto. En otras circunstancias hubiese sido más receptivo...

ACTRIZ. No hablas en serio. ¿Estarías con ese sapo inflado?

ACTOR. (se encoge de hombros) ¿Por qué no? Experiencia tiene, al menos.

ACTRIZ. ¡Qué asco!

(La Actriz coge la estatuilla del Papa Juan Pablo II que está entre la escenografía y se la pone en la entrepierna. Empieza a perseguir al Actor como si fuese a violarlo con ella. Juegan así un rato hasta que terminan revolcándose en el suelo.)

El Actor termina encima de ella. Hasta parece que podrían besarse.)

ACTRIZ. Eres desagradable.

ACTOR. Y tú conchuda. ¿Cuántos años te lleva él?

ACTRIZ. (se molesta y lo aleja) ¿En verdad piensas que me lo estoy tirando?

ACTOR. No lo sé. Tampoco es mi problema.

ACTRIZ. ¿Y por qué sería un problema?

ACTOR. No sé, dime tú. ¿Para ti no es un problema meterte con él?

ACTRIZ. No me he metido con nadie... lo único que hace esa mujer es botar bilis. No sabe ni lo que dice. Lo peor es que da pena hablar así de ella. Antes la admiraba, pero ahora que la conozco es imposible tomarla en serio. Y esa reputación que tiene... la vida le está cobrando sus cagadas.

ACTOR. Todos dejamos que el pasado nos condene.

ACTRIZ. Poeta, resultaste. (*se ofusca*) Y si pasó algo, ¿qué tiene de malo? Ya está olvidado. No le importa a nadie.

ACTOR. A ti te importa. (*se encoge de hombros*) No sé, amiga... (*se queda colgado varios segundos*) Yo dejé de ver a mi familia muy joven. Para irme debía dejarlos por completo. Ahora no sé dónde estarán. Ellos no me buscan y yo tampoco los busco a ellos. Tal vez cuando esté viejo y olvidado, como esos dos, extrañaré tener familia; extrañaré tener seres que me amen incondicionalmente, personas que se preocupen por mí sin importar las veces que los traicione o decepcione. Tal vez algún día los eche de menos. Pero por ahora estoy solo y, para mí, esa es la única forma de existir. Estar solo. Sin dejar que metan mano a tu destino. (*pausa*) ¿Qué importa si te acostaste con el director o no? ¿Qué importa si la vieja se entera? A fin de cuentas ya pasó, está olvidado, no le importa a nadie. Eres joven, puedes hacer lo que quieras y tener a quien quieras. Con tal de que no dependas de nadie.

(Silencio. La Actriz se levanta. Se empieza a estirar, sacándose conejos de la espalda.)

ACTRIZ. Pasemos la escena de nuevo. ¿Desde el principio, vale?

(El Actor también se levanta. Va hacia su posición inicial y de nuevo hace como si cerrara una puerta invisible. Eso indica el comienzo de la escena.)

ACTOR. ¿De qué querías hablar, Maya? No quiero dejar a mamá sola mucho tiempo.

ACTRIZ. Está con Ernesto.

ACTOR. Peor. Ya viste cómo está. Y mi mamá... No la soporto cuando se pone así. Es como un perro enfermo ladrándome al oído.

ACTRIZ. No deberías dejar que te afecte. Ya eres un hombre, Eneas. Tienes treinta y ocho años.

ACTOR. ¿De qué querías hablarme?

ACTRIZ. Ahora no sé si decirte. En serio eres como un niño a veces. Se me hace muy difícil herirte...

ACTOR. (*se empieza a preocupar*) Maya, ¿de qué querías hablarme...?

ACTRIZ. Mírate. Mira esos ojos que tienes. Todavía no he dicho nada y ya te quieres echar a llorar. (*le pasa suavemente la mano por el rostro*) He estado tratando de confesar estos últimos meses, pero nunca me atreví. Es como dije: eres un niño. No quería verte mal. (*pausa*) Fue tu madre la que me convenció. Ella lo dijo: podemos cambiar las cosas. Y para mí cambiarlas no significa aceptar la plata y mudarnos a un lugar más grande. Cambiar las cosas significa cambiarlas de verdad. Hacer que escapes de tu madre. Convencerte de que olvides a tu padre... tantas cosas que para mí son imposibles... a menos que te haga ver...

ACTOR. ¿A menos que me hagas ver qué?

(*Se abre la puerta detrás de la audiencia. Entran de vuelta el Director y la Segunda Actriz.*

(En el pequeño teatro, el ensayo sigue, pero estamos más concentrados en la conversación de estos dos mientras se abren paso a través de la audiencia.)

DIRECTOR. No puedes ponerte así, preciosa. Me haces preocuparme por gusto.

SEGUNDA ACTRIZ. No sé qué me pasa últimamente. Se me mete el diablo y no controlo lo que hago. Termino haciendo el ridículo...

DIRECTOR. No has hecho el ridículo. Tienes que tomarlo con más calma, nada más. Esos niños te admirán, ¿sabías?

SEGUNDA ACTRIZ. Me odian. Especialmente la niña. Yo no entiendo cuándo me transformé en la bruja que dice que soy. La gente habla de mí y susurra que he cambiado, pero yo nunca me di cuenta. Me siento igual. Me gustaría tener treinta de nuevo...

DIRECTOR. ¿Recuerdas cómo vivíamos?

SEGUNDA ACTRIZ. Tal vez eso es lo que extraño. Tener hambre. (*se entristece*) Últimamente me siento tan sola... no tengo a nadie. Antes tenía docenas de amantes. Después te tuve a ti. Y ahora a nadie. Tal vez debí tomar esa oferta de trabajo en España. ¿Te acuerdas? Me quedé para estar contigo. Ahí sellé mi destino.

DIRECTOR. Cariño, escucha, no es el momento de zambullirse en errores del pasado. Estamos ensayando. Tienes que vivir con tus decisiones y seguir avanzando, con el rostro al ras del suelo, hacia delante.

SEGUNDA ACTRIZ. Pero se me acaba el camino.

DIRECTOR. Tú sigue. (*se distrae*) ¿Qué hacen esos dos? ¿Ensayando sin mí? (*se voltea hacia la audiencia*) ¡Proyector...!

(*Se prende el proyector. Brilla encima de los dos actores en el pequeño teatro. Ellos están sentados contra la pared. La Actriz/Esposa le habla al Actor/Eneas mientras vemos imágenes del rostro orgásmico de ella.*)

ACTRIZ. Me despertó el ruido de una puerta cerrándose; la puerta de la entrada. Y me desnudé. (*pausa*) Pensé que se había ido. La puerta del cuarto estaba cerrada. Puse el volumen muy alto y empecé a tocarme...

(*Ahora el proyector muestra el rostro del Director/Padrastro con la oreja pegada a una puerta. Escuchando, sudoroso.*)

ACTRIZ. No sé cuánto tiempo pasó antes que lo note pero lo noté. Más bien lo sentí. Estaba tras la puerta. Escuchando. (*aprieta sus piernas juntas*) Mi vergüenza debería ser infinita, y lo es, Eneas, pero yo seguía tumbada en la cama, desnuda, sintiendo mi cuerpo arder; quemándome en el infierno de mi orgasmo. (*respira lentamente y cierra los ojos*) Grité.

ACTOR. (*tiene la boca seca*) ¿Gritaste...?

ACTRIZ. Contigo nunca hago eso. Contigo nunca hago escándalo. Pero sola siento que puedo gritar... (*ahora está jadeante*) Yo siempre quiero gritar. Ahora mismo quiero gritar. Pero es cuando estoy sola que puedo hacerlo. Así que me masturbo. Y grito mucho. Ernesto me tiene que haber escuchado. Debe haber escuchado todo: el porno, mis gritos, hasta lo mojada que estaba. (*mira fijamente al Actor/Eneas*) Cuando abrí la puerta ni me podía mirar a los ojos...

(*El Director va a subir al escenario, pero la Segunda Actriz lo detiene.*)

SEGUNDA ACTRIZ. Espera. Quiero seguir hablando...

DIRECTOR. ¿Ahora qué pasa?

(*En el pequeño teatro, la Actriz continúa.*)

ACTRIZ. Yo salí a recibirlo vestida en mi bata. Con medio seno al aire, como dice tu mamá. Mi cara seguía roja del orgasmo.

ACTOR. ¿Se dio cuenta que habías...?

ACTRIZ. Yo se lo conté. Comenzamos a hablar... Fue como si lo viese por primera vez. Es verdad que es un borracho. Es verdad que no vale nada. Pero aunque sea es honesto. No sé qué ceguera habrá curado ese orgasmo, Eneas, pero lo veía noble; aunque sea comparado contigo o con tu madre o el otro viejo. ¿Cómo es que cantaba...?

Si he nacido pa' borracho...
Si he nacido pa' borracho...
Qué mierda te importa a ti...
Es un idiota. Yo lo sé— (*se interrumpe*) Espera. ¿Te molesta si cierro el telón? El proyector me da dolor de cabeza.

(*La Actriz se levanta. Va hacia un extremo del pequeño teatro y jala una pita. La tela roja del telón en miniatura se empieza a cerrar hasta cubrirlos del todo. Ahora las imágenes del proyector caen en la tela. En los peldaños que suben al escenario, el Director ha habla con la Segunda Actriz.*)

SEGUNDA ACTRIZ. Solo quiero que me prometas una cosa.
DIRECTOR. Lo que quieras. Cualquier cosa con tal que la obra salga bien.

SEGUNDA ACTRIZ. Dime que no te estás acostando con ella.
DIRECTOR. ¿Y ahora me vienes con melodramas? (*se da cuenta de que han bajado el telón*) ¿Por qué han cerrado el telón? Cariño, tengo que subir a ensayar esta bendita escena...

SEGUNDA ACTRIZ. Por favor, espera: solo dime que no te estás acostando con la niña. Puedo tolerar cualquier cosa: que no me devuelvas las llamadas, que me hagas trabajar por una miseria... hasta te tolero que me pongas siempre de vieja renegona... (*se le quiebra la voz*) Pero no podría seguir si te la estás tirando. Se parece a mí de joven. Me da miedo.

DIRECTOR. (*se acerca a ella y la abraza*) Tranquila, amor. Está bien. Te prometo que nunca me acosté con la muchacha... tampoco planeo hacerlo... tranquila, corazón...

SEGUNDA ACTRIZ. (*lo abraza de vuelta*) Sé que estás mintiendo... pero estamos muy viejos para decir solo verdades.

(El Director la consuela mientras que ella llora silenciosamente.

Las imágenes siguen reproduciéndose en la tela roja del pequeño teatro.)

DIRECTOR. ¿Qué te parece si subimos? Podemos ensayar alguna escena en la que salgas tú. ¿Qué dices, amorcito? ¿Sigues siendo mi actriz estrella, verdad?

(Ella asiente. Suben los peldaños. La Segunda Actriz se sienta en su silla, cansada.

El Director sube al pequeño teatro. Jala de una pita que hace que el telón se vuelve a abrir. Los dos actores siguen repasando la escena: se están besando apasionadamente.

El Director y la Segunda Actriz observan la escena en silencio, sin moverse.)

ACTOR. (se aleja de sus labios) Te odio.

(El proyector se apaga. Continúa la escena.)

ACTRIZ. Yo no te odio. Te amo, a mi manera. Pero no podemos estar juntos. Por eso debes tomar el dinero, Eneas. Toma esa plata y escápate. Escápate de mí y escapa de tu madre. Escapa de todos estos sucios secretos. ¿No entiendes? Ernesto quiere llevarse el dinero y llevarme a mí y dejarte aquí con tu madre. Si pasa eso, jamás saldrás. Seguiremos así hasta que alguien muera. (lo besa en la mejilla) Ahorita tu vida está estancada, pero puedes cambiarla... (pausa) La suerte nos lanza a un hoyo apenas nacemos. Se nos hace tan difícil salir de ahí y comenzar a vivir en serio. Acá tienes una oportunidad de salvarte. Nosotros solo somos cadenas: es tiempo de que nos sueltes. Toma el dinero, Eneas. Y corre.

(El Actor empieza a sollozar en el pecho de la Actriz. Ella lo consuela.)

ACTRIZ. Ya, bebecito. Tranquilo. Estate tranquilo...

(Él sigue llorando mientras ella le da besos en la cabeza. El Director camina hacia ellos y los ve actuar desde cerca, ensimismado con sus performances.)

ACTRIZ. No pasa nada. Ahora termina, bebé. Ya va a terminar...

(El Actor llora por unos momentos más hasta que ambos quedan quietos. La escena ha terminado.)

La Segunda Actriz empieza a aplaudir desde su asiento. El Director también aplaude.)

DIRECTOR. Muy bien, chicos. Lo han hecho perfecto.

SEGUNDA ACTRIZ. Pero qué talento.

DIRECTOR. Se nota que están metidos en su personaje...

ACTOR. *(se seca las lágrimas, algo avergonzado)* Gracias. ¡Uf! Me cansé.

ACTRIZ. *(el Director la ayuda a levantarse)* Creo que todavía podemos mejorar, pero ha salido bien, ¿verdad?

(La Actriz termina muy cerca del Director al levantarse. Comparten un momento cargado de tensión que la Segunda Actriz no puede ignorar. Esta vez la Actriz no intenta disimularlo.)

ACTRIZ. ¿Usted qué cree, señora? ¿Le gustó?

SEGUNDA ACTRIZ. *(fría)* Estuvo muy bien.

DIRECTOR. Ha sido exquisito. ¿Les parece si ya pasamos a otra escena?

ACTOR. *(se levanta del suelo y se estira)* Por favor. Esta es muy densa.

DIRECTOR. ¿Qué tal si bajamos un rato, a ver qué otra podemos pasar? Alguna con la Madre estaría bueno.

(*Los tres bajan del pequeño teatro y se sientan en las sillas a revisar sus libretos. A la Segunda Actriz se le ve ofuscada. Está excluida de la conversación.*)

DIRECTOR. A ver. ¿Qué les parece este pasaje del segundo acto, cuando Eneas muestra las cicatrices a su padrastro?

ACTRIZ. (*recita su línea dramáticamente*) «¿Errores, dijo? Señora, son delitos... se le llama abuso.»

DIRECTOR. Esa misma. ¿Les parece?

ACTOR. (*se encoge de hombros*) Por mí está bien la que tu quieras. (*al Director*) ¿Tiene su lado medio políticón la obra, no?

ACTRIZ. Con el padrastro milico también.

DIRECTOR. Queda medio en el aire eso. No aporta mucho.

ACTOR. Son figuras de autoridad, igual que el padre.

DIRECTOR. Supongo que podrías tomarlo de esa forma. ¿Pero qué significa?

(*La Segunda Actriz los interrumpe con una risotada burlona. Se levanta de la silla.*)

DIRECTOR. ¿Qué pasó?

SEGUNDA ACTRIZ. Cariño, sé que dije que iba a ensayar hoy, pero estoy con un humor de perros. ¿Me puedo ir? ¿Antes de que empiece a ladrar?

DIRECTOR. Querida, todavía no pasas una sola escena.

SEGUNDA ACTRIZ. Soy terrible. Yo sé. Pero me ha entrado una migraña que ni te imaginas...

(El Director suspira y deja el libreto a un lado. La Segunda Actriz está ya poniéndose su abrigo. Él la mira, resignado.)

DIRECTOR. Si es que no puedes continuar, dejémoslo ahí por hoy. Aunque te advierto que así nunca avanzaremos. (*piensa un momento y le habla a la Actriz*) Cariño, ¿tú sí sabes manejar, verdad?

ACTRIZ. Claro... pero no tengo carro.

DIRECTOR. Perfecto. Entonces puedes llevarla.

ACTRIZ. ¿Manejar el suyo, te refieres?

SEGUNDA ACTRIZ. (*protesta*) ¿Pero por qué va a tener que llevarme ella? Yo puedo sola.

DIRECTOR. ¿Con la migraña que tienes? Mejor que no conduzcas. Ella te deja en casa y de paso se amistan. (*ignora las miradas de protesta de ambas actrices*) Yo tengo asuntos que ver acá con nuestro amigo Eneas...

ACTRIZ. ¿Van a seguir ensayando?

DIRECTOR. Ya veremos, amor. Pero es hora de que las mujeres se vayan. (*al Actor*) Niño, acompañalas afuera. Deja que suban al auto.

(El Director se despide de las dos actrices con besos. Luego el Actor las acompaña hasta llegar a la puerta detrás de los espectadores. Las actrices salen por ahí y de nuevo se cierra.

El Actor camina de vuelta al escenario. Ahí, el Director ha subido al pequeño teatro y está leyendo de su libreto, recitando.)

DIRECTOR. «La suerte nos lanza a un hoyo apenas nacemos. Se nos hace tan difícil salir de ahí y comenzar a vivir en serio. Acá tienes una oportunidad de salvarte. Nosotros solo somos cadenas: es tiempo de que

nos sueltes. Toma el dinero, Eneas. Y corre». (*pausa*) Somos cadenas, somos cadenas, somos cadenas. Y el infierno son las demás personas. El infierno, y también el cielo y todo lo que queda.

(*Cansado, el Director se sienta al borde del pequeño teatro. Saca una cajetilla de cigarros y se prende uno.*)

DIRECTOR. ¡Luces...!

(*Las luces del escenario cambian: todo se apaga menos una luz cenital que alumbría directamente al Director. Escuchamos al Actor subiendo los peldaños del escenario. Se le acerca. Lo observa desde la oscuridad.*)

ACTOR. ¿Te encuentras bien?

(*El Director lo mira; el joven se mantiene en la penumbra.*)

ACTOR. ¿De qué querías hablar?

DIRECTOR. Acércate.

ACTOR. (*se ríe suavemente, coqueteando*) Eres un cochinazo. Ya sabía.

DIRECTOR. ¿Qué sabías?

ACTOR. Que no querías hablar de nada. Que eres un viejo sucio.

DIRECTOR. (*tira el cigarrillo a un lado*) Ya, acércate nomás...

(*El Actor se acerca a la luz y se sienta en las piernas del Director. Él lo mece cariñosamente en sus rodillas, mientras lo abraza como padre a hijo.*)

DIRECTOR. ¿Eres mi actor estrella, verdad?

ACTOR. Claro que sí.

DIRECTOR. Tu nombre brillando en la marquesina. Mi niño prodigo...

ACTOR. Soy todo lo que tú quieras. (*pausa mientras se abrazan*) ¿Estás preocupado por la obra? (*el Director no contesta*) No te ofusques. En algún momento cobrará sentido. Yo confío en ti...

DIRECTOR. Ay, mi Eneas. Eres tan bebe todavía.

ACTOR. ¿Por qué lo dices?

DIRECTOR. (*le habla muy tranquilo*) ¿Qué pasa si te equivocas? ¿Cómo así estás tan seguro de que los guiaré por buen camino? Tal vez soy un farsante o un fracasado. ¿Por qué confiar en mí?

ACTOR. ¿Por qué confío en ti? (*piensa por un momento antes de contestar*) Pues... porque eres mi papi... Y porque te amo.

DIRECTOR. (*genuinamente enternecido*) Porque me amas...

(Se besan apasionadamente.)

DIRECTOR. ¿Esto va a durar?

ACTOR. ¿Por qué preguntas eso?

DIRECTOR. Porque estoy viejo y pienso en lo que viene. Tú eres joven y no ves más que el ahora.

ACTOR. Te veo a ti. Me importas tú.

DIRECTOR. Por ahora.

ACTOR. Y es lo único que puedo darte... lo único que la gente debería permitirse prometer... un por ahora.

DIRECTOR. (*quiere que lo repita*) ¿Por qué confías en mí?

ACTOR. Porque eres mi papi. Y porque te amo.

(Se besan de nuevo. La solitaria luz que los alumbría al pie del pequeño teatro empieza a volverse más débil hasta finalmente desaparecer y dejar el escenario completamente a oscuras.

Suena por última vez el tema musical de la obra. Es similar a "Warszawa" de David Bowie.)

EPÍLOGO

EN UN CORVETTE ROJO

(*Sigue sonando la música, aunque el escenario se mantiene a oscuras. Escuchamos la voz del Director/Padrastro salir del vacío.*)

DIRECTOR/PADRASTRO. ¡Proyector!

(Se prende la luz del proyector. Está expulsando las mismas fotografías del primer acto: imágenes de la infancia de Eneas. Estas pasan una tras otra como si se tratase de diapositivas. Se entrecortan las fotos con videos de recorridos por autopistas; material de stock utilizado en Hollywood en las pantallas verdes de las ventanas de sus autos.

El proyector también nos deja ver el escenario. Este ha sido completamente vaciado. Lo único que queda es un Corvette rojo convertible—representado por un cartón plano en la forma del vehículo pintado para parecer el carro. Dentro del automóvil están el Director y su Actor/Eneas. El Director maneja el auto con una gran sonrisa en el rostro. El Actor tiene la cabeza recostada en su hombro. Poco a poco, mientras sigue sonando el extraño e hipnótico tema musical, va bajando la cabeza, pasando por su pecho, su estómago, hasta desaparecer del todo, hundiéndose en la entrepierna del Director: es evidente que le está dando sexo oral.

El Director suelta el timón y pone las manos detrás de su cabeza, disfrutando. Cierra los ojos. Siguen proyectándose las fotos infantiles y el material de stock de autopistas.

Escuchamos la voz del Actor una última vez.)

ACTOR/ENEAS. (*habla con la boca llena*) Todavía puedo arreglarlo. Está roto ahora... pero todavía lo puedo arreglar.

(Las fotografías y carreteras que el proyector mostraba son reemplazadas por primeros planos de gente mirando directamente a la cámara. El Director parece muy cerca al orgasmo. Recuesta su cabeza hacia atrás. Está temblando. Así sigue hasta que...)

El proyector se apaga. El escenario queda a oscuras de nuevo. El melancólico tema musical nos sigue envolviendo; sentimos que nunca dejará de sonar. Por fin se detiene. Y hacemos silencio. Se escucha la voz del Mago venir desde arriba.)

MAGO. Cuando suene la campana tres veces podrás ser feliz. Cuando suene la campana tres veces podrás ser feliz.

(Una luz tenue ilumina a Eneas como lo dejamos al final del Prólogo: en trance, arrodillado como si estuviese rezando al borde del escenario.)

MAGO. Cuando suene la campana tres veces podrás ser feliz. Cuando suene la campana tres veces podrás ser feliz. Cuando suene la campana tres veces podrás ser feliz.

(Y la campana suena. Una. Dos veces. Pero nunca una tercera. Y nuestro Eneas queda inmóvil ahí, rezando para siempre.)

FIN

